

Universidad de San Buenaventura Cali

GESTIÓN Y COMUNICACIÓN TERRITORIAL DEL RIESGO EN EL VALLE DEL CAUCA

Javier Enrique Thomas Bohórquez - Julio César Rubio Gallardo - Isabel Muñoz



Colección
PERFILES



Gestión y comunicación territorial del riesgo en el Valle del Cauca

Universidad de San Buenaventura Cali

GESTIÓN Y COMUNICACIÓN TERRITORIAL DEL RIESGO EN EL VALLE DEL CAUCA

Javier Enrique Thomas Bohórquez - Julio César Rubio Gallardo - Isabel Muñoz

2025

Thomas Bohórquez, Javier Enrique

Gestión y comunicación territorial del riesgo en el Valle del Cauca. Javier Enrique, Thomas Bohórquez, Julio César Rubio Gallardo, Isabel Muñoz.- Cali: Editorial Bonaventuriana, 2025.

176 páginas.

Incluye ilustraciones y referencias bibliográficas

ISBN: 978-628-7559-67-7

Colección: Perfiles

1. Prevención y atención de desastres – Valle del Cauca (Colombia) 2. Comunicación del riesgo -- Crónicas 3. Estrategias comunicativas – Gestión del riesgo 4. Evaluación de riesgo -- Valle del Cauca (Colombia) -- Programas 5. Desastres naturales – Prevención -- Colombia 6. Gestión del riesgo-- Talleres 6. Thomas Bohórquez, Javier Enrique 7. Rubio Gallardo, Julio César 8. Muñoz, Isabel I. Tit.

363.34 (DDC 23)

T454

CEP- Biblioteca USB Cali.

© Universidad de San Buenaventura



Editorial Bonaventuriana

Gestión y comunicación territorial del riesgo en el Valle del Cauca

© Autores: Javier Enrique Thomas Bohórquez

Julio César Rubio Gallardo

Isabel Muñoz

© Universidad de San Buenaventura

© Editorial Bonaventuriana, 2025

Grupo de Investigación Armero 85, Departamento de Geografía, Universidad del Valle - Grupo de Investigación Alta Dirección, Humanidades y el Educarse, Maestría en Alta Dirección de Servicios Educativos, Universidad de San Buenaventura-Cali

Dirección Editorial Cali

Carrera 122 # 6-65

PBX: 57 (2) 318 22 00 - 488 22 22

e-mail: editorial.bonaventuriana@usb.edu.co

www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co

Colombia, Suramérica

Dirección editorial: Ricardo Flórez Puentes

Corrección de estilo: Yeimi Cardozo

Diseño y diagramación: Juan Manuel Reyes

Los autores son responsable del contenido de la presente obra. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin permiso escrito del autor y de los editores.

© Derechos reservados de la Universidad de San Buenaventura.

e-ISBN: 978-628-7559-67-7

Edición digital

2025

Contenido

Prefacio.....	9
Primera parte	
Del desastre a la gestión territorial del riesgo en el Valle del Cauca. Una evaluación crítica de las estrategias comunicativas	
Gestión del riesgo en el Valle del Cauca ¿Prevención o atención?.....	17
Jamundí. Territorio con diversidad de sabores, personas y riesgos.....	33
Ansermanuevo. Montañas, aires y riesgos.....	47
Sevilla. Café, deslizamientos y gestión de riesgos.....	59
Buga. El capitán de la Ciudad Señora.....	71
Yumbo. Riqueza, riesgo y responsabilidad.....	83
Buenaventura. Abandono estatal y desastres latentes.....	97
Epílogo.....	111
Segunda parte	
Estrategias comunicativas para la gestión del riesgo Una propuesta pedagógica	
Introducción.....	117
La comunicación del riesgo.....	119
El taller como estrategia pedagógica para la comunicación del riesgo.....	129
El fanzine como herramienta para la comunicación social del riesgo.....	137
Los talleres para la comunicación del riesgo en el Valle del Cauca. Una interpretación y valoración.....	143
Conclusiones y recomendaciones.....	161
Referencias.....	165
Sobre los autores.....	173

Prefacio

Un cielo grisáceo oscurecía los días desde hacía algunas semanas; cenizas iban y venían caprichosamente al ritmo del viento que, al tocar el valle, se alzaba orgulloso; las mentes de los pobladores, entre negociaciones comerciales, cosechas y actividades rutinarias, tomaban distancia de los avisos que, esporádica o permanentemente, alertaban sobre la posibilidad de un evento trágico que afectaría Armero. Lejos estaban de alcanzar siquiera a imaginar el aciago anochecer del 13 de noviembre que les esperaba.

Marcos y dinteles que resistieron el paso de la avalancha, y de ladrones y saqueadores que a la sombra de la tragedia arrasaron con lo que el río no pudo, evidenciaban la fuerza descomunal de lo que Armero padeció. El abanico aluvial del río Lagunillas, aquel que año tras año garantizó abundantes cosechas, definió el trágico destino de la ciudad, trazado incluso desde sus inicios. Y es que la cordillera más larga del planeta, la de los Andes, la de veinte millones de años de antigüedad y que alcanza alturas promedio de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, adquiere el potencial suficiente para generar gran cantidad de energía que se transfiere, a través del agua, cuesta abajo en sus montañas. Precisamente ese proceso ha determinado una arquitectura natural de cañones que facilitan, en ciertos recodos y en condiciones particulares, la formación de presas naturales. Esto, aunado a la presencia de casquetes glaciares sobre estructuras volcánicas, configura las condiciones propicias para potenciales desastres.

Como el día anterior estuvieron velando a la abuela hasta altas horas de la noche, el 13 de noviembre, después del entierro, la familia se fue a descansar temprano; Juan Carlos se disponía a acostarse cuando una de sus hermanas alarmó sobre una lluvia arenosa de color negro. Juan Carlos recordó enseguida las alarmas que desde hacía varios días se escuchaban en el pueblo sobre la posible erupción del Ruiz y, sin pensarlo dos veces, salió acompañado de sus familiares en un automóvil, buscando afanosamente una ruta de escape hacia Guayabal. Varios armeritas pensaron lo mismo. Allí, Juan Carlos, con la poca luz que la luna le ofrecía —porque la avalancha al tocar la tierra lo primero que se engulló fue la planta de energía—, tuvo que enfrentarse al horror de ver cómo coladas de barro se tragaban La Machaca, un camión plataforma cargado de niños y personas que aturdidas y confusas trataban de huir en él (“Tres historias dolorosas”, 2014).

Armero estaba ya condenado. Esa noche, Juan Carlos no solo perdió a la tía Dolly y al tío Eduardo, sino a más de sesenta parientes que componían la familia Serrato Silva y aproximadamente a veinte mil coterráneos que entre lodo y cenizas perdieron la batalla por sus vidas (“Tres historias dolorosas”, 2014). Y es que el “león dormido”, como llamaban los pobladores al Nevado del Ruiz,

nunca ha estado realmente dormido; en cambio, se ha mostrado celoso, presto a demostrar su poderío, su fortaleza y su magnificencia; sendas erupciones en 1595 y 1845 lo confirman:

El 19 del corriente, a las 7 de la mañana, ha ocurrido una catástrofe lamentable en el río Lagunilla, que corre por el Poniente al este y desemboca en el río Magdalena. En dicha hora se oyó un gran ruido en la vega del río, y se sintió como un temblor de tierra. En breve apareció una inmensa inundación de lodo que cubrió y arrastró los bosques, las casas y los desgraciados habitantes que no huyeron: unos quedaron sepultados y algunos pocos se acogieron a los *árboles que resistieron la fuerza del torrente*. Pocos de estos se pudieron salvar y los demás perecieron de hambre y sed, pues ninguno les podía socorrer. Han muerto como 1000 habitantes de la parte alta del Valle de Lagunilla, y de 4 a 6 leguas cuadradas quedaron cubiertas de piedras, cascajo, arena y lodo de tierra no vegetal. Entre esto había grandes masas de nieve. La capa de lodo era de cinco pies de espesor en los más bajo. (Restrepo, 1954, como se citó en Mojica *et al.*, 1985, pp. 132-133)

Más adelante, frente a las causas del evento, Restrepo (1954, como se citó en Mojica *et al.*, 1985), indicó algunas hipótesis:

Aún se ignora cuál fue la causa de este desastre. La opinión más probable es que una gran parte del nevado del Ruiz, de donde nace el Lagunilla, se derrumbó con la nieve y tapó el curso de las aguas; aumentadas estas con el deshielo de la nieve rompieron la tapa, arrastrando cuanto encontraron al paso y mezclando mucha nieve que aún no se había disuelto. Creen otros que acaso el Ruiz, que es un volcán, hizo alguna erupción de lodo, lo que prueban con el hecho de que aún el mismo río Magdalena tuvo sus aguas hediondas a azufre. Se ensuciaron tanto que no se podían beber, y los peces, medio muertos, huían a las orillas [...]. Si las tierras quedan estériles, la pérdida se calcula en 500 000 pesos. (p. 133)

A pesar de la claridad de estos relatos históricos, posiblemente la dimensión temporal de estos hechos —en apariencia distantes— hizo que descreídos o arrogantes, o tal vez los dos, construyeran, además de la ciudad y de una red férrea y carretable, un sentimiento colectivo de seguridad que terminaría traicionando tanto a la clase política del momento como a la comunidad.

Referirse a Armero es tocar una herida que siempre permanecerá abierta en la memoria institucional del país; pero desafortunadamente para las jóvenes generaciones, aquellas que definen la memoria histórica-social viva, es apenas conocida o incluso ignorada. El mejor homenaje que se le puede hacer a esas más de veinte mil almas (la mayoría anónimas), que en minutos quedaron sepultadas en el fango, es, además de mantener viva su presencia y dar a conocer

aquello que fueron, aplicar y replicar, con consciencia y permanencia, aquello que fatídica y dolorosamente se aprendió no solo el 13 de noviembre, sino los meses anteriores y posteriores. La desmitificación y resignificación del desastre de Armero como el mayor desastre natural de Colombia obliga no solo a revisar la relación entre desarrollo, riesgo y desastre —fuente fundamental para la generación de vulnerabilidades estructurales ante riesgos de origen natural, y que niega definitivamente la concepción de desastre natural—, sino la forma en que se comunican las ideas centrales sobre el riesgo y su gestión, pues esto configura, por la fuerza del lenguaje (como lo explicó Max-Neef en 1999), verdades y sensibilidades sociales, agendas políticas y respuestas institucionales.

Esta es una de las razones que motiva la escritura de este libro titulado *Gestión y comunicación territorial del riesgo*, producto del proyecto de investigación de convocatoria interna de la Universidad del Valle. La intención es que el hito que representa este luctuoso acontecimiento de Armero sea referente para los procesos de gestión del riesgo, más allá del tiempo y de los 400 km o más de distancia que separan a la capital del Valle de las ruinas de Armero. Se pretende partir de lo sucedido en dicho lugar para ir y volver permanentemente sobre él, como hilo conductor de una narración que permita establecer, en algunos municipios del Valle del Cauca y en el departamento, la capacidad de gestión generada en el sector público. Todo ello a partir de las estrategias comunicativas usadas para construir conceptos y realidades vinculadas a la gestión del riesgo, con el fin de modificar las condiciones existentes que hacen potencialmente probable la ocurrencia futura de desastres.

Es así como, con base en información primaria (entrevistas, recorridos de campo y talleres con actores sociales vinculados a la gestión del riesgo)¹ y secundaria recolectada (los planes programáticos y piezas comunicativas particulares), se realiza un acercamiento a los procesos y estrategias comunicativas de la gestión del riesgo del departamento del Valle del Cauca y de los municipios de Jamundí, Yumbo, Buga, Buenaventura, Sevilla y Ansermanuevo, como elementos de la gestión pública del sector. Los procesos de evaluación de la información —la cual involucró momentos de heteroevaluación (fuentes documentales), autoevaluación (entrevistas) y evaluación participativa (talleres)— fueron insumos para construir la propuesta comunicativa que le da forma al libro: la crónica. Así, la primera parte del libro, que lleva por título “Del desastre a la gestión territorial del riesgo en el Valle del Cauca. Una evaluación crítica de las estrategias comunicativas”, contiene el conjunto de crónicas que dan cuenta de la comunicación y la gestión del riesgo.

Esta tipología textual, como estrategia narrativa, permite compaginar hechos, situaciones y experiencias particulares vividas por personas, con una recrea-

1. Entendidos como agentes estatales responsables de los procesos de gestión del riesgo, como líderes comunitarios, mediadores entre los agentes públicos y las comunidades, y como sujetos que de una u otra forma han sufrido los rigores de estos eventos.

ción o producción literaria de quien las significa, resignifica, interpreta y valora; al final, se pretende compartirlas con el lector, de quien se espera construya su propio juicio valorativo y asuma una posición frente a ellos. En este caso, las crónicas se vinculan a los entes territoriales responsables de la gestión del riesgo, municipios y departamento. Crónicas que, antes que narrar fiel o literalmente ciertos acontecimientos –vinculados con amenazas, riesgos o desastres ocurridos en el territorio–, los resignifican como posibilidades de reflexión, análisis y aprendizaje, tanto para los funcionarios públicos de los municipios, como para cualquier persona interesada en ellos que quiera acercarse al estado de la gestión territorial del riesgo, a través de las estrategias comunicativas.

Por tanto, las crónicas que se encuentran en este libro tienen elementos literarios propios de su carácter, descripciones de situaciones, lugares o incluso de personas; además, incluyen interpretaciones y juicios de valor frente a estos o a otros aspectos que convergen a su alrededor, específicamente sobre la posibilidad de hacer una gestión territorial del riesgo. Se recalca, entonces, que este trabajo no debe entenderse en estricto sentido como un documento técnico que busca hacer una evaluación tradicional (con base en indicadores objetivos de seguimiento y evaluación) de alcances e impactos de la política pública de gestión del riesgo municipal y departamental; se trata de un proceso creativo y a la vez valorativo, del estado de cosas que define la gestión del riesgo, focalizado en las estrategias comunicativas como expresión social de la política pública.

En ese sentido, los textos que acá se presentan deben ser evaluados como fueron concebidos, no como documentos técnicos de seguimiento y evaluación de instrumentos de política pública, tampoco como ensayos literarios, creativos y libres, sin intención distinta a la de solazar al lector y crear situaciones ficticias que muevan su emocionalidad y generen con él empatías. Se trata de un libro que tiene una clara intencionalidad: acercarse, desde una perspectiva crítica, a las estrategias usadas para comunicar la gestión del riesgo en el departamento del Valle y en los municipios referidos y, por medio de esta evaluación, hacer un balance de la política de gestión del riesgo implementada.

Esta primera parte está compuesta por siete crónicas, autónomas entre sí, pero con dos hilos conductores definidos. Por un lado, el desastre de Armero como excusa o motivación narrativa y, por otro, desde lo temático, las estrategias comunicativas para la gestión territorial del riesgo. De este modo, el lector podrá leer estos textos en su conjunto, algunos de ellos o tan solo uno, y obtendrá, de cualquier forma, una idea de los dos asuntos referidos; pero si se acerca a los siete, tendrá una visión de conjunto al respecto y podrá hacer una mayor reflexión y valoración del tema. Se parte de la crónica del Valle del Cauca porque esta presenta un marco territorial y normativo de referencia para las escalas de más nivel de detalle (los municipios), y luego se exponen las crónicas municipales sin jerarquía o secuencialidad particular, de tal forma que podrían leerse en cualquier orden.

La segunda parte del libro, titulada “Estrategias comunicativas para la gestión del riesgo. Una propuesta pedagógica” da cuenta del diseño e implementación metodológica del proyecto de investigación, no solo como guía o manual, pues también presenta las reflexiones surgidas del trabajo de campo –sobre todo los talleres con los actores y comunidades en los municipios– que permitieron compartir y reflexionar sobre la importancia de la comunicación del riesgo. Estos talleres, de igual manera, ayudaron a validar la idea según la cual todos los actores, instituciones, comunidades y sociedad civil en general, deben ser partícipes de las estrategias de comunicación; esto se debe a que la salvaguarda de sus vidas, ante eventuales sucesos, implica conocer el territorio donde habitan y sus dinámicas de riesgo y vulnerabilidad, así como comunicar asertivamente estas situaciones y las acciones que contribuyan a enfrentarlas de la mejor manera.

Finalmente, es importante mencionar que este proyecto se convirtió en un gran reto para tres sujetos que distan de ser literatos, pues su formación académica y ejercicio profesional los condujo a la orilla disciplinar de la geografía. Los tres encontraron en este desafío la posibilidad de acercarse, de una forma menos rígida e instrumental, y con mayor posibilidad de enseñanza y proyección social, a la comunicación del riesgo (actividad inherente, según la Ley 1523 de 2012, al conocimiento del riesgo).

Para el grupo de investigación sobre amenazas, riesgos y problemas ambientales, Armero 85 (o simplemente Armero 85, como se le conoce), este proyecto permitió indagar sobre uno de los aspectos menos abordados en el tema de la gestión del riesgo: la comunicación del riesgo, y de la mano de ella explorar otro concepto concomitante: la educación geográfica, ambos fundamentales en cualquier proceso de gestión del riesgo. La comunicación del riesgo pretende definir espacios de reconocimiento, visibilización y construcción de conceptos, intenciones, percepciones, reglas e incluso situaciones en las que se construye pensamiento y acción sobre el riesgo y sus componentes; así, no solo está enfocada en informar a las comunidades sobre los eventos potencialmente destructivos que los pudieran afectar o las situaciones que estos conlleven. Por su parte, la educación geográfica es el espacio-estrategia que faculta a las comunidades en la identificación, el reconocimiento y la definición de contenidos espaciales mínimos que potencian la toma de decisiones y actuaciones territoriales, en pro de disminuir sus vulnerabilidades y propiciar su seguridad. En la gestión del riesgo estos dos campos han sido subvalorados, por la institucionalidad y la misma academia, y son una veta que definitivamente hay que explotar.

Javier Thomas
Director del Grupo de investigación Armero 85
Departamento de Geografía
Universidad del Valle

Primera parte

Del desastre a la gestión territorial del riesgo
en el Valle del Cauca. Una evaluación crítica
de las estrategias comunicativas



Gestión del riesgo en el Valle del Cauca ¿Prevención o atención?²

Desde luego, no estamos preparados para un evento como el que sufrió Ecuador...

(M. Castro, comunicación personal, 1 de mayo de 2016)

¿Solo un valle?

El Valle del Cauca, como su nombre lo indica, es un departamento que se erige orgulloso a lo largo del río Cauca. Planicies, vegas y terrazas constituyen los paisajes típicos aluviales que fueron testigos del trágico romance entre Jorge y María; además, son los responsables de la formación de suelos de enorme capacidad agroecológica que configuran importantes potencialidades para el departamento, y para todo el occidente y buena parte del país.

Figura 1

Panorámica valle del río Cauca



No obstante, el Valle del Cauca es mucho más que el río Cauca; altivas, las cordilleras Occidental al occidente y Central al oriente no solo encajonan el río en su recorrido hacia el norte, sino que definen importantes y variadas unidades fisiográficas, ecológicas y culturales. El Andén Pacífico, uno de los

2. Una versión síntesis de los resultados de investigación, se publicaron en el capítulo “Gestión territorial del riesgo y estrategias comunicativas. Una propuesta de educación geográfica y ciudadana” (pp. 310-323), del libro *La construcción global de una enseñanza de los problemas sociales desde el Geoforo Iberoamericano*, editado por la Universidad de Barcelona en 2019.

que guarda mayor riqueza biológica e hídrica en el mundo, contiene a varias de las selvas más exóticas y húmedas del planeta, y alberga ancestrales culturas negras e indígenas que dan fe de sustanciales vínculos entre la cultura, la naturaleza y el territorio. Todo ello ilustra sobre la posibilidad de crecer como humanos (Vidart, 1997), a la vez que se reconoce, significa, respeta y redimensiona la naturaleza.

Por su parte, la ladera, como coloquialmente se le conoce, ofrece múltiples pisos bioclimáticos que son responsables de diversas zonas de vida y que, bajo la mano laboriosa de los campesinos, han cedido espacio por cultivos de maíz, caña panelera, café, frijol, plátano o cítricos que llenan las despensas de gran parte de los colombianos.

Figura 2
Valle del río Cauca



Ya en sus cumbres, y de forma imponente, se hallan los páramos, fuente de enorme riqueza faunística, hídrica y ecológica, que guardan celosamente una valiosa historia de la geología reciente del país. Algunos de ellos son Tatamá, El duende y los sectores más altos de Los farallones, en la cordillera Occidental; Barragán, Las hermosas, Miraflores, Las tinajas y Pan de azúcar, y los menos conocidos, Las Domínguez, en la cordillera Central. Todos suman aproximadamente sesenta y ocho mil hectáreas de áreas estratégicas que demandan cada vez más protección estatal, para no morir bajo la rueda brutal y certera de la maquinaria del desarrollo que todo lo convierte en recurso, mercancía y degradación. La tala intensiva; la minería, legal e ilegal; los cultivos ilícitos y tradicionales; y la potrerización generalizada parecieran signar el destino sombrío de estas nobles y esenciales fuentes de agua, aire y vida.

De las amenazas a los riesgos: la construcción social

Empezaba el año, pero languidecía el mes; era un atardecer como tantos otros. Los pobladores de La Playita, Brisas del Frailé y El Prado, acostumbrados a ver

y sentir los ritmos, algo impasibles, y a ratos furiosos, del río, no se percataron de que ese día su sonido no era el mismo, su cadencia era distinta; su furia, aún por llegar, no solo dejaría maltrechas y heridas a ochenta y seis personas, sino que arrastraría en sus entrañas a Carlos Arturo, “al hijo de una amiga” (“Los recuerdos de un olvido”, 2012), y a diecisiete personas más, que junto a ellos, morirían trágicamente. Esa tarde del 31 de enero, Florida también perdió a veintidós de sus conciudadanos que jamás fueron recuperados y que, a falta de sus restos, figuran en la historia como desaparecidos.

Ángela, la sexagenaria compañera de Carlos, logró salvar su existencia aferrada a un palo que, al atascarse entre los escombros, le permitió construir una trampa de vida; ¿dónde está Carlos? fue lo primero que preguntó cuando vio a unos hombres que se encontraban en un techo y que, formando una cadena humana, lograron rescatarla del barro (“Los recuerdos de un olvido”, 2012). La respuesta a su inquietud la tenía el embravecido río. Ese día, además, hubo pérdidas materiales: 438 viviendas destruidas y 390 gravemente afectadas; ambas conllevan un saldo de casi 2000 damnificados (“Los recuerdos de un olvido”, 2012). Un alto funcionario de la Oficina Departamental de Gestión del Riesgo del Valle afirmó que las vulnerabilidades y amenazas de este departamento “tienen que ver y están ligadas con temas hidroclimatológicos. El 85 % de los eventos de desastres naturales están derivados de temas hidroclimatológicos” (M. Castro, comunicación personal, 1 de mayo de 2016).

Figura 3
“Los recuerdos de un olvido”



Nota. Tomado de *Memorias* en “Los recuerdos de un olvido” (2012), por *Tras la Cola de la Rata*. <http://www.traslacoladelarata.com/2012/07/11/los-recuerdos-de-un-olvido-estragos-de-la-avalancha-florida-valle-del-cauca-1994/>

Nueve años después de la luctuosa avalancha de Armero, ya en el valle geográfico del río Cauca y no en el del Magdalena, como fuera otrora, copiosas lluvias en el páramo de Las Tinajas –aproximadamente a 4000 m s. n. m., en los

límites entre los departamentos del Valle del Cauca y el Tolima, precisamente en la cabecera del río Fraile-, generaron tal escorrentía que el río aumentó súbitamente su caudal y que, al responder a las diferencias topográficas establecidas entre la alta montaña de la cordillera Central y la depresión tectónica del río Cauca, bajó con tal potencial que su capacidad de arrastre aumentó sustancialmente. Este fenómeno, típico de los piedemontes en Colombia, y al que Flórez (2003) les reconoció, además, importantes “contrastes climáticos entre las grandes llanuras aluviales o las depresiones intramontanas y las cordilleras” (p. 125), hace que la situación de Florida, a pesar de lo distante en espacio, tiempo, expresión y magnitud con la de Armero, comparta con ella no solo sus mecanismos genéticos, sino una evolución social e institucional en la configuración de vulnerabilidades y riesgos. Flórez (2003) identificó otros “hechos menores en Ibagué, Pereira (Dosquebradas), Yopal y Villavicencio y en la cuenca baja del río Patía” (p. 130), que evidencian que este es un asunto de impacto nacional antes que regional o local.

Sin embargo, la tragedia pudo haber sido mayor, puesto que “La Playita era un asentamiento subnormal que quedaba muy cerca del río y no se tenía dato exacto de los que vivían ahí, así que es muy posible que haya cuerpos enterrados”, afirmó, hace ya cuatro años, Elder Bermúdez, secretario de la Oficina de Planeación e Infraestructura de Florida para ese entonces (“Los recuerdos de un olvido”, 2012). Este argumento llama la atención sobre otro hecho, no reconocido institucional y socialmente en la dimensión que se requiere y que, por tanto, se convirtió tristemente en un drama para muchas comunidades del Valle del Cauca y del país: el desastre, como materialización del riesgo, se construye día a día, a partir de las condiciones de segregación, exclusión y marginalidad en las que se erige la sociedad; estos factores propician escenarios de pobreza, debilidad o vacío institucional, carencias educativas sociales y culturales, y escaso reconocimiento político de las comunidades locales, lo que, a su vez, produce un escenario de extrema fragilidad y una muy limitada capacidad para afrontar, resistir o superar desastres potencialmente destructivos.

El valle del río Cauca, la llanura costera del Pacífico y las zonas montañosas de la cordillera de los Andes presentan, entonces, entornos geológicos, fisiográficos y climáticos propicios para la ocurrencia de fenómenos peligrosos para el ser humano: terremotos, inundaciones y movimientos en masa, principalmente, son los eventos que enfrentan con cierta regularidad comunidades campesinas, indígenas o afro. En estos lugares, ante la poca presencia estatal, y bajo las reglas, lógicas y dinámicas del mercado, sus habitantes observan no solo cómo su capital humano decrece a la par del económico, sino de qué modo se frustran sus expectativas de crear condiciones de resistencia y superación ante estos hechos, para así reducir aquellas circunstancias que los hacen vulnerables, incluso más allá de su conocimiento o de la consciencia de serlo.

No obstante, decisiones equívocas –ya sea por desconocimiento, mal cálculo o por simple afán de lucro– han generado que las comunidades marginales resulten expuestas a estos tipos de eventos, Sobre la situación en el territorio, M. Castro reflexionó sobre el espacio que se le ha ido quitando al río Cauca: “hemos acabado con sus humedales, hemos acabado con su respiratorio natural y esto, desde luego, nos va a presentar, siempre que no respetemos los humedales del río Cauca, los mismos daños, aguas abajo, en el norte del departamento” (comunicación personal, 1 de mayo de 2016). Históricamente, el Valle ha padecido la llegada de “eventos naturales que han afectado a su región, los cuales se han intensificado por una ocupación desordenada de su territorio y una pérdida de sus selvas, que en una dinámica de cambio climático se hacen más visibles” (Oficina Departamental de Gestión del Riesgo de Desastres del Valle del Cauca, 2015, p. 55).

Esto ha hecho que extensos corredores a lo largo de la vega inundable del río Cauca –los cuales corresponden a su lecho mayor, desde Buenos Aires, al norte del departamento, hasta la Virginia en Risaralda– hayan sido colonizados con caña o pastos. Sobre esta situación, el coordinador para la atención de emergencias del sector azucarero expresó lo siguiente:

Me comprometí con el gobernador del Valle, doctor Francisco José Lourido, Luis Fernando Londoño Capurro, presidente de ASOCAÑA, y con Alfredo Carvajal, presidente de la firma Carvajal S. A., a ayudar y coordinar dos frentes de trabajo. Con el sector azucarero, el trabajo consiste en colaborar con los trece ingenios azucareros, apoyando con obras y recurso humano a las comunidades y municipios más afectados por esta catástrofe; por si fuera poco, debemos mirar también la Zona Franca de Pacífico y la inundación de la cual es objeto.

Arrancamos con un comité de ayuda con la Gobernación, con Cartón de Colombia, PISA, EPSA y el Comité de Cafeteros para repartirnos los diferentes trabajos y las necesidades más apremiantes, ellos en las cordilleras Central y Occidental, y los trece ingenios azucareros en las zonas planas del Valle, desde la zona de Cali hasta el norte, en el municipio de La Victoria. Son muchas las ayudas que hemos hecho, sobre todo adecuando, conformando y reparando los diques que se han fracturado causando daños a más de 30 000 hectáreas a lo largo del Valle. (Arango, 2010, párr. 3-4).

Figura 4
Río Cauca



Nota. Tomado de “El Jarillón del río Cauca se convertirá en un corredor ambiental y cultural”, 2020, en *Caracol Radio*. (https://caracol.com.co/emisora/2020/10/22/cali/1603378687_260236.html).

Precisamente, de acuerdo con la información suministrada por la Secretaría de Agricultura del Valle del Cauca, el impacto que dejó la ola invernal 2010-2011 fue histórico. El número de terrenos agrícolas que resultaron afectados en los municipios que tuvieron inundaciones iguales o superiores al 5 % de su área municipal sumó, para todo el departamento, un total de 21 525 ha. De estos, según lo expresado por el funcionario de la Oficina Departamental de Gestión del Riesgo del Valle del Cauca algunas líneas atrás, los más afectados fueron el municipio de Obando con 7420 ha afectadas y con un valor estimado de 29 680 millones de pesos, seguido por el municipio de Cartago, con 5793 ha inundadas y un valor aproximado de 23 172 millones de pesos (Departamento de Geografía, 2012).

Casi que calcados se tuvieron, trece años antes, no solo los impactos sino las aseveraciones; aquella vez no fue cerrando el año sino iniciándolo, era febrero de 1997 cuando el diario *El Tiempo* escribía:

Pese a que el río Cauca registró un leve descenso de 40 centímetros se mantiene la alerta en las poblaciones ubicadas en sus riberas y la urgencia manifiesta en tres municipios. Las pérdidas que afectan a 619 propietarios de predios superan los 9223 millones de pesos, según un informe dado a conocer por la Unidad Regional de Planificación Agropecuaria (URPA), de la Secretaría de Agricultura del Valle. Según el informe, están inundadas 2271 hectáreas de cultivos de pasto, afectando la producción ganadera; 1323 hectáreas de caña de azúcar, el principal producto del departamento; 755 hectáreas de sorgo; 284 hectáreas de maíz; 200 hectáreas de frutales y 171 hectáreas de plátano. (“Se mojó la cosecha”, 1997, párr. 5)

Diques que ceden; cultivos, pastos y grandes hectáreas de caña inundadas; cientos y miles de vacunos ahogados, miles de millones de pérdidas económi-

cas, inconmensurables impactos sociales y profundos sentimientos de abandono institucional, esas son algunas de las consecuencias que deja, casi periódicamente, la ocupación tozuda y equívoca de las vegas inundables del río Cauca, y de otros en el departamento. Pero ¿cuál es el nivel de responsabilidad que le cabe al Estado y a sus entidades allí? Para el sector cañero la respuesta es evidente y clara:

La CVC [Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca] dejó solo a este gran Valle, después de haber construido por los años 1970-80 la red de diques más ambiciosa y confiable de Colombia, complementando con la presa reguladora-energética de Salvajina. Les hemos dicho en todas las formas que “las inundaciones también son medio ambiente”, tenemos afectadas miles de personas y campos agrícolas que generan todo el empleo en la región. Su trabajo se limitó a ser “autoridad ambiental”. (Arango, 2010, párr. 7)

Empero, ¿realmente la omisión de los organismos estatales está en la situación de desastre o antes, cuando permitieron que aparecieran vulnerabilidades institucionales, económicas y sociales al ocuparse áreas protegidas por la normativa ambiental y territorial? Asimismo, ¿cuál es la responsabilidad de quienes ocupan estas zonas violando las restricciones? ¿Realmente serían damnificados y el Estado debería resarcirlos, o podrían verse como infractores y debería castigarlos? Lo realmente cierto, y sin contraevidencia alguna, es que esta situación aumenta “las amenazas y las vulnerabilidades de los territorios” e incide de forma importante “en los problemas hidroclimatológicos del departamento” (M. Castro, comunicación personal, 1 de mayo de 2016).

En este contexto, las lluvias e inundaciones parecen definir, entonces, tajante y exclusivamente, la realidad de las amenazas naturales en el Valle del Cauca; al fin y al cabo, se trata de un valle. Pese a ello, podría decirse que, más allá de esta característica, las amenazas no vienen solo en forma de agua, pues los bloques en colisión (llamados por científicos y académicos placas tectónicas) generan fallas geológicas y procesos de plegamiento que, al deformar la roca bajo inimaginables y casi incomprensibles esfuerzos, forman la cordillera de los Andes; a su vez, allí se produce el suficiente potencial gravitatorio para que aquello que está cuesta arriba, por su propio peso, tienda a caer. De ese modo, sismos, deslizamientos y, en menor medida, volcanes, son los eventos potencialmente destructivos que, sumados a las ya referidas inundaciones, establecen las situaciones críticas para el departamento.

A las 6:58 p. m. de este sábado 16 de abril, habitantes de Cali y demás municipios del Valle del Cauca y del Pacífico colombiano reportaron un fuerte sismo que duró dos minutos aproximadamente. [...] “Reportaron algunas evacuaciones en edificios debido al sismo. Una de nuestras máquinas se trasladó a la Clínica Colombia para realizar una inspección por un agrieta-

miento en la fachada”, manifestó el cabo Nelson Bravo de los Bomberos de Cali. (“Fuerte sismo”, 2016, párr. 1)

Con respecto a otro sismo que sucedió el 27 de agosto de 2013 y se sintió en el Valle del Cauca, *El Universal* de Cartagena informó en un artículo que “el sismo generó pánico en los municipios del Valle, especialmente en las edificaciones altas de la ciudad de Cali. De acuerdo con Ingeominas el temblor se sintió en Cali, Dagua, Yumbo, Jamundí, Cartago y Pereira” (Colprensa, 2013, párr. 4). Esta vez el movimiento tuvo una magnitud de 4.6 en la escala de Richter y su epicentro fue a casi 8 km al noreste de la cabecera municipal del municipio de Dagua. Pero tal vez los sismos más significativos que se sintieron en épocas recientes se dieron en la madrugada del 17 y la mañana del 18 de octubre de 1992, y a tempranas horas de la mañana del 16 de noviembre de 2004. Los sismos de octubre son conocidos como los sismos de Murindó, en el Chocó colombiano; estos generaron no solo pánico, por la magnitud e intensidad alcanzadas, sino que su recurrencia hizo presagiar para muchos, y sentir para otros, que el fin del mundo no estaba cerca, sino que era una realidad. Dos sismos de elevada magnitud, de 6.7 y 7.3 grados en la escala de Richter, respectivamente, con diferencia de horas, marcaban una historia no escrita, sin referentes, para el pueblo chochoano y la comunidad científica nacional.

El del 18 no solo sería el más fuerte sismo que hubiera sacudido al país en el siglo, sino que aterrorizaría durante casi minuto y medio, una eternidad, a miles de colombianos que disfrutaban de su descanso dominical. El periódico *El Tiempo* registraría la noticia el día 19, así:

El terremoto segundo en menos de 48 horas tuvo intensidad de 7.2 grados en la escala de Richter. El epicentro fue ubicado en Orogadó (Chocó), cerca al río Atrato, 30 kilómetros al suroccidente de Murindó. Antioquia y Chocó fueron los departamentos más afectados. La Presidencia de la República dijo que ayer hubo 250 sismos de diversa intensidad. Los movimientos seguirán, dijeron los científicos. (“Pánico por segundo terremoto”, 1992, párr. 1)

El del día anterior, de 6.7 grados, sería premonitorio del que ocurriría al día siguiente, el cual se asumió como el evento principal. El trabajo de Ramírez y Bustamante (1996), realizado con base en exploraciones iniciales de la población lugareña y las autoridades de los municipios más afectados (Quibdó, Riosucio y Bojayá, todos ubicados en Chocó) sugiere que en la memoria colectiva, social e institucional no existen datos de hechos similares, en magnitud e intensidad, como los presentados el 17 y 18 de octubre. Vacíos, que cual indicadores de vulnerabilidad, evidencian la poca sistematización que se tiene sobre una de las zonas más sísmicas del país. De hecho, el Atrato Medio, donde ocurrieron estos eventos, está clasificado como un territorio de alta amenaza sísmica (Instituto Colombiano de Geología y Minería *et al.*, 2010), pero es una

de las regiones menos estudiadas y con menor número de registros en el país; esto genera, para la población en general, una falsa percepción de seguridad.

Precisamente, Jesús Eslava Ramírez, pionero de la sismología en Colombia, referenció dos sismos significativos en la zona –de entre trece registrados–, ocurridos el 8 de marzo de 1883 y en diciembre de 1903. Cabe anotar que la cantidad de sismos que sucedieron fueron más que los registrados; esta vaguedad en la información también responde al desinterés histórico, político y social que se ha tenido respecto a esta zona del país. Estos sismos de Murindó alertaron a una gran cantidad de ciudades en el Valle del Cauca, pero afortunadamente no dejaron daños materiales ni pérdidas humanas. Otro fue el escenario que se observó tras el sismo de Bajo Baudó o Pizarro en el 2004:

En Cali, por ejemplo, el remesón averió 25 edificaciones, de las cuales 7 quedaron en muy mal estado, y dejó por lo menos 1.800 damnificados. En Buenaventura fueron 30 las casas que colapsaron y en Pizarro (Chocó), el número de viviendas destruidas llegó a 317 [...]. En Cali, el remesón afectó al menos 25 edificaciones, la mayoría en el sur de la ciudad, según informaron los bomberos. La situación más dramática la vivieron los pacientes y trabajadores de las clínicas Santillana y Materno Infantil Los Farallones, que tuvieron que realizar evacuaciones a tientas en medio de la oscuridad. Luego de las primeras labores de verificación en los edificios Alicante, Farallones, Tequendama y Torre de Galeón, el Comité de Emergencia reportaba 84 familias damnificadas. Esto es terrible, decían algunas mujeres a punto de dar a luz en la clínica Materno Infantil, que fueron trasladadas en una jornada de casi cuatro horas en las que personal del centro asistencial, la Cruz Roja, la Defensa Civil y la red de urgencias de la ciudad, también sacaron del lugar a 24 neonatos y 30 adultos. En el puerto de Buenaventura, según la Cruz Roja, 30 casas de madera se desplomaron y 24 quedaron averiadas; hay 150 damnificados y cinco lesionados, entre ellos un menor al que una teja le cayó encima y un hombre que se arrojó de una azotea. (“Sismo”, 2004, párr. 11)

A pesar de que estos incidentes tienen una relevancia para el departamento, el tema sísmico, posiblemente por su temporalidad, está más bien oculto en la percepción que se tiene sobre las amenazas que podrían afectar a las personas. Este asunto se evidenció en una entrevista con el funcionario departamental M. Castro, pues al consultarle por aquello que afecta la seguridad de los ciudadanos en el Valle del Cauca, expresó:

Nosotros sabemos de las amenazas sísmicas por la posición geográfica del departamento, no solo Cali sino varios municipios que han tenido en el pasado movimientos telúricos que han agrietado vías, estructuras, viviendas. Inicialmente pensamos sensibilizar a la comunidad, tenemos previsto un foro, enfocado en el conocimiento, que busca hacer un balance de cómo estamos en el departamento, cómo estamos frente a la norma, porque sa-

bemos que muchos edificios de entidades gubernamentales no la cumplen. Desde luego no estamos preparados para un evento como el que sufrió Ecuador. (comunicación personal, 1 de mayo de 2016)

Territorio, comunicación y gestión. Construyendo caminos

“Desde luego no estamos preparados para un evento como el que sufrió Ecuador”, sentenció M. Castro al final de su intervención. Esta es una frase que genera algunos interrogantes: ¿para cuál evento sí hay una preparación?; ¿esta depende de la magnitud e intensidad del evento que ocurra?; ¿del momento en que ocurra?; ¿del nivel de vulnerabilidad que se tenga como sociedad?; ¿de la capacidad de respuesta, personal, familiar, social e institucional instalada para enfrentar estas situaciones?; ¿de lo que se haya aprendido del pasado, de manera individual o a través de otros?; ¿de cómo se vea, se imagine o perciba el suceso que podría destruir? Con seguridad se podrían formular más preguntas como estas, que evidencian la gran cantidad de implicaciones que tienen los conceptos de riesgo y gestión del riesgo; sin embargo, habría que preguntarse, igualmente, por todas las respuestas a esos interrogantes. Sin el ánimo de cerrar la discusión sobre este tema, está claro que todas estas inquietudes –y con seguridad muchas de las que aún no se formulan– inciden de forma significativa en esa preparación que se debe establecer ante los posibles riesgos para los habitantes.

En efecto, los daños reales que se puedan sufrir en una situación de estas dependen de la compleja combinación entre naturaleza, carácter, expresión y dimensión de la amenaza, y de los niveles de vulnerabilidad existentes. Estos últimos se definen por varios factores: el conocimiento de la amenaza; qué tan amenazada se siente la población por el evento –a esto se le denomina: percepción de la amenaza–; los hábitos cotidianos; y, de forma significativa, las favorables o desfavorables condiciones económicas, políticas y sociales que hacen a una población fuerte o frágil ante los agentes potencialmente dañinos. En suma, se trata de una variedad enorme de factores que interactúan entre sí y que definen una compleja y particular situación. En la entrevista antes mencionada, al abordar la gestión que se está haciendo y lo que se puede esperar, en el futuro cercano, de la Oficina Departamental de Gestión del Riesgo del Valle del Cauca, el funcionario indicó lo siguiente:

Tenemos muchos voluntarios, pero no tenemos la capacidad de respuesta necesaria para hacer un buen trabajo; vamos a mejorar la capacidad de respuesta en este cuatrienio... Vamos a mejorar la Red Departamental de emergencias... Queremos que estén entrelazados allí todos, no solo Bomberos, sino Cruz Roja, Defensa Civil y los coordinadores municipales de Gestión del Riesgo. La idea es pasar de análoga a digital la Red Departamental de emergencias, eso infiere tener que cambiar repetidoras, tener que cambiar radiobases, tener que entregar radios portátiles, por lo menos

a las cabezas de los municipios, en este caso, coordinador, el comandante del cuerpo de bomberos, el presidente de la Junta de Defensa Civil, el representante de la Cruz Roja. Esto es fundamental, para nosotros poder tener respuesta inmediata frente a los eventos y obviamente tener la información en tiempo real; pero también que vaya quedando registro de todo lo que se habla por esos medios de comunicación y esto nos lo permite una modernización de ese sistema de análogo a digital; con un software que nos permitirá mapear el departamento con un mapa de gestión del riesgo que tendrá incorporado todo lo que tiene que ver con el Plan Departamental de Gestión del Riesgo, que va en fase dos, pero que requiere una fase tres, que sería ya colocarle los valores de cuánto vale mitigar, minimizar los riesgos, los escenarios de riesgo y las amenazas evidenciadas en ese Plan Departamental de Gestión del Riesgo. (M. Castro, comunicación personal, 1 de mayo de 2016)

No obstante, el tema de la gestión del riesgo pasa por una redefinición de su significado según la estructura y perspectiva de la Oficina Departamental, y su capacidad real de disponer y ejecutar recursos financieros. Sobre ello, el mismo funcionario aclaró:

Es necesario analizar tiempos, momentos y coyunturas políticas y administrativas, desde el momento en que la Ley 1523/12 nace; ella nos pide reformar, reinventar todo el concepto que anteriormente llamábamos Prevención y Atención de Desastres por ese nuevo concepto de gestión del riesgo. En el año 2014 la Asamblea Departamental le da facultades *protempore* al gobernador y en el 2015 se logra crear la Oficina Departamental de Gestión del Riesgo, adscrita al despacho de la gobernadora. Se crearon los instrumentos que el sistema requería para funcionar: el Consejo Departamental de Gestión del Riesgo, donde se toman las decisiones concernientes al tema y se vincula a las entidades relevantes en el tema... Pasamos de una inversión irrisoria de \$ 220 millones, del año pasado para funcionamiento e inversión, a una de \$ 2200 para gastos de inversión para los ejes fundamentales que define la ley: conocimiento, reducción y manejo... Sobre el Fondo Departamental de Gestión del Riesgo, que la gente dice que es un fondo desfondado, porque no le ha ingresado un solo peso, podríamos decir que en marzo de 2013 se crea este mediante un decreto, cuando debió haber sido mediante una ordenanza, porque estamos hablando de recursos del departamento que irán destinados a un fondo y esto solo lo autoriza la Asamblea Departamental. Sobre ello ya venimos trabajando en crear una ordenanza para ello, la idea es crear un fondo con una fuente de financiación definida por Hacienda, que nos permita recoger de tres mil a cuatro mil millones de pesos anuales, para hacer todo el trabajo de los tres procesos: conocimiento, reducción y manejo. (M. Castro, comunicación personal, 1 de mayo de 2016)

Ahora bien, sobre los aspectos territoriales, los cuales van más allá de las acciones clásicas que se realizan como parte de la atención (estas pretenden incidir en la normativa, uso y ocupación del territorio, así como modificar las realidades que definen las condiciones de vulnerabilidad de la población), afirmó M. Castro:

Tenemos que mejorar en poder materializar los instrumentos de planificación del territorio... Falta integrar Gestión del Riesgo en los Planes de Ordenamiento Territorial, esto es fundamental, porque en la medida que nosotros no planifiquemos como vamos a crecer en el territorio minimizando los riesgos, vamos a estar siempre atendiendo y la idea es reducir las atenciones, porque vamos a invertir en gran medida nuestros esfuerzos en atención y reducción. (comunicación personal, 1 de mayo de 2016)

La Ley 1523 de 2012 establece que la gestión del riesgo es una responsabilidad tanto de las autoridades como de los habitantes del país, y aclara que “los habitantes del territorio nacional, corresponsables de la gestión del riesgo, actuarán con precaución, solidaridad, autoprotección, tanto en lo personal como en lo de sus bienes, y acatarán lo dispuesto por las autoridades” (art. 2). De ahí se deriva la necesaria incorporación de la comunidad en los procesos de gestión del riesgo, en sus tres etapas: conocimiento del riesgo, reducción del riesgo y manejo de desastres, definidas también en el artículo citado. En relación con ello, M. Castro expresó:

La comunidad se involucra en los tres procesos. Estamos viendo cómo se desarrolla, a través de las iglesias, un programa que permita capacitarlas para que cumplan con planes y rutas de evacuación y crear brigadas de emergencia que puedan responder a un posible evento. Lo otro es la reducción de riesgo a través de las Alertas Tempranas; allí se capacita a la comunidad y se entregan responsabilidades a los líderes para el cuidado de sus propios congéneres; finalmente se les entregará un dispositivo que emita un sonido de alarma, previa coordinación e identificación de los riesgos que se presenten allí. (comunicación personal, 1 de mayo de 2016)

Esta última referencia conduce a otro aspecto de crucial importancia, pero muchas veces olvidado o ni siquiera reconocido, pues se aborda como un asunto meramente instrumental en el proceso de la gestión del riesgo, se trata de la comunicación del riesgo. Esta comunicación no implica, como pudiera llegar a pensarse, el hecho de dar a conocer masivamente las decisiones que expertos toman sobre las acciones concebidas, implementadas o a implementar para mitigar el riesgo; es decir, no se trata de un elemento instrumental o un trámite formal al final del proceso que simplemente pretende informar a las comunidades. Es un asunto complejo que involucra el reconocimiento, la visibilización y la configuración de conceptos, intenciones, percepciones, reglas o situaciones en las que se construye pensamiento y acción sobre el riesgo y sus componentes. En otros términos, la comunicación del riesgo antes que aportar informa-

ción sobre situaciones, conlleva la construcción de imaginarios y, con base en ellos, permite determinar las acciones e incluso la definición de responsabilidades sociales, ante los riesgos a los que están expuestas las comunidades.

Retomando algunas de las situaciones ya referidas y cercanas, para ilustrar esta última afirmación, cabe recordar la ola invernal 2010-2011 que la sociedad vallecaucana y sus instituciones reconocieron como dramática. Las declaraciones de ciertas personalidades e instituciones, publicadas en la prensa regional y nacional, configuraron en la población cierta idea de la problemática real del asunto; se reconoció que la CVC no realizó un seguimiento adecuado a esta zona y se limitó a desempeñarse solo como una autoridad ambiental, por lo que se produjeron consecuencias para miles de personas afectadas y campos agrícolas que generaban todo el empleo en esta región (Arango, 2010).

Pero, tal como se expresó, ¿se podría afirmar que el sector agroindustrial del Valle del Cauca, con su lógica de ocupación y explotación de la vega inundable del río Cauca, no es un factor estructural en la generación de condiciones propicias para la ocurrencia de un desastre anunciado? ¿Realmente son solo víctimas y salvadores? Es oportuno recordar algunas de las palabras del coordinador para la atención de emergencias del sector azucarero, cuando en esta misma entrevista afirmó:

Arrancamos con un comité de ayuda con la Gobernación, con Cartón de Colombia, PISA, EPSA y el Comité de Cafeteros para repartirnos los diferentes trabajos y las necesidades más apremiantes... Son muchas las ayudas que hemos hecho, sobre todo adecuando, conformando y reparando los diques que se han fracturado causando daños a más de 30 000 hectáreas a lo largo del Valle. (Arango, 2010, párr. 4)

No se niega el aporte que en ese entonces hicieron para confrontar la situación, se trata de dejar en claro que la comunicación del riesgo, en tanto asunto social y político, también pasa por las estructuras de poder existentes en la sociedad; igualmente, estas inciden de forma preponderante en la configuración de la realidad. Así, es claro que la comunicación hace visible o invisible el riesgo, y define o exonera de responsabilidades a quienes intervienen en su definición.

Por tanto, la comunicación del riesgo, más que una herramienta al servicio de las grandes empresas o del Estado para divulgar información y legitimar sus decisiones, debe permitir la construcción de espacios, mecanismos e instrumentos permanentes de interacción y retroalimentación, entre los distintos sectores y actores que interactúan, en la sociedad y el Estado, y en la misma gestión social del riesgo. Debido a ello, no puede considerarse ni independiente ni externa, o únicamente producto final o de salida de un proceso instrumental de gestión del riesgo. El departamento del Valle, al margen de las limitantes

inherentes a su escaso desarrollo y aplicación, entiende la importancia de la comunicación del riesgo en los siguientes términos:

La comunicación es el cuarto elemento fundamental de la gestión del riesgo, porque la Ley 1523 nos obliga a informarle a la comunidad cuáles son sus riesgos, cuáles son sus amenazas, cuál es su vulnerabilidad; eso es un derecho que tienen los habitantes. En ese sentido hemos ido avanzando y pretendemos seguirlo haciendo; no teníamos una buena comunicación del riesgo en el pasado; ahora, todos los temas atinentes a comunicación se emiten en los mismos medios de comunicación, allí se llega durante los eventos a pedir información y se transmite, por los mismos medios, lo que debemos hacer en comunidad. Estamos usando diferentes tecnologías que permiten tener contacto permanente con la comunidad, tenemos Facebook, Twitter, tenemos un *link* en la página de la Gobernación donde se entrega información. (M. Castro, comunicación personal, 1 de mayo de 2016)

“No ofrece peligro erupción de cenizas del Nevado del Ruiz”, así tituló un periódico de la ciudad de Manizales una nota del periodista Evelio Giraldo, el 13 de septiembre de 1985, exactamente dos meses antes de la conocida tragedia. Este titular evidencia el papel que desempeñó y que aún tiene la comunicación del riesgo en situaciones como estas. Así lo confirman anécdotas de varios sobrevivientes sobre reconocidas voces locales que afirmaban la necesidad de tranquilizar “los espíritus dado que como se ha visto, en el último año solo ha habido ceniza y ello no genera problema mayor” (Cruz *et al.*, 1995). En otro testimonio recopilado por Cruz *et al.* (1995), una sobreviviente se refirió a ello: “sí habíamos oído las noticias en la radio, pero decían que estuvieran tranquilos, que solamente mojaran un pañuelo con agua para taparse la nariz y que no se sintiera el olor a azufre y todo eso que se estaba sintiendo” (p. 59).

En el magno claustro de la Universidad Nacional de Colombia, el geólogo Ruiz (2010), en la apertura del XIII Congreso Colombiano de Geotecnia, argumentó que en la antesala de este suceso:

Se movieron intereses al no permitir el examen público del problema, ni la didáctica preventiva en las comunidades, porque –se decía en la dirigencia– afectaba la vida económica de la ciudad y la región. Incluso se llegó a ocultar documentos visuales de referencia, que fueron promovidos para examen abierto desde nuestros mismos claustros universitarios y por especialistas nacionales e internacionales que nos acompañaron en esos preámbulos angustiosos. (p. 9)

En eso consiste –fatalmente en este caso– la comunicación del riesgo, pues supone construir imaginarios colectivos, técnicos y sociales que posibiliten o no la creación de condiciones sociales, institucionales, políticas, culturales y económicas que generen seguridad a las poblaciones expuestas a riesgos de

diverso tipo. En otras palabras, los imaginarios crean realidades, y los medios y formas de comunicación inciden significativamente en la construcción de dichos imaginarios. Esto hace que las estrategias comunicativas utilizadas para la gestión del riesgo resulten esenciales.

Ahora bien, por estrategias comunicativas se entiende el conjunto de herramientas que posibilitan de forma coherente, significativa y eficiente, la construcción de un mensaje y la comunicación de este entre diversos sujetos o actores (emisores y receptores). Ese proceso involucra, de forma inherente, cierta creatividad que focalice la atención del receptor alrededor del mensaje, facilite su recordación y provoque una respuesta coherente con lo comunicado. Es necesario comprender que las herramientas no solo son artefactos o instrumentos, constituyen espacios que se convierten en una posibilidad de comunicación a través de un lenguaje acorde con el mensaje: talleres, crónicas y ensayos, por ejemplo, se unen entonces a las piezas comunicativas clásicas, afiches, cartillas o videos, para lograr esta comunicación.

El tema de las estrategias comunicativas no lo hemos evaluado, afirmó Mauricio en la entrevista, ¿Qué se evidencia? Que la gente espera recibir información por los medios de comunicación masivos. Por ejemplo, las comunicaciones ya no son en físico sino a través de correos electrónicos, chats y demás. Pero en el momento no hemos evaluado si lo que estamos haciendo está llegando como queremos que llegue y en qué medida está siendo aceptado por la comunidad, esa es una realidad.

Para comunicar en el caso del conocimiento del riesgo es fundamental transmitirlo directamente a la comunidad, en reuniones, en visitas. En nuestro caso vamos a los municipios y hacemos una presentación magistral sobre los eventos más significativos que los aquejan, sobre sus vulnerabilidades, sobre los instrumentos que tiene el municipio para atenderlos, pero también hay que dejar documentos que queden en la retina de los participantes, un volante que tenga información mínima. La gestión del riesgo tiene que avanzar de acuerdo a los avances tecnológicos. Nosotros tenemos que tener en nuestro celular, las noticias, la información, el evento, los riesgos que tenemos; pero también, utilizar los medios de comunicación, de audio, emisoras radiales que llegan a los corregimientos y veredas donde no llega el funcionario público. (M. Castro, comunicación personal, 1 de mayo de 2016)

Estas palabras reafirman que tanto la comunicación del riesgo como las estrategias comunicativas se convierten más en un reto y posibilidad, que en una realidad para el Valle del Cauca. El proceso de definir los temas estratégicos en la gestión del riesgo, así como las formas comunicativas más apropiadas para abordarlos, exige reflexión y construcción conjunta por parte de la sociedad civil, el Gobierno y los expertos; todo ello en pro de que, ojalá en un futuro no tan lejano, sea posible afirmar con prudencia, pero con satisfacción y hasta

orgullo, que sí hay una preparación para los potenciales incidentes que pueda enfrentar el Valle del Cauca. De este modo, no se repetirían las tristes historias vividas por Ángela y Carlos, la sexagenaria pareja que en 1994 sintió la furia del río Frayle en Florida, o las de miles de anónimos compatriotas que entregaron sus vidas ante la ignominia y desidia del gobierno, nacional y regional, en la sepultada Armero, aquella funesta noche del 13 de noviembre de 1985.

Jamundí

Territorio con diversidad de sabores, personas y riesgos

En el suroccidente colombiano se erigen, dominantes y majestuosos, los farallones de Cali, que se contornean en paralelo a la gran serpiente de escamas de agua: el río Cauca que culebrea con sus meandros el departamento que toma como nombre, un paisaje como el del Valle de Cauca, en el cual crecen los municipios promisoriamente en medio de la vegetación, el caos y el urbanismo emergente que ha ido modificando su estructura, la planificación y el devenir propio de ocupación de tierras, en un país con millones de personas que han tenido que dejar su hogar para encontrarlo en otro territorio.

Justo ahí, entre el río y la cordillera Occidental, se encuentra el municipio de Jamundí; de acuerdo con el Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastre, este territorio tiene una extensión de 632.5 km². Allí, según el Censo del 2005, realizado por el DANE, el 86.3 % de viviendas son casas, y de estas, el 4.1 %, además de su uso como viviendas, se utiliza para desarrollar alguna actividad económica. En términos de la población, el 48.3 % son hombres y el 51.3 % son mujeres. Del total de habitantes, el 60.8 % de la población residente en Jamundí se autoreconoce como raizal, palenquero, negro, mulato, afrocolombiano o afrodescendiente; al comparar este dato con el hecho de que el 50.8 % de la población de Jamundí haya nacido en otro municipio, se concluye que se trata de un lugar diverso, tanto biológica como culturalmente.

Figura 5
Calle de Jamundí



Jamundí es el municipio más antiguo del departamento del Valle del Cauca, fue fundado cuatro meses antes que Santiago de Cali. En la historia de esta

ciudad se ha registrado que le fue cambiado el nombre varias veces, y tan solo recibió su actual denominación en el siglo XIX, en honor al gran cacique Jamundí. Este hombre recibió a Pedro de Añazco y Juan de Ampudia, quienes sostenían una dura pelea por defender el territorio; este hecho dio inicio a la sangrienta conquista de los territorios del Valle del Cauca.

Un viaje hacia este maravilloso municipio –con historias de gente berraca, como se dice en esta tierra–, en busca de las formas más asertivas para comunicar la gestión del riesgo a la ciudadanía, permitió que se hiciera contacto con las personas encargadas de este tema en Jamundí. Con ese objetivo, se pactó un encuentro para el día 19 de abril de 2016, a las dos de la tarde, en las oficinas de los funcionarios Francisco Gamboa, quien se desempeña como apoyo técnico del Comité Municipal de Gestión de Riesgo y Desastres, y Geovanny Zapata, perteneciente al área de conocimiento del riesgo. Llegado el momento, se emprendió un viaje en moto desde las doce del mediodía, saliendo de la Universidad del Valle, para llegar con buen tiempo de anticipación y, por qué no, aprovechar para saborear un delicioso cholado –una magnífica mezcla de frutas, hielo y jarabes dulces, la cual es casi imposible de olvidar cuando se habla de este municipio–. Si bien es fácil encontrar este producto en Cali (por ejemplo, en la calle novena por las canchas panamericanas), nada como disfrutarlo en el propio Jamundí. Tierra, además, de recuerdos alegres, y una infancia conformada por una típica familia vallecaucana que, de vez en vez, en la década de los noventa, llegaba hasta el balneario Los Guayabales para vivir el paseo más esperado durante la semana. Sin duda, Jamundí siempre ha sido un territorio de alegría en el imaginario de muchos vallecaucanos.

Ya estando en Jamundí, después de veinte minutos de trayecto, y al observar la arquitectura del edificio donde ocurrió la cita –allí dentro operaban varias secretarías del municipio–, fue posible transportarse al pasado; unas escaleras anchas llamaban la atención, pues no se suelen ver de esas dimensiones en los edificios modernos. En el encuentro con los funcionarios, al inicio de la conversación, se hizo referencia al nombre de la investigación y a por qué es necesario repensar nuevas formas de comunicar a la ciudadanía los riesgos que tiene en su territorio, cuando ya han pasado treinta años desde lo vivido en Armero. En este tiempo se han ido develando los sucesos que hacen de ese desastre una crónica de muerte anunciada; además, lo ocurrido ha dejado una importante lección de experiencia: aunque un municipio cuente con gran cantidad de estudios, planes e investigadores nacionales e internacionales, esto no constituye una garantía cuando hay que salvar la vida de los ciudadanos. Así lo demostró la erupción del volcán Nevado del Ruiz, un suceso que dejó 20 000 víctimas fatales a causa de los lahares.

Es evidente que una lectura profunda del territorio no debe estar solo a disposición de los expertos en el tema; en Armero, si bien investigadores de varios países estuvieron meses atrás estudiando el volcán y elaborando un mapa de

emergencia, este nunca llegó a los pobladores. Además, las insinuaciones sobre una posible erupción del volcán fueron opacadas con noticias de calma y acusaciones apocalípticas, y ni los mismos investigadores lograron predecir con exactitud el evento que tomó por sorpresa a las familias de Armero a las 9:20 p. m., el 13 de noviembre de 1985. Es decir que, superado el tema de estudios, planes, investigaciones y políticas, el reto ahora consiste en empoderar a la ciudadanía de su territorio, con respecto a su conocimiento de este tema y, sobre todo, a la forma correcta de actuar en el momento en que este tipo de situaciones pongan en riesgo su vida e integridad.

Figura 6
Parte posterior casas Jamundí



En el encuentro se dejó claro que, más allá de evaluar la gestión realizada por la administración municipal, se tiene como propósito determinar las acciones necesarias para que en Colombia no se repita esa historia con otro desastre ante el cual sea posible anticiparse. El funcionario F. Gamboa explicó:

Tenemos unos asentamientos humanos en la cuenca del río Jamundí en el corregimiento de Puente Vélez, el casco urbano del corregimiento queda a orillas, ha invadido la margen de seguridad del río y es donde se nos ha presentado con anterioridad amenazas de avalancha. (comunicación personal, 19 de abril de 2016)

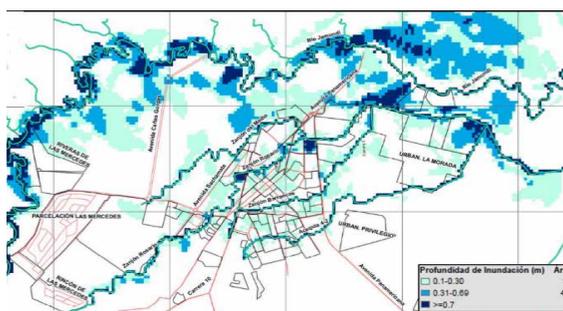
Respecto a la relación poco precavida de las poblaciones con los ríos, a nivel regional y nacional, las advertencias sobre posibles tragedias del río Cauca también tienen en vilo a la mayoría de municipios del departamento. Por otro lado, la configuración no planeada urbanísticamente se presenta como una variable clave cuando de hablar de riesgo se trata; la mala fortuna es como una reacción en cadena que va generando situaciones más graves, estas pueden ir desde el aumento de población con necesidades básicas insatisfechas hasta el hecho de conformar las comunidades más vulnerables en situaciones de riesgo. En ese sentido, el funcionario mencionó un evento ocurrido el 24 enero del 2016 que los hizo tomar acciones sobre la marcha: el represamiento del río trajo consigo la inundación de la zona plana del municipio y afectó varios barrios del casco urbano.

Al revisar el Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres de Jamundí (PMGRD), se identificó que una de las situaciones de riesgo priorizadas es la inundación. En ese sentido, se ha logrado consolidar el histórico de eventos de los últimos diez años, demostrando de esta manera que es un hecho de ocurrencia frecuente. El 2008 fue el año en el que se presentó mayor afectación, tal como lo registró el PMGRD:

- 800 viviendas afectadas en la zona urbana, con sectores donde el agua llegó a 1.5 m.
- En la zona rural se afectaron poblaciones como Quinamayo, la vereda Playa Amarilla y El Avispal, Robles y Timba, en donde el agua también alcanzó los 1.5 m.
- En el casco urbano las inundaciones duraron entre uno y tres días. En la zona rural las inundaciones alcanzaron a durar entre cinco días y dos semanas.
- En el casco urbano las pérdidas fueron de enseres, electrodomésticos y contadores de gas y energía. En la zona rural las pérdidas incluyeron cultivos y enseres.
- Como efectos colaterales aumentó la aparición de vectores como los mosquitos.

Finalmente, el equipo de investigadores que apoyó la creación del PMGRD de Jamundí documentó que, en los años 2008, 2010 y 2011 se presentaron hasta cinco eventos de inundación en cada uno; estos sucesos se daban en las temporadas de lluvia, específicamente en la época que la ciudadanía conoce como el fenómeno de La Niña (Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres, 2013).

Figura 7
Mapa Jamundí



Nota. Tomado de *Plan de Ordenamiento Territorial Jamundí 2002: POT Jamundí 2002*, por Alcaldía Municipal de Jamundí, 2002. (<https://repositoriocdim.esap.edu.co/handle/20.500.14471/10850>).

Si bien no se presentaron víctimas fatales, los efectos psicológicos de quien vive un desastre natural de ocurrencia inesperada, como las inundaciones, pueden perdurar por más tiempo en la memoria individual y colectiva de las poblaciones. Este es el caso de los sobrevivientes de Armero, quienes a pesar del tiempo que ha pasado aún continúan soñando con aquella noche de noviembre. Asimismo, continúa la búsqueda inconsolable de algunas madres que no conocen el paradero de sus hijos.

Después de una catástrofe de gran magnitud, las víctimas deben readaptarse y empezar a reconstruir un proyecto de vida, en términos de lo emocional y lo económico; en este contexto, muchas veces las pocas ayudas del Estado no permiten que ese proceso se realice de manera digna, por lo que se ven obligados a mendigar lo que por ley deberían tener como derecho fundamental. Por consiguiente, si bien hay situaciones que no se pueden pronosticar con exactitud, a nivel mundial ya son varios los casos de sucesos en los que las comunidades, con un alto grado de conocimiento para responder ante la emergencia, tienen una mejor conducta y los resultados son menos catastróficos; de ahí que sí sea necesario educar profundamente a la ciudadanía si se pretende que las consecuencias de estos acontecimientos sean menores.

En ese sentido, de acuerdo con varios estudios se tiene caracterizados los tipos de conductas que puede tener una población en medio de una situación de emergencia:

- Del 10 % al 25 % de las personas permanecen unidas y en calma, estudian un plan de acción y las posibilidades.
- El 75 % manifiesta conducta desordenada, desconcierto.
- Del 10 % al 25 % muestran confusión, ansiedad, paralización, gritos histéricos y pánico. (Instituto Nacional de Seguridad y Salud en el Trabajo, 1999, p. 1)

Al ser el fenómeno de El Niño y de La Niña periodos de tanta ocurrencia en el país, es evidente que las medidas de educación a la ciudadanía deben llegar por todos los medios. Más allá de la difusión de una norma, se debería buscar la interiorización de un comportamiento que genere una mayor seguridad para los ciudadanos en el momento de la emergencia.

Por otra parte, las inundaciones ocurridas en el municipio de Jamundí dejaron varias edificaciones afectadas, tales como escuelas, puestos de salud y carreteras; estas consecuencias hacen que la comunidad sea más vulnerable, no solo en el momento de la emergencia, sino posteriormente en la etapa de readaptación a sus actividades cotidianas. En cuanto a los cultivos en la zona rural, “se afectaron cultivos de cacao, caña, arroz, cítricos, pasto de corte, hortalizas, papaya, tomate y plátano, pérdida de ganado, peces, porcinos, gallinas” (Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres, 2013, p. 22). Sin embargo,

el PMGRD registró algunos factores adicionales que favorecieron los daños: la localización inadecuada de algunas poblaciones; las construcciones hechas con materiales poco resistentes; la transformación de los cuerpos de agua; y en términos generales, la debilidad institucional que se refleja en la cantidad de familias que viven en la pobreza –lo cual las hace más vulnerables–, con necesidades insatisfechas, sin acceso a salud, estudio o alimentación.

Estas condiciones, sin duda, hacen más triste la historia de las tragedias. Sobre ello reflexionó Esther Uribe de Zuluaga, una sobreviviente de Armero que a puño y letra escribió lo sucedido en la noche que ella denominó “final del mundo en Armero”; en su testimonio, hizo evidente la falta de institucionalidad frente a una situación que podía haberse previsto. Esther no alcanzó a vivir para ver su crónica publicada, pero su familia permitió que saliera a la luz a través del grupo de investigación Etnografía y Memoria de Armero (EMA) de la Universidad Nacional de Colombia. Estas líneas logran transmitir el terror, la impotencia y la fuerte relación con Dios y la aceptación de sus designios:

En esta noche fatal se comentaba que Dios se hacía ver él existía, y con hechos para ver si la gente se arrepiente y dejar de tanto rencor. Él desea de todo corazón que Colombia vuelva a nacer, que el odio se cambie por amor entre hermanos, que no se maten los unos a los otros, que nos demos cuenta que somos imágenes de Cristo, que haya paz tan deseada, que no haya secuestros, que la bandera de la paz gire en torno al mundo como un hecho de paz ya realizado, que haya respeto por la vida humana. (Uribe de Zuluaga, 2009, p. 517)

Esther, al igual que un grupo de científicos nacionales e internacionales, presentía que algo terrible estaba por ocurrir, pero ninguna de esas voces fue escuchada con la atención que era necesaria. Entre ellas también se encontraba la del profesor Gonzalo Duque-Escobar, quien ha escrito las enseñanzas de la experiencia vivida en Armero, veinte y treinta años más tarde. En su última entrega, en una sección de su texto llamada “El alba de la coyuntura”, expresó lo siguiente:

La reactivación del volcán Nevado del Ruiz se anuncia desde el 22 de diciembre de 1984 con ruidos y sismos locales, olores a azufre y manchas amarillas en la nieve, y las primeras advertencias llegan a Ingeominas iniciando 1985 con las recomendaciones de John Tomblin como responsable de la entonces Oficina de las Naciones Unidas para el Socorro en Caso de Desastres (UNDRO), invitado para el caso a Colombia. Dos meses después se publica la noticia en el diario local *La Patria*, donde se dan a conocer los hechos, advirtiendo que la actividad de las fumarolas no era motivo de alarma. (Duque-Escobar, 2015, p. 3)

Por su parte, Esther en su testimonio –con palabras menos técnicas y tal vez un poco más místicas– describió la misma tensión:

No sé por qué, pero cuando estaba allí sentía presentimiento de que algo iba a pasar, pero presentía era en Villahermosa donde mi familia ya que sentía que unos de mis hijos me llamaban y mi esposo se quejaba. Yo creo que las tragedias se presienten. 15 días antes de ir al hospital soñé que el nevado se venía, yo corría, pero no me alcanzó. (Uribe de Zuluaga, 2009, p. 7)

Si se sitúan estas sensaciones en Jamundí, ¿acaso no es la misma tensión que sienten los vallecaucanos con el río Cauca?; ¿no son ya suficientes las señales de que algo fatal puede llegar a ocurrir?; ¿las instituciones del municipio están preparadas para un evento de gran magnitud? El suroccidente del departamento, como lo ha explicado el PMGRD de Jamundí, tiene al ya nombrado río Cauca, pero también alberga el Parque Natural Farallones de Cali, el cual presenta altos niveles de pluviosidad. Sin embargo, históricamente las tierras han ido transformando su uso de suelo en agrícola, dándose en mayor cantidad cultivos como el arroz o la caña de azúcar. Para ello, ha sido necesaria la construcción de canales y sistemas de riego que no tuvieron en cuenta las condiciones hidroclimatológicas del municipio, y que hoy en día generan las mayores afectaciones en la zona plana (Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres, 2013).

Por otro lado, los funcionarios han advertido que, si bien las inundaciones tienen en vilo a las autoridades, otra situación de riesgo que pone al municipio en alarma constante son los movimientos en masa o deslizamientos. Según el PMGRD de Jamundí, hay registros de deslizamientos en los años 1972, 1976, 1996, 2001, 2008, 2009, 2010, 2011 y 2012; en estos eventos han tenido incidencia factores antrópicos como la minería, factores geológicos de la zona, y las temporadas secas y de lluvias que hacen más vulnerable el terreno. La zona que más se ha visto afectada es la parte alta de la zona urbana del municipio. Inclusive, en el año 2010 se presentaron setenta deslizamientos y, según se reporta en el mismo plan, para el mes de diciembre hubo aproximadamente cuarenta y nueve deslizamientos (Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres, 2013).

Aunque esta situación en gran parte se debe a las características geológicas del territorio, la presencia de cultivos manejados inadecuadamente en la zona de ladera, la transformación y desvíos de los cuerpos de agua, las excavaciones, entre otros hechos, hacen que la vulnerabilidad y la amenaza tomen mayor fuerza –por ende, hay una mayor cantidad de víctimas, algunas de ellas fatales–. En este contexto, se sigue haciendo hincapié en la debilidad institucional a la hora de controlar y prevenir cultivos y asentamientos en zonas no aptas, dado que estas intervenciones generan, de manera directa, un riesgo para los propietarios, e indirectamente para el resto de la población. Además, cuando sucede un acontecimiento de esta índole, no solo afecta la zona inmediata,

sino varios kilómetros alrededor hasta alcanzar poblaciones aledañas o el casco urbano.

Después de analizar estos hechos, cabe reflexionar sobre algunas preguntas: ¿por qué desde Armero hasta la actualidad, la institución y el Estado han sido oídos sordos frente a este tipo de situaciones? ¿Hasta cuándo seguirán haciéndose estudios hiperespecializados? ¿Cuándo realmente se atenderá a la ciudadanía con acciones concretas que vayan más allá de publicar una cartilla y repartir un volante? Frente a estas inquietudes, el profesor Duque-Escobar (2015) —con la autoridad que le da el haber sido parte del equipo de investigadores que antes del desastre de Armero intentó hacer caer en razón a los tomadores de decisiones— argumentó, de manera tajante, lo siguiente:

Y como me he preguntado ahora: ¿por qué antes del 13 de noviembre no se produjo ninguna acción ante la advertencia expresa de que, en caso de una erupción, Armero sería borrado por una avalancha? [...]. Posiblemente el trabajo que emprendimos a la fecha fue tomado como un simple ejercicio académico, o también la sistemática preocupación por la información que se daba en la prensa, dudosamente calificada de alarmista, terminó con sus voces por apagar las luces de sensibles periodistas, y por dismantelar una estrategia que pudo contribuir a la necesaria apropiación social del territorio para lograr la prevención del desastre. Calificados expertos de varios países, después de recopilar la información sobre los antecedentes y analizar los hechos, coincidieron en denominar lo ocurrido como “una catástrofe anunciada”, mientras aquí unos y otros rompían sus vestiduras amparados en la imposibilidad de predecir el comportamiento de un volcán, para decir que la suerte padecida por unos 25 000 colombianos fue culpa de la indómita naturaleza y olvidando de paso que los desastres no son naturales, así lo sean los eventos que los generan. (p. 7)

Ahora bien, el tema de los sismos en el municipio se presenta como un riesgo de mayor preocupación por los estudios geológicos que han catalogado a Jamundí como una zona de alta amenaza sísmica, por encontrarse en un área donde se presenta “zona de subducción, zona de Benioff y las fallas intracontinentales” (Nivia, 2004, como se citó en Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres, 2013, p. 16). En una de las bases de datos que recoge los eventos sísmicos actuales, llamada Earthquake Track (s.f.), se registra que el más cercano a Jamundí ocurrió el 22 de febrero de 2015 a las 12:56 p. m., cuyo epicentro fue a 7.2 km de Caldono, Cauca, con una profundidad de 149 km y una magnitud de 5.5 en la escala de Richter. El radio que sintió dicho movimiento llegó hasta Cali.

Por fortuna, estos eventos no han ocasionado víctimas fatales. No obstante, a pesar de esa fe ciega sobre la improbabilidad de estos sucesos, del constante deterioro de las edificaciones por su antigüedad —pues según lo dicho por algunos funcionarios, este municipio es uno de los más antiguos del país—, y

de las tomas de territorios de modo no planificado, sumadas al crecimiento urbanístico que no considera las normas de sismorresistencia, esa situación de riesgo que parece menor se convierte en un peligro a futuro. Es preciso, por consiguiente, concentrar esfuerzos en la generación de estrategias para que los ciudadanos adopten comportamientos adecuados frente a las emergencias, en pro de disminuir su vulnerabilidad. Con base en algunos estudios y experiencias cotidianas se ha concluido que este tipo de sucesos tienden a causar un pánico colectivo que psicológicamente puede afectar, de modo negativo, la respuesta de las personas en una situación de emergencia.

Otra de las situaciones de riesgo que los funcionarios han identificado son los incendios forestales; en cierto grado, estos se asocian a la explotación minera ilegal. Según reportes realizados por diferentes medios de comunicación, en el mes de septiembre del año 2012 se presentaron incendios de más de quince días. En ese momento, el trabajo de los bomberos se complicó, pues se tenían informes de que en la zona del incendio se encontraba un campo minado. El diario *El Pueblo* en el 2013 reportó grandes áreas que fueron quemadas con el fin de hacer extracción ilegal de oro, situación que, por realizarse en una zona rural de poco acceso, hizo difícil el trabajo del cuerpo de bomberos.

Otra situación importante, ocurrida en el año 2015, fue un incendio que duró más de cuatro días en la zona alta del municipio, con llamas superiores a los diez metros (Valle al Instante Noticias, 2016). Este acontecimiento agravó la situación de los cuerpos de agua al aumentar el riesgo por deslizamiento e inundaciones; además, implicaba la pérdida de cobertura vegetal de ecosistemas que se encuentran en peligro de extinción a nivel mundial, como el bosque seco tropical (BST). Frente a ello, el equipo de gestión del riesgo ha trabajado con comunidades en el empoderamiento de su territorio y el conocimiento de los diferentes riesgos. Cabe agregar que otro riesgo asociado a la actividad minera es el transporte de sustancias peligrosas, dado que transitan por la vía Panamericana, en muchos casos, sin ningún tipo de control.

Hoy en día los funcionarios encargados del tema de la gestión del riesgo en el municipio de Jamundí han empezado a notar un cambio en la concepción del riesgo en la administración municipal: “el primer acierto es que ha empezado a haber conciencia por parte de los tomadores de decisiones, ya no se limita a realizar solo unas tareas, sino como una responsabilidad municipal” (G. Zapata, comunicación personal, 19 de abril de 2016). Continuando la conversación salen a la luz situaciones que abordan el sinsabor que se ha tenido por años en cuanto a la gestión del riesgo, pero que empiezan a transformarse gracias al trabajo continuo –y muchas veces desinteresado– de quienes emprende esta tarea, entre ellos los voluntarios, defensa civil y el benemérito cuerpo de bomberos. Todo esto da a entender que, para ser escuchados hoy en día, fue necesario un trabajo arduo y sin calma que consistió en empezar a educar a la

administración municipal, para que esta, a su vez, asignara los recursos y permitiera las acciones necesarias.

“Lo segundo es que gracias al trabajo articulado de los últimos seis años la oficina de gestión de riesgo ya tiene un posicionamiento en la administración local” (comunicación personal, 19 de abril de 2016), esta fue la conclusión de G. Zapata, y es que, si bien es un logro en varias de las secretarías de riesgo del país, también deja en evidencia cómo quienes se encargan de estos asuntos deben jugársela el todo por el todo para ser tomados en cuenta, mientras la ciudadanía es hipnotizada con fútbol, ferias y reinas. Esta misma situación hizo que, hace treinta años, la tragedia de Armero fuera denominada a nivel mundial como producto de uno de los grandes errores en la mitigación moderna de riesgos volcánicos, puesto que hubo una subestimación del riesgo, tramitologías burocráticas que hicieron más fácil gestionar recursos para las vacaciones de los gobernantes que para la protección de la ciudadanía, situación que se viene develando y que urge de acciones inmediatas como lo expresa Omar Darío Cardona, miembro fundador de La Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres de América Latina:

En el caso del desastre de Armero por la erupción del volcán Nevado del Ruiz en Colombia, por ejemplo, se conocía de dos erupciones previas, la segunda de ellas en 1845, esto es, 140 años antes de la tercera y fatídica de 1985 que causó la muerte de cerca de 20 000 personas. Sin embargo, para los pobladores del Armero moderno tales erupciones no existían, como no existieron para los burócratas, aferrados a sus procedimientos rutinizados de manejo de emergencias y de informes periódicos. Ambos grupos dejaron de ver el peligro creciente e incluso no sintieron la emergencia del momento: no existió gestión del riesgo. Se actuó como si la población y el volcán acabaran de nacer, sin historia, sin los ejemplos del pasado. Algo se interpuso entre la población inerte, desprotegida, y su salvación. Aparte de que se puede argüir negligencia gubernamental, pues se entendía el peligro y se lo calibraba, el pueblo hizo caso omiso de las señales que les estaba ofreciendo el fenómeno. El pueblo desoyó los avisos de la naturaleza para atender los consejos tranquilizadores de las autoridades y los medios de comunicación. A Armero la condenó su credibilidad en la ciencia y en la autoridad; su confianza en el Estado, en ese derecho que aquí se confronta con el desastre. (Cardona, 2001, pp. 54-55)

Ahora bien, si esta es la historia de hace treinta años, es injusto que, a la fecha, las oficinas de riesgo sigan tratando por todos los medios de ganar un espacio y posicionamiento en la administración municipal, como si su papel no fuera relevante para el territorio y el bienestar de los ciudadanos. El encuentro con los funcionarios Gamboa y Zapata permite tener una luz de esperanza respecto a esta situación, pues ellos identificaron tres aspectos positivos que le permiten trabajar al equipo:

- La capacidad de gestión en la administración municipal.
- Credibilidad.
- Trabajo interinstitucional y generación de sinergias.

Dichos puntos se han ganado a pulso por el interés y trabajo continuo de los funcionarios. Estas personas, con el suficiente conocimiento sobre la evolución de este tema en el departamento, han identificado como una debilidad el hecho de tener constantes cambios de coordinador en la Oficina Departamental de Gestión de Riesgo y Desastre, “porque es un proceso que se ha venido dando permanente, cambia dos, tres veces de un coordinador y se ha identificado que el trabajo que se venía desarrollando en el 2013-2014 sufrió un proceso de detención” (F. Gamboa, comunicación personal, 19 de abril de 2016). Como resultado de ello:

A hoy por ejemplo el departamento apenas está volviendo a generar una oficina que tenga competencias al tema de la gestión del riesgo. Un ejemplo es que, en los últimos dos años, la coordinación departamental ha tenido siete cambios, y eso ha afectado que el departamento del Valle del Cauca a mediados de los años 90 y principio del 2000 era un departamento líder a nivel nacional y hoy en día estamos totalmente rezagados en comparación con los otros departamentos como Risaralda, Caldas, Quindío y Antioquia. (G. Zapata, comunicación personal, 19 de abril de 2016)

Asimismo, se percibe cierta centralización en la formulación del Plan Departamental de Gestión del Riesgo de Desastres, ya que, según los funcionarios, al no ser convocados a las mesas de construcción de la caracterización de los riesgos, se quedan fuera del plan muchas vulnerabilidades y amenazas propias de cada municipio. La burocracia en los procesos concernientes a la gestión del riesgo no permite tener un acercamiento real con la situación de acuerdo a cada caso. Se supone, entonces, que solo con el hecho de tener documentos bien redactados –por lo general, con términos extremadamente técnicos– se tiene un territorio seguro, pero ese pensamiento solo revela una ineficiencia de individuos con poder. Es así como prevalecen los intereses individuales por encima de los colectivos, aunque las poblaciones constitucionalmente tengan el derecho de pertenecer a un territorio seguro y mínimamente organizado bajo un principio de realidad. Al respecto, Cardona (2001), catedrático del tema, expuso:

Las crisis y los desastres son tiempos de prueba no solo para las personas sino para el Estado, ya que en esas circunstancias salen a relucir todas las debilidades de su estructura. Sin ánimo de darle un tratamiento peyorativo, se puede definir a la burocracia como el conjunto de los cuadros administrativos del Estado. Burocracia es sinónimo de rutina, de solución de problemas mediante la aplicación de procedimientos. El patrón de los sistemas burocráticos es la rutinización: la experiencia y la memoria de

la administración se construyen a través de la reiteración de sus procedimientos. [...] Lo primero que hace cualquier administración frente a brotes de anormalidad es tratar de integrarlos dentro de algún procedimiento administrativo, coercitivo o un procedimiento de respuesta (planes de emergencia o contingencia, cuando existen). Es decir, en un procedimiento –que usualmente es desconocido– dentro del cual se pueda enmarcar la situación y a los partícipes de la misma. Se tiene, entonces, que el tratamiento rutinizado que caracteriza a la burocracia es a menudo inadecuado en relación con las situaciones de desastre o de emergencia. (p. 54)

En efecto, la burocracia en el departamento invisibiliza las situaciones reales de cada uno de los municipios. Por otra parte, en términos financieros, se identificó a través del diálogo con los funcionarios que el departamento tiene una debilidad adicional, pues no cuenta con un fondo departamental que haya sido instaurado por medio de una ordenanza, “sino que está simplemente por un decreto departamental del gobernador y entonces esto no permite que el fondo como tal tenga unos recursos propios [...] para cualquier tipo de acción que tenga que tomar cualquier municipio del departamento” (Director departamental de Riesgos, comunicación personal, 2019). Si esta situación persistiera, representaría un riesgo incluso para los comités de gestión de riesgo del departamento.

Cabe recordar que anteriormente los funcionarios expresaron que una fortaleza era la sinergia interinstitucional; a este punto añadieron que han contado con un apoyo invaluable de la fundación PLAN para la realización de talleres que promueven desde el fortalecimiento técnico conceptual hasta los aspectos logísticos. Asimismo, la CVC ha apoyado la gestión del equipo de Jamundí con acompañamiento técnico; la Defensa Civil; la Cruz Roja Colombiana; el cuerpo de Bomberos; la empresa EPSA, hoy en día llamada Grupo Celsia; la Secretaría de Infraestructura; la Secretaría de Salud Municipal, la Secretaría de Planeación Municipal; Acuavalle; la Policía Nacional; el Ejército Nacional; y la Agencia Minera que ha contribuido en las emergencias mineras legales e ilegales. Finalmente, rescataron que ha sido de gran ayuda la buena comunicación que se tiene con la Unidad Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres.

De acuerdo con F. Gamboa, para darle cumplimiento a la Ley 1523 de 2012 se tenía la necesidad de actualizar el Plan Básico de Ordenamiento Territorial (PBOT) y el Plan de Desarrollo Municipal, el cual no tenía articulado el componente de gestión del riesgo; este último se incorporaba de manera superficial frente a la vulnerabilidad y los riesgos del municipio (comunicación personal, 19 de abril de 2016). Debido a ello, “surgió la inquietud de podernos articular con la Secretaría de Planeación Municipal y poder participar en las mesas que ellos estaban realizando para poder hacer la caracterización y poder construir un PBOT real a nuestro municipio” (F. Gamboa, comunicación personal, 19 de abril de 2016). Esta situación permitió reconocer la necesidad de actualizar

la cartografía existente del municipio; en ese proyecto recibieron el apoyo de la Universidad del Valle y lograron obtener mejores herramientas para la toma de decisiones.

Al final del encuentro se abordó el tema de la comunicación del riesgo. Los funcionarios concluyeron que, si bien hoy en día se cuenta con una variada y potente tecnología al servicio de las redes sociales, desde su punto de vista, las personas con mayor necesidad de tener un conocimiento del riesgo generalmente no se conectan a las redes. Por ese motivo, indicaron casi al unísono que preferían la vieja técnica del voz a voz, pues esta resulta más potente y directa para darle a la población el mensaje que necesitan. Sin embargo, no se desconectan del todo de la tecnología, pues han logrado tener el apoyo de la Oficina de Prensa de la Administración Municipal que hoy en día realiza casi a diario emisiones y reportajes referentes a la gestión del riesgo del municipio. Frente a este tema, argumentaron que prefieren trabajar a partir del contacto directo:

Una de las formas de comunicar el riesgo más exitosa es a partir de los talleres comunitarios, es más de contacto directo con la comunidad yendo a sus territorios, para que ellos mismo hagan su descripción de sus escenarios de riesgo, eso les da empoderamiento. [...] Interactuar directamente con las zonas vulnerables y con toda la comunidad en general es una de las mejores formas de comunicar el riesgo. (A. A. Zamora Vall, comunicación personal, 19 de abril de 2016)

Finalizada esta conversación, es evidente que Jamundí cuenta con personas empoderadas para gestionar este tema, quienes además conocen su municipio y las necesidades de la población. Más allá de ostentar un cargo, son movidos por una convicción, lo que recuerda una de las últimas frases de Esther en su crónica: “debemos ser precavidos y triunfaremos” (Uribe de Zuluaga, 2009, p. 20). Sin duda, los funcionarios que permitieron este encuentro para hablar sobre la gestión del riesgo del municipio de Jamundí reconocen realmente el valor de ser precavidos en el territorio.

Ansermanuevo Montañas, aires y riesgos

Las calles de cada pueblo de este valle del río Cauca parecen desembocar siempre en sus parques. Así es en Ansermanuevo. El parque del pueblo se rodea de la vieja iglesia reconstruida y sus nidos de palomas; del renovado edificio de la Alcaldía municipal; de los funcionarios y ciudadanos que entran, salen y se saludan con tal familiaridad que la palabra “primo” se repite muchas veces. Quizá por ello la primera estrofa de su himno lo recuerda: “somos tus hijos siempre adelante / con nuestro empuje trabajador. / Nuestro progreso será importante / pues nos anima el mismo fervor”.

Es el parque en donde los hijos comunes del municipio se encuentran y recuerdan que, por allá en 1539, un 15 de agosto, el marqués Francisco Pizarro fundó este pueblo del norte del Valle. “Somos un pueblo de muchos años, así no lo crean. Pequeño, pero con tradición”, comentó doña Eugenia, quien lleva muchos años vendiendo dulces en este parque centenario. Al hablar de este territorio, la docente Mónica refirió algunas características:

Una topografía muy variada, sí eso lo hace muy bonito y muy interesante, porque tiene muchos climas. Tenemos una temperatura alta aquí en esta parte plana, por la cercanía con el río Cauca y también el terreno es plano, tanto que allí hay cultivos de caña, sobre todo en la parte más cercana del río y grandes extensiones de potreros. Pero cuando empieza ya uno a subir la loma, empieza ya a ver una vegetación diferente, ya la topografía es más pendiente y de pronto se ve como una parte de protección, de protección del terreno y algo de cafetal y algo de potreros, pero cuando llegas a la parte alta y empiezas a ver los cañones que hay, tan variados. Se sube, luego bajas por ejemplo a Catarina, que vuelves a bajar, entonces es una topografía muy, muy variada, muy bonita pero también tiene sus inconvenientes por las pendientes del terreno. (comunicación personal, 2019)

Cuando a José –actualmente miembro de la administración municipal y del equipo encargado de la gestión del riesgo– se le preguntó por la situación del municipio, manifestó esta opinión:

Ansermanuevo es complejo por el tema de que estamos muy pegados a la cordillera Occidental y, por ende, entre los diferentes pisos térmicos. Se presenta mucha lluvia o mucha humedad y eso genera desli-

zamientos de tierra. Avenidas torrenciales, históricamente ya se han presentado acá en Ansermanuevo. (comunicación personal, 2019)

A esta visión de José sobre la situación del pueblo frente a los eventos naturales se suma la de Alexander, quien presta sus servicios como bombero. Los dos no dejan de mirar las grandes formaciones montañosas que acompañan al municipio. Estas particularidades también implican que sea más complejo responder ante ciertos eventos en las veredas:

Es un municipio al que lo afectan ambos climas, tanto el verano como el invierno... Los derrumbes, hay mucho derrumbe, tengamos presente que la vía al billar no sé si ya estará habilitada porque se fue la bancada completamente por un deslizamiento, igualmente pasó en Catarina, o sea, Ansermanuevo como tal presenta muchos problemas por deslizamientos, de igual forma, áreas que se vean afectadas, Villa Colombia, Salazar, barrio Bolívar, La Inmaculada. O sea, son aproximadamente cinco o seis barrios, donde se presentan esas dificultades, porque pasan quebradas por sus barrios y pues La Inmaculada es su alcantarillado, que es muy pequeño y angosto, no da abasto [...] Tengamos presente, La Diamantina, está aproximadamente a una hora y era donde más se presentaban los incendios, el sector de La Moravia hacia arriba, La Cabaña hacia arriba, son bastante retiradas. (Alexander, comunicación personal, 2019)

Ansermanuevo, como muchos otros municipios, goza de una especie de paradoja en su territorio. Mientras que al ingresar a la internet y teclear su nombre, las imágenes que aparecen son paisajes de tomas aéreas, de gente practicando el parapente y del verdor de una tierra que se aferra a la montaña, estos relatos describen las situaciones que se tornan problemáticas para la vida social y el entorno natural. Si bien en el casco urbano los entrevistados manifestaron que percibían poco riesgo, no sucede igual en la zona rural. Relacionaron los inviernos con deslizamientos; además, el verano es sinónimo de incendios, porque se secan los potreros y este ambiente es caldo de cultivo para que el fuego aparezca continuamente. Entre deslizamientos e incendios se mueve la dinámica en Ansermanuevo, pero un aspecto a resaltar tiene que ver con los barrios localizados en zonas poco aptas:

Una cosa, pues, gravísima es el tema de que en los años noventa en el municipio comenzaron a hacer barrios por autoconstrucción, que fueron la mayoría de los barrios que construyeron acá [...] eran por asociaciones que construían los barrios, pero sin normas sismorresistentes, con los materiales que ellos en su momento podían conseguir. Entonces nosotros en el tema de sismos, desde el Concejo Municipal de Gestión de Riesgos, sabemos que es crítica en ese sentido, porque en un tema de terremoto, nosotros estamos calculando más o menos que el 80 o 90 % de las viviendas que hoy están fracasarían o sufrirían problemas de colapso en sus estructuras. (José, comunicación personal, 2019)

Pero, así como en los años noventa esta situación se reconocía como autoconstrucción, en la actualidad el tema de las llamadas invasiones sigue generando mucha preocupación, como lo narró Alexander:

Alto Bonito no es un barrio, Alto Bonito es una invasión que hicieron la comunidad, es una invasión donde la comunidad construyó. No cuenta con servicios de energía, con servicios de alcantarillado tampoco, nada. Alto Bonito es zona roja, tenemos las viviendas de la vuelta del diablo, un deslizamiento tapa todas esas casas que hay debajo [...] Ellos también están en zona roja y ellos fueron notificados, pero pasa lo mismo, no desocupan por no tener hacia dónde irse, son casas propias. Tenemos en este barrio vivienda obrera, también hay un riesgo grande que también se hizo la visita y está informada la misma comunidad, qué pasa aquí, hay un sector de casa al lado de abajo y encima hay otro sector, la gente de abajo le está comiendo la barranca y en la de encima le están poniendo hasta tres pisos, donde eso llegue a ceder allá, ahí acaban con todo. Ya está informada, eso porque nosotros ya fuimos, yo fui allá y está notificado de que eso es un riesgo grande, cómo es que le van a montar tres pisos a eso y se suspendió dizque pa' que suspendieran la construcción de eso y vaya mire que allá volvieron y siguieron [...]. Hay como tres casas no más en las que también se hicieron las visitas, zona rural La diamantina, El Placer... (Alexander, comunicación personal, 2019)

En términos generales, la construcción de barrios y los asentamientos han terminado por convertirse en un problema para la administración y los habitantes. En las entrevistas comentaban que existe cierta laxitud al respecto, quizá porque siempre se ha hecho de esa manera y se ha tolerado que los pobladores hagan sus viviendas como mejor les parezca, tanto en la zona rural como en la urbana. No obstante, cuando se producen los hechos, viene todo un conjunto de requerimientos y peticiones que desbordan las capacidades del municipio.

Por ello llama la atención, según los entrevistados, que desde el año 2012 se haya venido trabajando a partir de la Ley 1253 (o ley de gestión de riesgo), para hacerle frente a estas problemáticas. A esa iniciativa se sumó la promoción de un acuerdo municipal, la identificación de recursos y la creación de equipos de trabajo. Aun así, en palabras de José, “lastimosamente como la ley, digamos, es muy reciente, casi la mayoría de los mandatarios no conocen esa ley de gestión de riesgos, es como la cenicienta, es por allá como en un rincón” (comunicación personal, 2019). En ese contexto, la buena voluntad de los mandatarios de turno es lo que permite que haya avances o retrocesos. Vale la pena recordar dos casos que se han mencionado y que ponen en entredicho la voluntad de algunos gobernantes: los barrios que se construyen en zonas no aptas para ello y los incendios forestales.

Recursos

En el caso de la presente administración, insistió José, “eso es lo que se está estudiando con el plan municipal de gestión de riesgo” (comunicación personal, 2019); además, reconoció que dicho proceso se viene haciendo de forma lenta, pues de los funcionarios de sus oficinas, él es el único operativo o de trabajo en el terreno. A pesar de ello, su concepción destacó la mutua responsabilidad y el compromiso de la Alcaldía:

Como la cabeza visible del señor alcalde y de la coordinadora de gestión de riesgos, que es la Secretaría de Gobierno, en cuanto al tema de la atención. En el tema de prevención eso es responsabilidad de todos, gestión de riesgos es de todos y es hacer las cosas bien; si yo hago las cosas bien desde infraestructura y planeación, desde salud, desde financiera, o sea, desde todas las dependencias de la administración municipal, incluyendo Secretaría de Gobierno. (comunicación personal, 2019)

A pesar de ello, otros actores de esta comunidad, como la docente Mónica, consideraron que se debía hacer más:

La debilidad es que se atiende más cuando se presenta la emergencia, y no se ve una buena planeación, y también he visto que faltan algunas entidades, por ejemplo, no hay Cruz Roja en el municipio [...] este municipio tiene muchos riesgos como para que no la tenga. La otra es que las entidades de socorro tienen muy pocos recursos, sobre todo la Defensa Civil, bomberos al fin y al cabo siempre tiene una taza que se recoge con el predial, pero la Defensa Civil como tiene muy poquito apoyo, entonces veo que falta como más apoyo en la parte de logística, en equipamiento. (comunicación personal, 2019)

Si bien se percibe que el tema es discutido y que los actores involucrados lo conocen, la gestión del riesgo no se encuentra en los primeros lugares de la escala de prioridad (solo cuando aparece el evento, como lo mencionó la docente), y se le entiende de una forma generalizada. En todo caso, tiene fuertes implicaciones el hecho de aplazar decisiones de política pública y de recursos específicos que se relacionan con dicha gestión. Uno de los entrevistados narró un ejemplo de esta situación de una forma detallada:

En el año 2016, el cuerpo de bomberos atendió veintiséis incendios forestales en área rural, tengamos presente. La Diamantina está aproximadamente a una hora y era donde más se presentaban los incendios, el sector de La Moravia hacia arriba, La Cabaña hacia arriba, son bastantes retiradas y siempre salen dos vehículos: la unidad de apoyo, máquina número tres, y la máquina carro tanque, ambas consumen combustible, son máquinas antiguas, se pierden lógicamente los materiales, bate fuegos, vejigas. La CVC hace aproximadamente diez años que no le da un machete a Bomberos en Ansermanuevo, cuando son ellos los responsables de todas estas, los que

se llevan la plata, si entonces Ansermanuevo como tal atiende muchos desastres por el verano o por el invierno, pero los recursos por parte de estas instituciones que son el apoyo de los cuerpos de bomberos son, por no decir escasos, son nulos prácticamente. (Alexander, comunicación personal, 2019)

Lo planteado en el anterior testimonio constituye una de las tensiones estructurales que deja en evidencia el funcionamiento de la atención de riesgos en los municipios, porque no se trata solo de la realidad de Ansermanuevo. Si existe una percepción social y una decisión administrativa que considera que la situación de riesgo solo es atendida cuando suceden los hechos, que no hay una mirada preventiva, los recursos que se destinan terminan siendo pocos. A su vez, cuando los sucesos no dan aviso ni espera, la gravedad es innegable y las culpas tienden a recaer en aquellos sujetos que enfrentan (cara a cara) incendios, deslizamientos o inundaciones. Se tiende a decir que no tuvieron previsión o que les faltó velocidad en la respuesta, pero la pregunta por la adecuada asignación de recursos se evade y la responsabilidad queda asignada a algunas instituciones; por ejemplo, a los bomberos, quienes, en estricto sentido, no son los únicos responsables. Además de ello, el estado de los recursos no es el mejor:

Nosotros tenemos dos vehículos que son una máquina cisterna, pero es un vehículo que es modelo 55, por lo cual es un carro ya obsoleto. Y tenemos una camioneta que es una Ford, pero es ensamblada en un carro tanque, porque ella no es máquina extintora, sino que la ensamblamos y le colocamos una motobomba para nosotros prestar un servicio más o menos, pero nosotros sí requerimos, yo no sé por qué medio, que tengan en cuenta que necesitamos una máquina extintora que realmente sí cumpla con lo que es para prestar el servicio. (Alexander, comunicación personal, 2019)

Existe una dificultad en los recursos y en su asignación; asimismo, las herramientas que se tienen a la mano para trabajar no están en las condiciones adecuadas. Esto significa que “estas instituciones no apoyan los cuerpos de bomberos” (Alexander, comunicación personal, 2019), y, por extensión, a ninguna otra que tenga relación con el tema. Llama, entonces, la atención lo dicho por una persona que hace parte de la oficina de gestión de riesgos:

En cuanto al tema de gestión de riesgos, o sea, si ellos no están preparados a lo que nosotros exigimos, desde la oficina de gestión de riesgos, infraestructura y planeación, que tengan las máquinas que son, por eso en el 2013-2014 se tejieron [sic] dos máquinas, una motoniveladora y una retroexcavadora por parte de la gobernación de Valle del Cauca, en conjunto con la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo, para tener maquinaria amarilla disponible, precisamente para trabajar, en todo ese sentido ahí cuando se hizo la inversión de maquinaria amarilla, algunos municipios tienen vibrocompactador, otros tienen volquetas, como lo que

más le faltaba a sus municipios, pero digamos que todo eso está disponible en caso tal de que pase un evento grande en algún municipio. (Alexander, comunicación personal, 2019)

En el caso de las máquinas, al parecer el departamento las tiene; pero se dispone de ellas según los hechos que se presenten y su gravedad. En un departamento de la extensión del Valle del Cauca, con la diversidad geofísica que posee y las distancias que supone trasladar estas máquinas, resulta, por lo menos, preocupante la posibilidad de una adecuada respuesta. En síntesis, no se destinan los recursos adecuados para la atención preventiva, y los recursos existentes están en regular estado o los maneja el departamento; además, las instituciones que están preocupadas por el tema no les brindan la ayuda necesaria. Desde el punto de vista del funcionario de la Alcaldía:

La gestión del riesgo, y lo dicen los que saben, es la administración municipal, la parte pública y la parte comunitaria, o sea, cuando yo vinculo esas tres cosas ahí se fortalece gestión de riesgo, pero eso debe también estar, debe tener como visión principal un señor alcalde, o sea, desde el plan de desarrollo, desde el programa de Gobierno, estar establecido el tema de gestión de riesgo. Cuando eso no está articulado, digamos que los funcionarios, cada funcionario, se dedica a hacer lo que tiene que hacer. Yo me dedico a infraestructura y planeación, yo me dedico al tema de vectores y solamente de salud, oficiales para la salud, solamente en salud, yo me dedico solamente a personería, yo me dedico solamente a familias en acción, pero es que cada dependencia maneja un grupo de personas y si a ese grupo de personas podemos articular y llegarle con capacitación, eso se masificaría, y por ahí derecho se fortalecerían los organismos de socorro, pero entonces no se ha hecho, cada dependencia hace lo suyo sin tener en cuenta que tiene que ver con gestión de riesgo. (comunicación personal, 2019)

Aunque el problema de los recursos ya es complicado, este se agrava con la desarticulación que existe entre muchas de las alcaldías municipales, en donde, al parecer, cada dependencia es una isla que gestiona y trabaja para sus propios logros. En este caso, se requeriría una mirada integral que logre articular temas, agendas, proyectos y recursos. Al analizar lo dicho por este funcionario, cabe destacar que los planes de desarrollo no contemplan, como un eje clave, la gestión del riesgo, lo que trae como consecuencia pocos recursos y cierta invisibilización de esta problemática.

Educación y comunidad

Las imágenes periodísticas y aquellas que circulan en las redes sociales luego de que acontece un evento de desastre, incendio o inundación, dejan en evidencia que las comunidades padecen afectaciones de toda índole, desde pérdidas materiales hasta humanas y simbólicas. El saldo de estas pérdidas es

casi incalculable e irreparable, así se anuncien programas de atención y ayuda inmediata. Pero existe, en el trasfondo del drama humano, una realidad importante de subrayar: la formación o capacitación que las comunidades necesitan tener sobre los riesgos, sus consecuencias y las estrategias de afrontamiento que se deben tener en cuenta. La docente Mónica lo resumió así durante la entrevista:

Yo creo que debemos unirnos para que haya más educación, a veces uno piensa que es por la ubicación de recursos económicos para atender cosas o para prevenir emergencias, pero sobre todo es la conciencia de las personas la que a veces no permite que las cosas vayan mejor. (comunicación personal, 2019)

El valor de la educación se presenta nuevamente como una posibilidad, a través de la cual se pueden promover y generar cambios que ayuden a una mejor comprensión y acción respecto al tema ambiental, en general, y de los riesgos, en particular. En el municipio, según comentó Mónica, ya existe un comité de educación ambiental; sin embargo, no basta con reconocer el valor educativo y la existencia del comité, pues desde su punto de vista no hay “personas que conozcan suficiente del tema, y suficientes para que vayan, por ejemplo, a las instituciones educativas a trabajar con los niños” (comunicación personal, 2019). El hecho de que quizá no exista gente para trabajar desde el área educativa se hace más preocupante, cuando el representante de la Alcaldía cuenta lo siguiente:

No, con la comunidad casi no se trabaja, porque se trabaja con el tema de campañas, pero digamos que es complejo usted irle a una comunidad a exigirle, venga es que usted aquí tiene que [...] por ejemplo, nosotros desde infraestructura y planeación y gestión de riesgo, decimos, cada vez que vayan a construir o comprar vivienda en Ansermanuevo, pregúntele a esas dos oficinas, porque la gente va y compra viviendas donde están en zona de riesgo, o van y compran viviendas donde no tienen estructuras en ferro concreto, entonces, comprar una vivienda bastante costosa donde no tiene columnas, vigas de amarre. (comunicación personal, 2019)

La relación se reduce a campañas, pero no se profundiza en qué temas abordan y cómo las hacen. Adicionalmente, se enfatiza en la asesoría de compra de casa en un lugar adecuado, pero no en una estrategia educativa para manejar esta situación. Al insistir en la pregunta por cómo se vincula a la comunidad con los temas de riesgo, vulnerabilidad y prevención, surgen algunas ideas generales que no dan cuenta, con detalle, de la acción gubernamental:

Se está articulando con el tema de la emisora, la emisora comunitaria, y de parte de los organismos de socorro se está también trabajando eso, porque el tema de la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres es que se trabaje en el tema de prevención, el tema de reducción y

mitigación del riesgo, conocimiento del riesgo y reducción del riesgo por parte de hacer obras de mitigación, y en eso entran los simulacros, la capacitación a las comunidades, bomberos, digamos que también le toca esa responsabilidad a los organismos de socorro. Como organismos de primera respuesta no solamente es atender, es mejor invertir en prevención porque todo lo que usted invierta, o sea, todo lo que usted gaste, digámoslo así, en prevención, está haciendo es una inversión mientras la atención sí es un gasto total y un gasto mayor. Lo que pasa es que a nivel nacional está articulado así, sale es como más barato la atención que el tema de hacer... (comunicación personal, 2019)

De una forma más concreta, Alexander reconoció que la relación con la comunidad se ha establecido por medio de capacitaciones que, en su caso, reciben de la Dirección Nacional de Bomberos y luego reproducen en el municipio. Manifestó que han sido invitados a la emisora a hablar sobre la importancia de la prevención y los riesgos. Asimismo, los bomberos de Ansermanuevo han elaborado un video, como una estrategia de comunicación, “acerca de la prevención de los incendios forestales, en el momento pues de ir a hacer paseos de olla, no dejar los residuos y tener responsabilidad” (comunicación personal, 2019). Esta es una interesante iniciativa, en tanto se difunde por el canal de televisión local. Sin embargo, se evidencia una situación distinta en la valoración que hizo la docente Mónica sobre este aspecto:

Bueno, pues si uno habla de comunicación, comenzando con que no se conoce muy bien la normatividad, las posibilidades de prevención y atención que hay, entonces desde ahí ya hay una mala comunicación. Por lo menos las autoridades educativas a nivel nacional o departamental deberían, así como nos exigen que tengamos unos proyectos, deberían también darnos apoyo y realmente no nos han llegado a dar apoyo [...] la policía de carretera sí ha venido y les ha dado charlas a los estudiantes, cosas como esas sí se han hecho y se podrían hacer. En comunicación, por lo menos cuando hay una emergencia, no tenemos un plan de comunicación establecido, para uno darse cuenta. Hoy en día afortunadamente existen los celulares y la gente lo llama a uno y le cuenta, pero de que hay un plan, no, que haya solamente como en algunas situaciones específicas me he dado cuenta que entonces tienen un radio, un vecino para comunicar que se cayó la carretera, que la quebrada se la llevó, pero son para cuando hay eventos, de resto como prevención no lo hay. (comunicación personal, 2019)

Al consultarle si conocía de alguna estrategia municipal de respuesta, respondió que no conocía ninguna. Igualmente, al conversar sobre la institución educativa, reafirmó que se han hecho pocas cosas: “no, con nuestros estudiantes de pronto a través del megáfono, un sonido; ¿pero en cuanto a la gestión del riesgo? Muy poco, no, de hecho, no lo hemos hecho” (comunicación personal, 2019). Esta situación resulta extraña, debido a que en este tipo de institucio-

nes se suele trabajar en este tema. Mónica complementó su visión sobre el asunto con estas afirmaciones:

No hay resultados, muchas expectativas sí, cada vez que se dialoga sobre este tema le quedan a uno esas inquietudes. Uno dice: ¡uy, carajo!, cómo estamos de jodidos. De pronto se le van pasando por ahí ideas de cosas por hacer; sí, e ideas por hacer hay muchas, de hecho, tenemos algunos docentes bomberos, y ellos me dicen “ve, hagamos una capacitación”. Eso se hace, pero no pasa como de actividades sueltas, puntuales; no como un plan bien establecido. (comunicación personal, 2019)

Así como en páginas anteriores se reconoció la vulnerabilidad en la que se encuentra el municipio y sus dependencias –por falta de coordinación–, aquí la institución escolar se suma a dicha situación. En una mirada general del problema, el funcionario de la Alcaldía, de manera crítica, aludió a una serie de ausencias que deben ser resueltas en el futuro:

Si un secretario de educación saca una circular donde digan: vea, en los colegios los rectores atiendan con los profesores, y luego con la comunidad y; vincular a toda la comunidad educativa; y contratemos a los organismos de socorro para que ellos vayan, se ganen unos centavos y fuera de eso en conjunto con gestión de riesgos lleguen a esas comunidades. O sea, implementar estrategias de pronto en prevención, en capacitación que, por ende, esa capacitación para conformar brigadas de estudiantes, brigadas de emergencia, brigadas de primera respuesta o brigadas de apoyo a cualquier emergencia. Por ahí derecho se estaría haciendo el tema de prevención, pero es ahí donde hay una gran oportunidad de capacitar, eso es lo que no se ha hecho, o sea de invertir, apoyar a los organismos de socorro y, por ende, fortalecerse en temas de gestión de riesgo a nivel municipal, porque ahí se articularía todo. (comunicación personal, 2019)

De este modo, se evidencia que la falta de articulación y de prioridades no permite que el municipio avance en un tema tan importante para la comunidad en general.

Acciones

La evidencia geográfica sobre los riesgos y la importancia de su gestión en el Valle del Cauca es, quizás, una verdad de sentido común, pero no por ello constituye un objeto de preocupación y prevención en muchos de sus municipios. La gestión del riesgo solo aparece y se hace relevante cuando las alertas tempranas o los hechos se materializan; cuando el agua corre con fuerza y se sale de su caudal; cuando el verano azota y algunas personas sin escrúpulos deciden prender fuego a los pastos. Bajo esa concepción se entiende la gestión y comunicación del riesgo. Experiencias pasadas como las de Armero y Mocoa son parte del inventario, no conforman una experiencia acumulada que sirva

como aprendizaje. Como evidencia de ello se cita este testimonio del funcionario de la Alcaldía:

El tema de gestión de riesgos, como es tan nuevo, todavía no están empapados, todavía creen que gestión de riesgos es un pendejo que está ahí y ya. Eso es por cumplirle al Gobierno, pero no lo toman como si fuera operativo, que es una responsabilidad donde se pueden hacer muchas cosas. Con gestión de riesgos el alcalde puede hacer y deshacer en su momento, hacer muchas cosas en el tema de reducción y conocimiento del riesgo, no solamente en el tema de atención [...] digamos que esa es una de las debilidades, pero se tiene el personal, se tienen las comunidades que están dispuestas a trabajar, pero eso hay que articularlo. Hay falta de articulación entre las comunidades, juntas de acción comunal, que ya no le están creyendo a las administraciones municipales, porque lastimosamente se han visto muy golpeadas, que se les promete mucho pero entonces no se ve o la inversión a veces no llega donde tiene que llegar; entonces muchas de las inversiones en municipios como estos se van en funcionarios, entonces allá es donde yo digo la fortaleza son los funcionarios, pero entonces dónde está la plata con qué hacer las obras, ahí es donde flaquea. (comunicación personal, 2019)

La situación descrita es sintomática de las estructuras institucionales encargadas de gerenciar los asuntos relacionados con la gestión y comunicación del riesgo. Asimismo, se destaca el hecho de que probablemente la falta de conocimiento –como se puede entrever en el testimonio– sea una de las causas de la poca importancia estratégica que se le da al tema. A ese problema se suma la constante de la falta de recursos, y la poca articulación y reconocimiento mutuo de las instituciones dentro del municipio. El integrante del cuerpo de bomberos lo expuso con un ejemplo ilustrativo:

Somos unas instituciones que debemos trabajar en conjunto, no se justifica y es muy doloroso que el hospital de municipio, para hacer un simulacro, haya contratado con el cuerpo de bomberos de Manizales, cuando somos nosotros quienes trabajamos en conjunto. Cuando aquí en este cuerpo de bomberos hay personas capacitadas y hayan ido a contratar a Manizales para realizar un simulacro, eso es muy triste, porque entonces dónde está el apoyo local. Y la verdad, no hay respuesta. (Alexander, comunicación personal, 2019)

Dentro de este espectro de la falta de articulación, los pocos recursos y las tensiones con la administración local, es muy elocuente lo planteado por José, en calidad de funcionario de la Alcaldía, a propósito de un plan de gestión de riesgo municipal actualizado:

Digamos que entre CVC, Policía y Gobierno, no se ha hecho respetar eso, entonces todavía seguimos construyendo y todavía sigue el tema de vul-

nerabilidad, pero en dónde está la responsabilidad, por ejemplo, de una corporación autónoma. Ellos dirán que han hecho mucho en campañas y en otras cosas, pero en la realidad no ha funcionado, porque todavía Ansermanuevo presenta tema de escasez de agua; porque las quebradas que suministran agua al municipio no están reforestadas; porque no le han hecho respetar el tema de la zona protectora; porque en el Cauca todavía cultivan hasta el jarillón donde hay que respetar una margen; porque todavía hay viviendas construidas pegadas a los ríos. Entonces hay un poco de complejidad y ellos teniendo sobretasa ambiental, entonces, ¿la plata de la sobretasa ambiental a dónde va a dar? (comunicación personal, 2019)

La crítica es fuerte y deja en evidencia los problemas estructurales que están determinando la gestión y comunicación del riesgo. Además, es necesario hacer un plan de gestión de riesgo participativo, para que la mayoría de la gente lo conozca, y le encuentre el valor y la importancia al hecho de saber sobre el tema y estar alertas ante cualquier situación. En esto coinciden los entrevistados y son autocríticos al respecto, en tanto reconocen que existen algunas oportunidades de trabajo, pero la imposibilidad de juntarse y colaborar en colectivo es una talanquera. Asimismo, señalaron que se debe estar pendientes a la hora de elaborar el plan de gestión de riesgo —sean ellos u otro grupo—, porque no se trata de que “quede bonito y le tomamos la fotografía, debe ser muy operativo, porque de verdad que no lo ha sido” (comunicación personal, 2019).

Si bien es cierto que muchos planes se elaboran y quedan en letra muerta —debido a que se hacen para cumplir requisitos u obligaciones legales de orden nacional y no local—, también es verdad que es necesario pensar con más cuidado las acciones operativas de dichos planes. Esto se debe a que no se trata de implementar un conjunto de actividades que se traduzcan en activismo desenfrenado (muchas de ellas recogidas en las conocidas campañas de capacitación o divulgación). Además, porque luego no hay evidencias de estas y mucho menos seguimientos o evaluaciones, lo que supone su rediseño. La ventaja de Ansermanuevo, según los entrevistados, es la existencia de acciones por parte de la Alcaldía, los bomberos y otras instituciones; sin embargo, el problema es que todas estas no hacen parte de un plan o estrategia común. Esa dificultad se extiende a las estrategias comunicativas, pues se quedan en campañas y no trascienden a la esfera pública, lo que ayudaría a cumplir una de las líneas de su himno: “y en el futuro defendamos recelosos, haciendo obras que sean proyección”.

Sevilla. Café, deslizamientos y gestión de riesgos

*El panorama que se observa hoy en el barrio
 Monserrate de Sevilla es desolador, parece un pueblo fantasma,
 por la calle principal que da acceso a ese sector
 no está permitido el paso de ninguna clase
 de vehículos para evitar que la vibración
 vaya a causar más derrumbes. (Vivas, 2017, párr. 2)*

A inicios de los años ochenta del siglo pasado, Plinio Apuleyo Mendoza entrevistó ampliamente a Gabriel García Márquez sobre aspectos centrales que marcaron su infancia y juventud, y que sentarían las bases de su futuro como escritor; con pasión, un toque de ficción y una pluma literaria excepcional, García Márquez recreó vivencias, anécdotas y, por supuesto, la mamadera de gallo del Caribe. *El olor de la guayaba* no es solo el nombre que tomaría ese libro de referencias vívidas sobre la existencia temprana del escritor, sino la mayor evocación a ese ser Caribe, soporte del realismo mágico que lo inmortalizaría.

Pues bien, si se tratara de retener la esencia de un municipio como Sevilla, posiblemente se podría decir que es como el olor del café. El café en este lugar es más que una tradición, es casi un culto; en su plaza central, cualquiera de los cafés que la circundan sirven la aromática bebida en el más característico de los formatos o en deliciosas y novedosas combinaciones que, calientes o frías, dejan en el paladar un dulce-amargo que reconforta el espíritu. Las alturas entre 1000 y 2000 m existentes en su territorio definen condiciones óptimas para el cultivo; a su vez, al combinarse con los suelos volcánicos de la vertiente occidental de la cordillera Central de los Andes, proporcionan las excelsas condiciones para obtener un producto con sello de exportación. Los campesinos –quienes afortunadamente aún habitan en el municipio– acarrean café de las fincas aledañas a lomo de mulas; estos animales compiten con los jepeos que traen el grano de sitios más distantes.

Asimismo, la maltrecha economía cafetera de las últimas décadas del siglo pasado, y de inicios de este, dejó aprendizajes significativos en las economías locales, entre ellos: la diversificación de cultivos; la generación de valor agregado a través de procesados y derivados del café; y la apuesta turística, igualmente alrededor del cultivo del café. Aunque esta última ya se empieza a sentir en el municipio, son las dos primeras las que tienen mayor significado hoy. Por ello, la denominada Capital Cafetera de Colombia, autorreferencia de los propios sevillanos, se erige orgullosa en lo alto de la cordillera Central, representando

la típica pujanza paisa que, en pleno proceso de colonización antioqueña, fundó este pueblo en 1903.

Al tomar la carretera que lleva de la Panamericana al municipio de Sevilla, paisajes, olores y remembranzas aparecen con fuerza; no todas son iguales, las primeras aluden a una tierra rica y fértil, pero a la vez frágil. Las montañas muestran diferentes ecosistemas, la mayoría fruto de procesos de intervención de ladera que, manchados por algunos relictos de bosque, dan fe de la riqueza orgánica de los suelos y de la capacidad climática para sostener la vida. Sin embargo, estos evidencian la inestabilidad de las pendientes que, bajo el peso de la gravedad, el agua y las actividades agrícolas y pecuarias, ceden lenta y silenciosamente cuesta abajo; cicatrices en el terreno, deslizamientos activos y geformas resultantes, son prueba fehaciente de ello.

En el camino, los aromas del campo, a veces a café, otras a melaza, llenan mis pulmones y me recuerdan lo grato que es alejarse de la contaminación de las urbes. Al asomar a lo lejos la ciudad de Sevilla, vienen a mí, recuerdos de mis primeros encuentros con ella, salpicado de expectativas y de barro, fruto de los deslizamientos que encontramos en el camino. Había llegado algunos años atrás a conocer la problemática de los procesos de remoción en masa en los barrios Monserrate, Cafetero y, por supuesto, en la zona de La Cristalina. Los tres puntos eran de visita obligatoria para cualquier persona interesada en el tema.

Estas añoranzas me hacen recordar que Sevilla es más que café. Las referidas evidencias de procesos, antiguos y recientes, de movimientos en masa, sugieren y alertan sobre el potencial inherente a los procesos gravitacionales que, sumados a los caudales de los ríos La Sara, Bugalagrande, Ballesteros, Saldaña, San Marcos, Palomino, Bomboná, Cimitarra, Cinabrío, La Fe, La Paila, La Vieja, Pijao, Tibí y Totoró —estos bajan de sus altas cumbres, incluso algunos desde el mismo páramo de Barragán—, conducen a situaciones de riesgo para sus pobladores.

Adicionalmente, este es un país atravesado de norte a sur por tres cordilleras; con presencia generalizada de fallas geológicas; con una morfología altamente quebrada, recubierta por materiales geológicos diversos, superpuestos casi que de forma caprichosa, y alterados por eventos climáticos permanentes que los descomponen y facilitan su transporte; con valles aluviales que sufren inundaciones de manera casi periódica, cada tres o máximo cada cinco años; y con conos intramontanos que han sufrido avenidas aluviotorrenciales en tiempos históricos, tanto en el valle de Magdalena como en el Cauca. En este contexto, ¿qué hace particular a Sevilla con respecto a las amenazas, riesgos y desastres provocados por eventos naturales?

Pues bien, en el Plan de Gestión del Riesgo, elaborado por la autoridad municipal en el año 2013, se identificaron, en orden de importancia —según su incidencia en el territorio—, los siguientes fenómenos amenazantes: remoción

en masa, inundaciones, vendavales, incendios, sismos y eventos volcánicos. No obstante, allí solo se profundiza sobre la identificación y caracterización particular de situaciones asociadas a los dos primeros. Sobre la remoción en masa, se expresa en dicho documento lo siguiente:

De acuerdo con el mapa de amenaza fenómenos de remoción en masa del PBOT, el 5 % de la cabecera municipal está expuesta a Amenaza Alta correspondiente a sectores donde hay un gran número de procesos activos, además de cicatrices cuyas características indican alta ocurrencia; otro 15 % se encuentra en Amenaza Moderada, donde las condiciones físicas del terreno pueden llegar a favorecer la actividad erosiva; se presenta erosión y movimientos en masa menores o estabilizados considerados como áreas potencialmente inestables; el 80 % restante corresponde a zonas de Baja a Muy Baja Amenaza, donde hay pocas o ninguna evidencia de inestabilidad coincidente con terrenos planos a moderadamente inclinados y sectores que aún no han sido intervenidos antrópicamente. (Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres de Sevilla, 2013, p. 33)

Las zonas críticas están localizadas en los barrios Monserrate y Cafetero, y en el denominado sector de La Cristalina, a 2 km del sector urbano, sobre la vía de acceso intermunicipal Uribe-Sevilla que comunica la cabecera municipal con la de Uribe. En los barrios Monserrate y Cafetero se han presentado tres grandes eventos históricos que han causado, de forma directa, importantes daños en viviendas, equipamientos, e infraestructura (estos hechos sucedieron el 19 de noviembre de 1988, el 2 de abril de 1994 y el 19 de noviembre de 2010). Los primeros reportes oficiales son del año 1988, pero por las características litológicas y de intervención antrópica, se han registrado reactivaciones en los años 1991, 1993, 1994 y 1998. En estos más de veinte años, el proceso ha avanzado hacia la parte alta, remontando su cabecera, y destruyendo viviendas y vías que se encontraban en el sector.

Figura 8

Invierno deja aislados a habitantes del municipio de Sevilla



Nota. Tomado de “Invierno deja aislados a habitantes del municipio de Sevilla”, 2010, en *El País*. (<https://www.elpais.com.co/valle/invierno-deja-aislados-a-habitantes-del-municipio-de-sevilla.html>).

En una entrevista personal a la funcionaria municipal encargada del tema, Claudia Andrea Díaz, expresó a este respecto:

El sector de La Cristalina es el más crítico que hemos tenido por más de cincuenta años, por el deslizamiento que se presenta allí; en el 2012 hubo un gran deslizamiento que ocasionó el cierre de la vía, incomunicándonos totalmente con el departamento hacia el Valle y con las veredas que son aledañas, allí está la falla geológica, allí hay un afloramiento de aguas que no se ha manejado bien y en tiempo de invierno es el punto donde más se presentan movimientos, ese es el escenario número uno establecido en el Plan de Gestión del Riesgo. (comunicación personal, 13 de octubre de 2016)

En la misma conversación y en referencia directa a la situación particular del barrio Monserrate, la funcionaria indicó lo siguiente:

El barrio Monserrate es el segundo escenario de riesgo que se tiene en el Plan de Gestión del Riesgo, la amenaza es por la misma falla; se adelanta un programa para reubicación, allí también se perdió la estabilidad en el terreno por manejo de aguas lluvias, por manejo de aguas sobre taludes. Se hicieron unos estudios que determinaron que no debía estar habitado, se deshabitaron y se reubicaron varias manzanas porque no es todo el barrio y en este momento están unas familias pendientes por reubicar. (C. Díaz, comunicación personal, 13 de octubre de 2016)

En concordancia con estas declaraciones, el documento en el que se describe el Plan de Gestión Municipal del Riesgo relacionó, para los acontecimientos ocurridos en esta zona en los años 1988 y 1994, procesos inadecuados de ocupación, dados por la defectuosa instalación del acueducto en una vivienda que generó una filtración. Este hecho, sumado a las condiciones de no canalización del caño que bordea el barrio, ocasionó la desestabilización del terreno y provocó la destrucción de varias viviendas del lugar.

Figura 9
Casa afectada por filtración de agua



Por otra parte, sin referirse directamente a la articulación o a los temas de convergencia entre el ordenamiento territorial y la gestión del riesgo, C. Díaz puntualizó:

Estamos en el estudio para la actualización del PBOT, entonces se entra allí también a mirar qué tanto ha avanzado este riesgo, si se conserva igual después del estudio o si ha avanzado, si hay un riesgo mayor para las personas allí localizadas. Entonces esperamos que con la actualización del 2017 los estudios del PBOT determinen con cartografía qué definitivamente va a pasar con el barrio. Actualmente no hay evidencia o reportes de las personas de que haya deslizamientos en la zona o deterioro de sus viviendas. Acabamos de presentar una ola invernal sin novedad, eso es una buena señal; sin embargo, hay que esperar los estudios a ver qué determinan. (comunicación personal, 13 de octubre de 2016)

De acuerdo con esta intervención, para esta funcionaria la gestión del riesgo pasa necesariamente por el ordenamiento territorial, pues el segundo configura el escenario para erradicar de forma estructural las vulnerabilidades de las poblaciones. La gestión del riesgo, al margen del componente territorial, siempre estará a la zaga, reparando situaciones que no puede cambiar; atendiendo y no previniendo.

No obstante, es claro que las condiciones geológicas y litológicas del municipio hacen que la amenaza sísmica existente no esté solo en la zona de La Cristalina y en los barrios Monserrate y Cafetero, sino en todo el municipio; entretanto, la posibilidad de movimientos en masa se focaliza en aquellas zonas donde ciertos agentes, los gatillo,³ disparan su probabilidad de ocurrencia. En otras palabras, la amenaza es relativamente constante, pero lo que varía de forma significativa, en el espacio y en el tiempo, es la vulnerabilidad de las poblaciones expuestas. Este es el factor clave que puede llegar a determinar la potencial ocurrencia de un desastre y, por tanto, es allí en donde se deben centrar las acciones a desarrollar, antes que en aquellas vinculadas con la amenaza.

Pero más allá de cualquier evaluación técnica, aparece la zozobra que estas situaciones producen en los habitantes de la zona, los verdaderos afectados y quienes exponen no solo todo su patrimonio, sino sus vidas. Este es el caso de doña Rosalía Mamuscay, una sexagenaria que vive desde hace una década en una casita del barrio Cafetero; cada vez que en el municipio de Sevilla llueve o tiembla, su angustia, producto de la incuestionable fragilidad de la ladera, no la deja dormir pensando en qué momento ella y sus nietos —con los que vive— podrían quedar sepultados por aquello que fue el motivo de su lucha todos estos

3. Se conoce como efecto gatillo al papel desestabilizador que ciertos agentes generan en la pendiente, haciendo más fácil su desplazamiento por ella. Sismos, lluvias e intervención antrópica disparan, dinamizan o catalizan estos procesos naturales de movimientos en masa, acelerando su ocurrencia y potencialmente incrementando su magnitud.

años: su casita, pues ante la inestabilidad de la pendiente, esta podría ceder generando una tragedia familiar (Vivas, 2017).

Bexy López, presidenta de la Junta de Acción Comunal del barrio Monserrate (vecino del Cafetero), expresó con rabia y dolor que aún están vivas, en la memoria de todos, las dolorosas imágenes de noviembre de 2010, año en el que siete casas de ese sector se derrumbaron debido a un hundimiento de la tierra (Vivas, 2017). En otro testimonio documentado por *El País*, el campesino Fernelly Gutiérrez opinó: “no podemos hacer nada con la madre naturaleza, pero si se sabía que la falla estaba ahí, debieron hacer algo. Yo poco estudié, pero ya se vino lo que se tenía que venir” (“En Sevilla”, 2013, párr. 11). Eugenia Restrepo, otra vecina del lugar, ha expresado que solo espera no ser testigo de una tragedia más, pues ya en una ocasión vio cómo el derrumbe, que acabó con la vía, por poco se lleva su casa. Ese día la tierra ya venía advirtiendo el desastre, algunas porciones de suelo que se desprendieron durante toda la noche la mantuvieron en vela, y en la mañana encontró su casa más cerca del barranco (“En Sevilla”, 2013).

Esa angustia se percibe al caminar por las desvencijadas calles de estos barrios. En el Monserrate, algunas casas que se aferraron como pudieron al suelo, están en franco deterioro, casi a punto de colapsar. Al mismo tiempo, la vía vehicular, en aparente estabilidad, evidencia la fragilidad de otrora que la hizo ceder casi por completo ante la pendiente; miradas desprevenidas podrían suponer que lo que allí ocurrió es cosa del pasado. En el barrio Cafetero, no una, ni dos, ni varias, sino muchas casas muestran las grietas que los constantes movimientos del suelo han generado en sus pisos y paredes; puertas y ventanas que no cierran, descolgadas, son prueba viva de la velocidad y frecuencia de los movimientos. Caminar por allí produce temor, desconfianza y dudas sobre la racionalidad humana involucrada en la toma de decisiones.

Cabe preguntarse, entonces, ¿cuáles son las razones que determinan las intervenciones en el espacio?, ¿cuál es el nivel de consciencia que se tiene sobre las condiciones y restricciones particulares del entorno para decidir sobre ocupación y uso del territorio?, ¿acaso importa tenerlo? Inquietudes como estas son permanentes para algunas personas que trabajan en esta área; de hecho, en el año 1998, en el marco de un seminario-taller sobre prevención de desastres (llevado a cabo entre el 17 y el 19 de junio, en la Universidad Central del Valle del Cauca, en la ciudad de Tuluá), David Díaz Oviedo, en ese entonces consultor general de Pro Municipios del Valle (Promuvalle), expresó con crudeza, pero de forma certera:

Me he preguntado, ¿cómo cabe en la cabeza de un funcionario, ingeniero o arquitecto, construir una escuela, una vía o un puente en un sitio si no hay un control de riesgo? Los alcaldes desconocen que para la construcción de alguna obra debe existir ante todo el visto bueno de la comisión técnica del Cle [...] se siguen construyendo escuelas en regiones con fallas geológicas,

donde mensualmente se presenta un deslizamiento y la destruye, es más, se construyen edificaciones sin cumplir con las normas del Código Sismorresistente, como el actual Hospital Departamental San José de Sevilla. (“Prevención en el Valle”, 2017, párr. 11-12)

En ese entonces se refería Díaz al hospital que tres meses después cerraría sus puertas y cuya estructura hoy en día, como un muerto insepulto, da fe de la ignominia y desidia del estado de la salud pública en Colombia. El edificio, a la vista bastante deteriorado, en el imaginario de algunos sevillanos debería ser destinado a una institución educativa, antes que a proyectos comerciales o turísticos. Lo cierto es que su restauración, ideal y deseable, debe pasar previamente, de forma obligada, por un estudio de vulnerabilidad sísmica y por la realización de las obras respectivas que le permitan tener las condiciones de sismorresistencia exigidas por las normas colombianas. Estos son, entre otros, los aspectos que reducen, de un modo considerable, la probabilidad de daño que pudiera llegar a presentarse en la ocurrencia de un evento potencialmente destructivo.

Si llegase a suceder, lo más probable es que se le llamaría desastre natural. Lo natural aquí sería que, precisamente por la omisión de acciones que redujeran las vulnerabilidades de las comunidades expuestas, o por la acción equívoca de otras que las aumentasen, se configurara un desastre como producto no de la ocurrencia de un evento sísmico, sino de la incapacidad de respuesta efectiva de parte de la sociedad para mitigar estos riesgos.

En efecto, la experiencia, la observación y el instinto de conservación le indicaban a doña Bexy que el peligro era latente. “Es que la naturaleza es impredecible” (Vivas, 2017, párr. 8), expresó ella cuando se le indagó sobre el tema, afirmando sin conocimiento científico contundente, pero con la certeza que le daba su vivencia en el lugar, que la situación era más grave de lo que sugerían algunos documentos institucionales y periodísticos –para no generar pánico, estos deciden atenuar la gravedad de la problemática–.

Ahora bien, en el año 2012, en el acto de socialización del estudio de amenaza, vulnerabilidad y riesgo ante movimientos en masa en los barrios Monserrate y Cafetero –este fue contratado por la CVC al Observatorio Sismológico y Geofísico del Suroccidente (OSSO), del Departamento de Geografía de la Universidad del Valle–, ante aproximadamente unas cuatrocientas personas, en su mayoría habitantes del barrio Monserrate, se informó que los resultados del estudio demostraron que un 50 % de los terrenos de estos barrios presentaban indefectiblemente inestabilidad y riesgo para los moradores del lugar (“Se realizó socialización del estudio”, 2012).

Posteriormente, en el sector de La Cristalina, el 4 de enero de 2013, se presentó una falla en el talud superior, la cual causó un desprendimiento importante de material vegetal superficial, hundimiento de la vía de acceso a Sevilla, y

flujos de lodo y escombros hacia la quebrada El Popal (Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres de Sevilla, 2013). El periódico *El País* registró, por medio de testimonios, cómo se vivieron los momentos posteriores a este hecho:

Desde que ocurrió el derrumbe, Ferney Gutiérrez debe echarse al hombro el café que produce en su finca. Hasta cinco arrobas carga la delgada humanidad del campesino de 25 años para pasar haciendo equilibrio sobre la masa de tierra aún en movimiento. Así, y evadiendo las advertencias de organismos de socorro, Policía y Ejército presentes en la zona, pasan de un lado a otro labriegos con tomates, habichuelas, plátanos, costales de maíz y otros productos que mueven la economía local. Se arriesga la vida para evitar que se pudra el sustento. ¡Estamos llevados del verraco! (“En Sevilla”, 2013, párr. 6)

La desestabilización de este sector y el posterior deslizamiento se produjo debido a algunos factores naturales, tales como la presencia de la falla geológica Cauca-Romeral, conocida localmente como Sevilla, que tritura los materiales geológicos y los hace fácilmente transportables; un control tectónico de la quebrada El Popal, que profundiza el cauce; y causas antrópicas como conexiones inadecuadas de servicios públicos y el mal manejo de drenajes en la zona. La vía estuvo cerrada por varios días y fue el mismo gobierno departamental, en cabeza de Ubeimar Delgado, quien asumió las tareas de readecuación. Sin embargo, el 20 de agosto de 2016, en un conversatorio municipal ciudadano realizado en Sevilla, entre la actual gobernadora, Dilian Francisca Toro, la comunidad y las autoridades municipales, se volvió a manifestar tanto la preocupación por el estado de la vía y por el peligro que representa la zona, como la insatisfacción que produce el descuido del gobierno departamental al buscar una solución definitiva para esta problemática que anuncia una tragedia. Según las fuentes documentales, la gobernadora destinó \$ 1174 millones para el arreglo de la vía (Quitian, 2016).

Hoy la situación no ha cambiado significativamente; de acuerdo con una nota del periódico *El Tiempo*, en dicha zona hay un desprendimiento del material con el que se está construyendo un muro de contención, a pesar de que algunas pequeñas piedras están cayendo a la vía, se ha concluido que no representan un riesgo mayor (“Prevención en el Valle”, 2017). No obstante, los registros históricos y las evidencias de campo apuntan a la certeza científica del dinamismo de la zona y a su comportamiento amenazante. Es un hecho que la falla geológica está allí, siempre ha estado allí, los habitantes lo saben, sienten cómo la tierra bajo sus pies se agita, ven cómo la ladera se mueve poco a poco; en realidad, no necesitan tener conocimientos de geología, o reconocer si los materiales son deleznable o no, si es la falla Cauca-Romeral o Sevilla, eso es lo de menos, lo importante es que la pendiente es inestable y lo seguirá siendo. Así lo corroboró la funcionaria municipal entrevistada:

Actualmente se adelanta un proyecto en el que se hace un muro de contención y se hace una torre entera para la canalización de estas aguas; y en la parte alta, donde hay una vía terciaria que comunica con veredas se está estabilizando, allí se están adelantando obras de mitigación. En el momento se han tenido problemas con la obra, la Gobernación y el consorcio; esa obra ya cumplió los términos, pero la administración municipal no la recibe porque no se ha cumplido con los requerimientos, no nos han dado la solución definitiva para que nosotros estemos tranquilos de que en el momento que haya invierno no ocasione siempre que nos quedemos sin vía; afortunadamente esto no ha generado aún pérdidas humanas, pero es un gran riesgo que se corre. (C. Díaz, comunicación personal, 13 de octubre de 2016)

En esta medida, ¿lo lógico no sería cambiar las prácticas de intervención en la zona por unas que, en vez de perturbar la ladera, la estabilicen? ¿Qué se puede hacer en ese sentido? Es decir, más allá de las obras de ingeniería que se requieren, la solución definitiva está asociada a una destinación de uso del suelo de bajo impacto y con la menor presencia de factores antrópicos de gatillo que desequilibren la pendiente; se está hablando, por supuesto, de usos forestales, restauración y conservación, combinados con el manejo de la bioingeniería para los cauces presentes en la zona.

Si bien el evento de noviembre de 2010 se presentó por la fuerte ola invernal acontecida ese mismo año, esta situación rebasa la coyuntura de la época de lluvias y se ancla en condiciones estructurales que definen una permanente susceptibilidad de los materiales a sufrir procesos de movimientos en masa; además, al tenor de los efectos gatillo o disparadores, fácilmente dichos procesos se convierten en una amenaza para la población, pues esta depende de forma preponderante de la vía para entrar y salir de la localidad, lo cual conlleva una situación de vulnerabilidad. Amenaza y vulnerabilidad configuran así un riesgo significativo de daño para los habitantes del lugar y para aquellos que transitan por la vía.

Frente a las inundaciones, la segunda situación en orden de importancia identificada en el Plan de Gestión Municipal del Riesgo, en general, se ha concluido que las características fisiográficas y climáticas de la región propician la generación súbita de caudales de magnitud considerable, que, al reducirse la pendiente, producirían inundaciones en las partes bajas de las cuencas y microcuencas. En el PBOT de Sevilla se estableció, con base en los registros históricos, que un 20 % de la cabecera se encuentra en áreas de alta amenaza, dada la alta probabilidad de ocurrencia del fenómeno; un 5 % tiene amenaza moderada por su cercanía a las zonas anteriores; y el 75 % restante corresponde a zonas de baja a muy baja amenaza, según su distribución y topografía.

En la zona de amenaza alta se tiene el área de influencia de la quebrada San José, que presenta alta probabilidad de ocurrencia de inundaciones y repre-

samientos. Durante algunos años, estos se han presentado por lo menos tres veces por año, en los meses de febrero, mayo, octubre y noviembre, especialmente asociados a épocas de inviernos fuertes. Con base en esta información, el Plan de Gestión del Riesgo determinó que el escenario más crítico se da en los barrios San José y La Esperanza, pues allí se pueden presentar eventos debido a la presencia de la quebrada San José. En esta zona, los registros más significativos que han producido pérdidas materiales, en orden cronológico, datan de estas fechas: agosto de 1987; mayo de 1993; mayo y octubre de 1994; marzo, junio, octubre y noviembre de 1996; febrero y junio de 1997; mayo, junio y noviembre de 1998; y septiembre de 1999.

Por su parte, el Consejo Municipal de Gestión de Riesgo consideró que en estas áreas la amenaza se debe entender como de origen antrópico. Esto se debe a que las modificaciones introducidas en el medio natural son responsables del cambio en el régimen hidráulico de los drenajes; así, las construcciones contribuyen al incremento de los coeficientes de escorrentía al acelerar la evacuación de aguas lluvias, lo cual afecta los caudales y altera los cauces o introduce restricciones en estos, más aún, al usar la quebrada San José como colector principal de aguas residuales. Sin embargo, no se puede descartar una obstrucción del colector a raíz de una sola creciente o por simple acumulación de basuras. A pesar de esta caracterización, la funcionaria municipal responsable del tema afirmó:

Afortunadamente en esta temporada invernal las afectaciones han sido solamente por deslizamientos en vías terciarias y no hemos tenido inundaciones. El barrio San José se inundaba, se hizo una obra allí, se canalizó y ya no hay inundaciones ni allí ni en ninguna parte de Sevilla. (C. Díaz, comunicación personal, 13 de octubre de 2016)

Esta afirmación, en apariencia, podría corroborar la génesis antrópica de las inundaciones, pero las mismas frecuencias reportadas anteriormente sugieren la necesidad de abrir un compás de espera para tener mayores elementos de juicio, antes de concluir de forma definitiva sobre ello. Los luctuosos y absurdos hechos acaecidos en la madrugada del pasado 1 de abril, cuando una avenida aluviotorrencial borró varios barrios de Mocoa y produjo más de trescientas pérdidas humanas y un número similar de desaparecidos, se convierten en marco de referencia obligado para sopesar el estado de cosas que definen el riesgo y su gestión en el municipio y en el departamento. Después de realizar un análisis de las situaciones presentes en el departamento del Valle del Cauca, la CVC afirmó, de forma contundente, que lo sucedido en Mocoa se podría repetir en el Valle, puesto que el departamento se distingue por tener ríos cortos y de alta pendiente que descienden de las cordilleras (González, 2017). Además, se identificaron estas zonas como focos de riesgo:

“Para el caso de crecientes súbitas tenemos alto riesgo con los asentamientos humanos ubicados sobre las cuencas de los ríos Desbaratado, Fraile,

Guabas, Bolo, Nima, Tuluá, Sonso, Bugalagrande y Riofrío; y para el caso de deslaves y movimientos en masa el sector de Loboguerrero, la vía Cabal Pombo y los municipios de Sevilla, Trujillo y El Dovio”, sentenció Harold González, coordinador de la Red Hidroclimatológica de la CVC.

Y es que en el Valle hay antecedentes de lo sucedido en Mocoa. La avalancha de Bendiciones, en la vía a Buenaventura, en 2006. Lo mismo sucedió en 1999 con el río Desbaratado, y cinco años antes, en 1994, ocurrió la tragedia en Florida, debido a la avalancha del río Fraile. (González, 2017, párr. 15-16)

Es así como se relacionan dos de los hechos más dolorosos que han acaecido en este departamento, y al ser referenciados, en mayor o menor medida, en las líneas trazadas en estas crónicas, se ratifica su preponderancia en reflexiones de este tipo. Ahora bien, *¿y de la comunicación del riesgo y las estrategias comunicativas usadas para ello qué se podría decir?* Ambas son clave en la construcción de imaginarios y realidades sociales, y en la conformación de espacios de legitimación del conocimiento social y de la actuación coordinada entre comunidad-Gobierno en situaciones críticas, como las de emergencias.

En Sevilla, frente a las estrategias comunicativas, lo primero que se hace es la concientización de que gestión del riesgo no la hace solo la administración, nos involucra a todos y para ello hay que tener un lenguaje fluido para poderles llegar a ellos; esta comunicación se hace a través de talleres, folletos, en la radio; dejarles el mensaje a ellos que la Oficina Municipal de Gestión del Riesgo tiene unas acciones establecidas en estos escenarios de riesgo que pueden ser para el control y manejo de aguas, el manejo de taludes... Si llegamos a un barrio donde hay un afluente, una quebrada, vemos cómo está su cauce, si hay basuras, etc., hablamos con la comunidad y actuamos en el momento. (C. Díaz, comunicación personal, 13 de octubre de 2016)

Talleres, folletos, programas de radio, visitas de campo, cada uno de estos medios define espacios y posibilidades distintas de comunicación, ya que, al cambiar el auditorio final, mensajes, alcances y estrategias deben adecuarse a las necesidades e intereses de este público. Curiosamente, Díaz no hizo referencia en la entrevista a una pieza comunicativa –en edición en ese momento– que incluye información sobre qué hacer en situaciones cotidianas recurrentes en el municipio; con esta iniciativa se pudo constatar el esfuerzo por construir una estrategia afable, dúctil y cercana al sujeto, que le posibilite mayor conocimiento acerca de las realidades de su municipio y de cómo actuar de forma más coherente con estas.

Finalmente, estas acciones contrastan con lo descrito en los documentos oficiales, ya que el Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Sevilla relacionó como estrategias para la comunicación del riesgo, en el caso particular de La

Cristalina, las siguientes actividades: (i) reportes periódicos al Consejo Departamental y a la Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres, al igual que a la Secretaría de Infraestructura Departamental (expertos en suelos); (ii) utilización de redes sociales oficiales de la Alcaldía Municipal; (iii) difusión de comunicados oficiales y (iv) información por emisoras locales. Nótese el sesgo técnico de las estrategias usadas y del sentido mismo de la comunicación, pues se trata de informar sobre situaciones existentes en las que no se asume al otro como emisor, sino solo –y siempre– como receptor; el otro no tiene nada que decir, ha de escuchar y actuar como se le diga que debe hacerlo.

A la gestión del riesgo no se le da la importancia que debería, apenas, lamentablemente tienen que pasar las circunstancias que se han presentado, como la de Mocoa; ni siquiera la de Armero nos ha tocado tanto porque vivimos repitiendo situaciones de pérdidas humanas, que eso es irreparable [...]. Es más fácil y más barato prevenir que recuperar, estar trabajando constantemente con la comunidad, con las instituciones [...]. Los recursos son muy escasos para hacer todo lo que hay que hacer. (C. Díaz, comunicación personal, 13 de octubre de 2016).

Estas reflexiones finales de Díaz revelaron las grandes limitaciones y dificultades que se tienen a la hora de abordar los procesos de gestión del riesgo; conciencia, voluntad política, participación y disponibilidad de recursos resultan fundamentales para desarrollar las acciones que se demandan. Todas y cada una de ellas pasan por la comunicación, es por ese medio que se puede modificar la percepción de las comunidades, sensibilizar a los políticos, crear lenguajes y espacios de participación y construcción ciudadana y, con base en todo ello, incidir en la destinación de los recursos. Esto posiblemente permita –ojalá en un futuro no muy lejano–, reconocer en la capital cafetera de Colombia solamente el olor del café y no el de la tragedia.

Buga El capitán de la Ciudad Señora

*Un héroe sin capa que custodia la seguridad
del Milagroso y sus creyentes.*

Isabel Muñoz

Era la mañana de aquel viernes primero de abril del año 2016, el sol apenas empezaba a asomarse, era el día en el que se había acordado el espacio y el tiempo para entrevistar al funcionario encargado de la gestión del riesgo en el municipio Guadalajara de Buga. Una taza de chocolate caliente, huevos revueltos y un pandebono serían el combustible que mantendría la maquinaria humana con energía durante los 73.2 km de distancia que marcaba el GPS del celular, desde Cali hasta el sitio del encuentro: la estación del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Buga. El canto de los bichofués y de los azulejos, entre otras aves, sonaba en medio de las noticias que ya se empezaban a transmitir en uno de los canales nacionales; allí, el presidente Santos declaraba las medidas implementadas para atrapar al Clan Úsuga y las recompensas de las que se dispondría.

Por otro lado, Piedad Córdoba denunciaba un atentado del que había sido víctima al salir de un hotel en Quibdó, Chocó. Además, se hablaba de las cifras relacionadas con el ahorro de energía y agua, para evitar un racionamiento prácticamente inevitable debido a los efectos del fenómeno de El Niño; este último tenía en condiciones muy secas varias regiones de Colombia, en donde la mayor fuente de energía provenía de las hidroeléctricas. Después de desayunar —y de creer que sabía sobre las noticias del país—, empecé la ruta hacia la ciudad del Señor de los Milagros.

Pasadas un par de horas, ya en Buga, se alcanzaba a observar el camino peatonal que conducía a la Basílica, custodiada por altas y majestuosas palmeras que adornaban el paisaje con el verde de sus grandes hojas tropicales; fácilmente se podía distinguir la diversidad presente entre las mismas palmas, entre ellas se veían las zanconas, las botella, las areca y la imponente palma real. Un poco más abajo, los árboles añadían su parte a aquel cuadro que mostraba las riquezas botánicas de la Ciudad Señora; se veían ébanos, almendros, guayacanes, acacias amarillas, negras y rojas, samanes y los infaltables mangos que llegaron de la India para quedarse por siempre en este territorio y bendecir a sus habitantes con sus carnosos frutos.

Figura 10
Plazoleta de La Milagrosa



La arquitectura de la ciudad se presenta como una exquisitez visual, es como un viaje en el tiempo que va desde la época colonial y republicana, hasta una etapa más moderna que se evidencia en algunas edificaciones. En la esquina de la Basílica, un señor de edad avanzada, con una guitarra entre sus manos, ofrecía a quien lo quisiese una serenata a cambio de unos billetes; un poco más adelante, un lustrabotas se encontraba sentado en su banquillo mientras revisaba, al parecer, lo que serían sus diferentes betunes y cepillos. La ciudad de Guadalajara de Buga tiene una belleza exótica por lo tradicional de sus calles y gentes, pero, a la vez, por la paz sacra que se percibe, debido a la fe de los creyentes. Avanzado el camino, y tan solo a unos metros del punto de encuentro, un puente que se ve antiguo permite el cruce de carros y transeúntes sobre el famoso río Guadalajara de Buga, del cual hasta ese momento no conocía mucho.

Figura 11
Cuerpo de Bomberos Buga



Al llegar a la estación de bomberos, se sentía como si todo los que se encontraban en ese lugar estuvieran esperando la visita. Rápidamente el camino me llevó hacia una oficina en donde aguardaba el capitán Harold Humberto Alzate Tejada, quien por tercera vez consecutiva había sido nombrado comandante del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Buga y, además, se desempeñaba como coordinador del Consejo Municipal de Gestión del Riesgo. Era un hombre alto, de contextura gruesa, cabello totalmente blanco y ojos azules que por momentos se tornaban grises y verdes. Su oficina era pulcra y organizada, con los objetos propios de quien ha ejercido con mando la dirección de un grupo de personas que voluntariamente arriesgan su vida para salvar a otros. Las máquinas –grandes, imponentes y arriesgadas– que transitan por las carreteras, dispuestas a enfrentar cualquier situación de peligro, eran parte del paisaje en los pasillos que conducían a la oficina del capitán.

Definitivamente, aun sin empezar la entrevista, daba la sensación de que Buga contaba con un líder de la gestión del riesgo totalmente acertado para su cargo y conocedor del municipio. Para iniciar la conversación, explicó con seguridad cómo el desarrollo de Buga ha ido generando en la actualidad mayores vulnerabilidades: “fuimos pues creados hace algunos años atrás con una cultura constructiva de orden colonial [...] que no tiene en cuenta las normas de sismorresistencia, usted sabe que después del temblor de Popayán, pues empezamos a hablar de sismorresistencia” (H. Alzate, comunicación personal, 1 de abril de 2016).

Es necesario tener en cuenta que este municipio recibe constantemente la llegada de cientos de visitantes y creyentes, pues Buga es uno de los centros religiosos más importantes del continente. Cuando se nombra a Buga, es muy probable tener en la mente una imagen de la Basílica o del morenito Señor de los Milagros, cuya bonita historia se remonta al año 1570. Se cuenta que, en ese entonces, una indígena que estaba lavando ropa en el río Guadalajara (antes conocido como río Piedras) quería ahorrar para poder comprar un nuevo cristo. Sin embargo, un día se dio cuenta de que un hombre que tenía familia sería llevado a la cárcel, debido a que no podía pagar una deuda; su noble corazón le ayudó a decidir que pagaría la deuda del hombre para que fuera dejado en libertad. Después de esta acción, y mientras seguía con su labor de lavar las ropas en el río, un día observó que un objeto extraño y brillante bajaba por sus aguas; ella, sin dudarle, lo recogió, lo llevó a su casa y lo ubicó en un altar, sin imaginarse que se llevaría la sorpresa de que, al día siguiente, el pequeño cristo había crecido hasta su tamaño actual, es decir, más de un metro de largo.

No obstante, que un cristo fuera de una indígena fue motivo de reflexión para la curia diocesana que en ese momento se encontraba ubicada en Popayán; se dijo que el cristo era producto de magia negra, por lo que –tal vez por sus negras conciencias– la curia decidió hacer una prueba de fuego en 1605 para destruir aquel cristo al que le atribuían ser usado para brujería. Así pues, mien-

tras el cristo ardía ante los ojos atónitos de quienes observaban aquella prueba, vieron cómo entre las llamas empezó a sudar; ante ello, los feligreses empezaron a untar algodones para obtener aquel líquido milagroso. Posteriormente, fue víctima de varios atentados por parte de los mismos creyentes, quienes buscaban, bajo todas las circunstancias, garantizar que serían escuchados por el Milagroso. Muchas de las armas utilizadas y de las historias sobre estos hechos se encuentran en el museo de la Basílica (Ministerio de Comercio, Industria y Turismo, 2014).

Sin duda, Buga es un santuario religioso que, además de la Basílica, cuenta con quince iglesias más, muchas de ellas antiguas y de gran importancia, como la iglesia de San Francisco, la iglesia Santo Domingo y la Catedral de San Pedro. Por este motivo, advirtió el capitán que la ciudad es muy vulnerable a eventos sísmicos, “hablando del evento que de pronto pasa más desapercibido por todos nosotros, hasta que sucede” (H. Alzate, comunicación personal, 1 de abril de 2016); en otras palabras, generalmente se piensa en los sismos solo cuando se siente que el suelo o las estanterías se están moviendo. A esto se le suma el más de medio millón de devotos que se agrupan en la Semana Mayor para visitar, ya sea por turismo o penitencia, dichos monumentos. Y si bien en la Colonia aún no se conocían términos como sismorresistencia, desde antes de ese tiempo, Buga había sido el epicentro de uno de los terremotos que cuenta con mejor registro en la época neogranadina. Este suceso ocurrió el 9 de julio de 1766 a las cuatro de la tarde y, según los registros, dejó solo ruinas en este lugar (“El terremoto”, 2014).

Para el capitán H. Alzate, esta situación hoy en día no es conocida por las generaciones actuales, pues si bien los últimos eventos de sismo que se recuerdan se remiten a 1927, las personas no son conscientes de las amenazas propias de la ubicación del municipio. Es probable que, como él mismo lo argumentó, nadie lo nota hasta que ocurre. A la fecha, de acuerdo con el sistema de inventario de efectos de desastre DesInventar (2016), en los últimos años no se registran sismos. Así, se comprueba que para Buga los eventos que, actualmente, generan mayor preocupación corresponden a inundaciones, avenidas torrenciales y sequías; estos posibles desastres se derivan del cambio climático, por lo tanto, los fenómenos de El Niño y La Niña son los que más amenazan a este territorio generando situaciones que ya han dejado muchos afectados, entre ellos personas, viviendas y cultivos.

El río Guadalajara de Buga vuelve a ser uno de los protagonistas de esta historia, pero ya no por traer a la luz un objeto divino, sino porque, como lo dijo el capitán, es “un río catalogado como inusual” (H. Alzate, comunicación personal, 1 de abril de 2016). Esta denominación se debe a que es un río corto de montaña, con caudales entre 28 y 36 L/s máximo, y a que cuenta con una pendiente del 30 %. De acuerdo con un estudio realizado en el 2005, estas características hacen que tenga altos conflictos ambientales como macrodesli-

zamientos y más de cien sitios de deslizamientos que ponen en riesgo la ciudad, ya que pueden traer consigo avenidas torrenciales desde la zona alta que ocasionarían inundaciones en el casco urbano.

De regreso a la entrevista, el capitán H. Alzate, después de imaginarse lo difícil que sería tal situación en su municipio, exclamó un poco acongojado y reflexivo lo siguiente:

Las historias de armero son impresionantes, [...] en el año de 1985 en Colombia teníamos la percepción de que el desastre es a la voluntad de Dios y confundimos la diferencia de desastre natural con evento natural, entonces el evento natural no se puede evitar porque es la voluntad de Dios, [...] básicamente el desastre es el resultado de un evento en una comunidad que se ve afectada y eso sí tiene solución, el desastre se puede evitar, el evento no. En Armero el evento no se podía evitar, pero los resultados de ese evento sí. (H. Alzate, comunicación personal, 1 de abril de 2016)

Figura 12
Iglesia La Milagrosa



Los cientos de devotos que acuden a la Ciudad Señora tal vez nunca piensen en este tipo de situaciones, ya que para ellos el solo hecho de estar en la zona representa una especie de protección que proviene de más allá de los cielos, y que se encuentra al servicio de las súplicas que le llevan al Señor de los Milagros. Afortunadamente, a pesar de la percepción general, esta situación es identificada en el Plan de Desarrollo 2016-2019 Buga Renovada (Acuerdo 004 de 2016), el cual en su artículo 23 reconoció, como parte de los objetivos de la administración, el conocimiento del riesgo, su reducción y el manejo de los desastres. Asimismo, determinó tres metas concretas de resultado:

- Actualización del 100 % de los escenarios de riesgo.
- Reubicación del 100 % de las familias incluidas en la Acción Popular (234 familias).
- Fortalecimiento del 100 % de las entidades de socorro de primera respuesta (Concejo Municipal de Guadalajara de Buga, 2016).

La inclusión de estos elementos se debe tanto a la necesaria gestión del riesgo y del manejo de desastres, como al énfasis que, desde la propuesta del plan, se hace sobre la integración de la variabilidad climática en la planificación del desarrollo del municipio. Avanzada la mañana, el capitán me invita a disfrutar de una taza de café para darle otros sabores a la entrevista, en medio de su complejidad. Más allá del dominio del tema, cabe resaltar que se notaba en él cierta pasión y compromiso por su labor, lo cual hacía que fuese más interesante seguir obteniendo información sobre este tema –que tal vez sería menos llamativo para los devotos y habitantes del municipio– a través de la conversación.

Otra situación de riesgo, que llega como el aroma del café, es el aumento del caudal del río Cauca, donde se tienen asentamientos en zonas de alto riesgo por inundación. Sobre ello, el capitán H. Alzate agregó que “hoy en día todavía hay gente que sigue creyendo en que el evento es la voluntad de Dios y eso hace que el trabajo sea muy difícil” (comunicación personal, 1 de abril de 2016). Esa sensación de seguridad celestial no permite que el ciudadano asuma prácticas de prevención, y solo cuando ya ha ocurrido el desastre, se dimensionan los efectos que pudieron prevenirse. A pesar de ello, la Ciudad Señora es uno de los municipios que más ha invertido en obras de mitigación para las inundaciones del río Cauca; la cantidad invertida, de acuerdo con la conversación, supera los miles de millones, y aunque aún se encuentran muchas comunidades ubicadas en zonas de amenaza, cada una de las gestiones realizadas denotan un gran avance para la gestión del riesgo.

Terminado el café, y con la conversación más fluida, se identificó que uno de los mayores problemas es la gestión pública, dado que los recursos que necesitan ser ejecutados con premura se demoran mucho tiempo en ser aprobados y desembolsados. En ese sentido, la gestión pública –pensada para evitar que personas corruptas se roben los dineros del Estado–, debido a su propia tramitología, limita un poco las funciones del que realmente quiere trabajar. En palabras de H. Alzate, “es más fácil contratar mil millones para hacer una obra, que sacar quince para una campaña de educación” (comunicación personal, 1 de abril de 2016) y a veces los eventos no dan tiempo para hacer tanto papeleo.

Por otro lado, las campañas nacionales referentes a los fenómenos de El Niño y La Niña solo recuerdan las variaciones climáticas que presenta este territorio. Sobre ello, el capitán H. Alzate manifestó que se ha olvidado que, en términos climáticos, en esta zona se tienen temporadas secas y de lluvias, solo que en

la actualidad se han intensificado sus efectos; añadió, a modo de ejemplo, lo ocurrido en la zona cafetera, en donde los cultivos han tenido que migrar de tierras más frías, debido al aumento de la temperatura. Siguiendo con este tema, y al preguntarle sobre cómo son las crecidas del río, se evidenció que no solo distingue el comportamiento del río Guadalupe, sino que conoce la localización en orden de todas las quebradas que existen; como si tuviese ante sus ojos el panorama de riesgos del municipio, describió la caracterización de las diferentes situaciones que han sucedido al respecto.

En este punto, es necesario recordar que en Bugá hay otras situaciones que van más allá de los eventos climáticos. De estas se destacan cuatro, en primer lugar –tal vez es este uno de los factores más amenazantes–, se encuentra la ubicación de la empresa Indumil, la cual suministra explosivos para minería y construcción de obras civiles. Siguiendo con las prácticas de la devoción en mente, con el “ojalá Dios no lo quiera”, el capitán advirtió sobre lo cerca que estábamos en ese momento a dicha empresa; reímos a carcajadas por la ironía de la vulnerabilidad tan alta en la que nos encontrábamos, impotentes y expectantes, con una seguridad tan ciega como la fe de que en ese momento nada grave ocurriría.

En segundo lugar, el paso de líquidos peligrosos que llegan por el Pacífico al puerto de Buenaventura, y que obligatoriamente pasan por Bugá para ser conducidos hasta Yumbo o Bogotá, constituye otro elemento amenazante para la población. En tercer lugar, el recorrido del gasoducto y el oleoducto, pues ante posibles derrames o fugas, estos afectarían drásticamente los ecosistemas, hasta poner en riesgo la salud de sus habitantes. Y, por último, el hecho de que Bugá es la ciudad que registra el mayor número de accidentes aéreos en el país; de estos, según un artículo del periódico *El País*, el más conocido por los medios de comunicación ocurrió el miércoles, 20 de diciembre de 1995, y produjo un apagón, en medio de la Navidad, para 163 familias. El vuelo AA965, de la aerolínea American Airlines, salió de Miami a las 18:35 p. m., aunque estaba programado para las 16:40 p. m.; transcurridas aproximadamente tres horas, solo hasta llegar al espacio aéreo de aproximación a Cali fue que el Boeing 757 empezó a presentar problemas (“La cadena de errores”, 2015).

De acuerdo con las grabaciones que quedaron de la tripulación, la confusión y una orden errada dada a la máquina trazó una ruta al radiofaro Romeo que orientaba hacia Bogotá, cuando se esperaba que esta aeronave se direccionara unos kilómetros más adelante hacia al radiofaro de Rozo, para llegar finalmente al aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón. Así, pasadas las nueve de la noche, las montañas de la zona rural de Bugá fueron impactadas por uno de los siniestros que, en esa época, se conoció como uno de los más fuertes accidentes aéreos; solo 4 personas sobrevivieron del total de 8 tripulantes y 155 pasajeros. Al recordar este suceso, apareció en la oficina un silencio profundo que por segundos generó una introspección de quienes se encontraban allí, tal vez para

reflexionar sobre cómo los desastres pueden llegar en cualquier momento; quizás, hay situaciones en las que solo la fe en aquello que se desea creer puede alivianar, al menos un poco, la angustia e incertidumbre por el devenir entre la vida y la muerte.

Figura 13
Sticker Cuerpo de Bomberos Buga

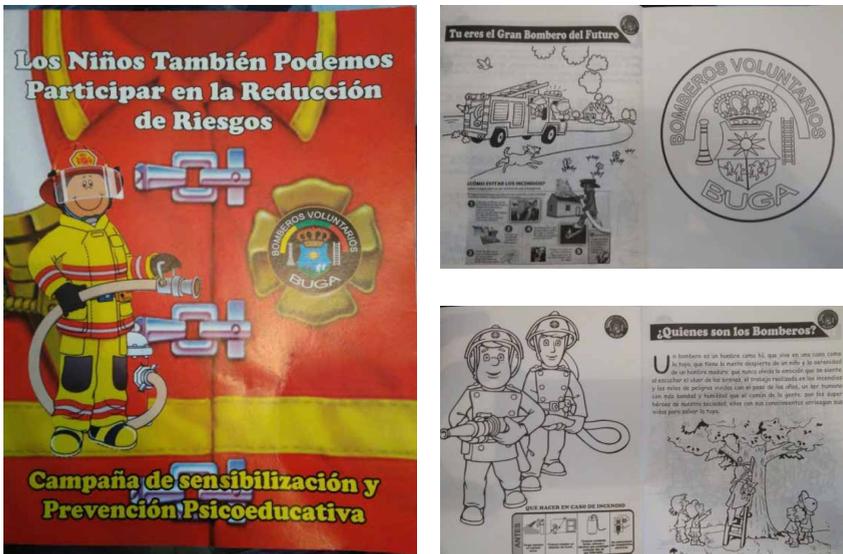


Tras orientar un poco más la conversación hacia las gestiones y redes de trabajo para la gestión del riesgo en el municipio, el capitán H. Alzate reconoció dos niveles en la red; por un lado, actúan como grandes aliadas la Alcaldía Municipal y la CVC, específicamente en la gestión de recursos y la generación de estudios que permiten tomar medidas preventivas ajustadas a la realidad del municipio. Desde la parte operativa, identificó al Benemérito Cuerpo de Bomberos de Buga, la Defensa Civil, la Cruz Roja, la Secretaría de Gobierno y la Secretaría de Salud para la respuesta y acción inmediata en situaciones de emergencia. Estas buenas relaciones que se dejan entrever en las palabras del capitán, tal vez se deban a algo más importante que el poder o el cargo que ostenta cada uno, e incluso puede que vayan más allá de los títulos y los votos conseguidos, pues como él mismo lo expresó, esto se debe a que “en la ciudad de Buga, a diferencia de otras ciudades, todos somos amigos” (H. Alzate, comunicación personal, 1 de abril de 2016). Este lazo permite que se pueda trabajar de manera dedicada y comprometida por los más de noventa y ocho mil habitantes, según las cifras del censo del 2012, y los cientos y cientos de peregrinos que año tras año visitan la ciudad con mayor turismo religioso del país. Además, de manera activa y constante se trabaja con comunidades e instituciones educativas, en donde se busca, de manera creativa, acercar la dimensión de la gestión del riesgo a los niños; esta labor se realiza por medio de la entrega de revistas, colores y cuentos, para que a través de cada trazo se puedan reforzar los temas y conceptos que se trabajan en las diferentes charlas y talleres.

A medida que iba contando las actividades realizadas con los infantes, con un tono de voz más protectora y paternal, el capitán explicó que, como parte de sus estrategias, visita a las escuelas con su equipo humano y con las máquinas, acompañados de payasos, para que los niños se puedan divertir mientras aprenden la importancia de prevenir los desastres e identificar vulnerabilidades en las escuelas. De este modo, en medio del juego y de actividades con agua, esa experiencia se convierte en un momento especial para que los niños compartan con los verdaderos héroes, y conozcan de cerca la importancia de este rol para las sociedades.

En ese mismo instante, el capitán, buscando entre sus papeles, encontró una cartilla de aquellas que hace pocos minutos mencionaba, y demostró con objetos reales el fruto de su gestión; sin duda, este tipo de material ha sido logrado gracias a su dedicación y búsqueda insaciable de soluciones, frente a una necesidad que presenta su municipio, como lo es el fortalecimiento de la cultura de la prevención. Mientras empezaba a ojear las primeras páginas, acercó otra de las estrategias que implementa con las comunidades: un imán con la forma icónica del bombero y el número de emergencia nacional. En efecto, muchas veces no es indispensable conocer de primeros auxilios o técnicas de rescate, pero sí puede ser de mucha ayuda hacer, de manera oportuna, una llamada de emergencia al equipo que siempre estará listo para socorrer a quien lo necesite. Al entregar este material a los hogares, el capitán se cerciora muy bien de que lo tengan siempre en un lugar visible, para que cualquier persona pueda tener acceso a esa información.

Figura 14
Cartilla prevención de riesgos Cuerpo de Bomberos



Pero sus gestiones han ido mucho más allá de informar y comunicar, por ello, con un tono de orgullo, comentó cómo logró la construcción de una estación de bomberos en la zona rural de La Magdalena. Esta estación responderá, de manera eficiente y oportuna, ante las emergencias por desbordamientos e incendios forestales. A este espacio se suman 55 bomberos campesinos, altamente capacitados, de los cuales diez se encuentran vinculados de manera directa a la estación.

Ya en la última fase de la entrevista, al hacer una revisión visual del entorno en la oficina, la taza de café ya vacía fue reemplazada por un vaso con agua, dado que la temperatura hacía notar que se acercaba el mediodía, aunque el tiempo parecía no haber pasado. Para ir cerrando el encuentro, se le consultó al capitán Alzate sobre cuál consideraba que sería una de las mejores acciones estratégicas para la comunicación del riesgo; sin dudar, respondió que la principal estrategia era la cultura ciudadana y el conocimiento del riesgo. Una comunidad con mayor conocimiento de sus riesgos, que logre discernir entre sus vulnerabilidades e identificar las amenazas a las que está expuesta, puede tomar decisiones más acertadas que permitan prevenir situaciones no deseadas.

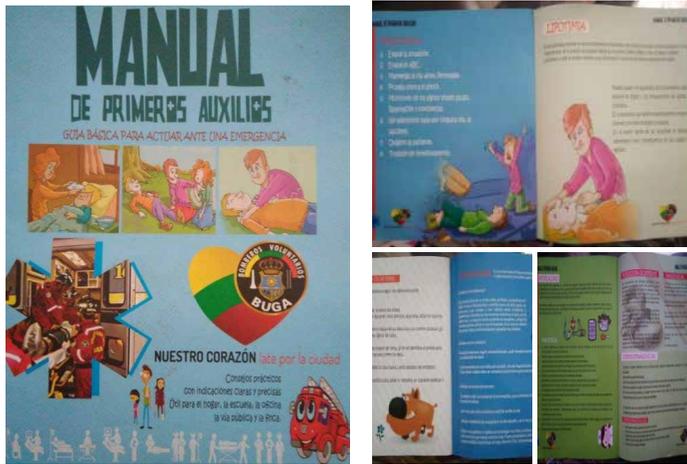
Por otro lado, el capitán explicó que se deben hacer obras de prevención de desastres, como la reubicación de comunidades, pero aseguró que esta reubicación tendría que ser muy bien pensada, es decir, habría que hacerla teniendo en cuenta no solo la ubicación, sino los habitantes que serán reubicados. En esa medida, sería necesario pensar en el entorno y en las condiciones, pues “es muy complicado para un campesino de la parte alta ubicarse en un apartamento pequeño y totalmente encerrado” (H. Alzate, comunicación personal, 1 de abril de 2016). Muchas veces estas condiciones no son tomadas en consideración, ya que, por ejemplo, se entra en conflicto ante situaciones cotidianas como el consumo del agua, cuando ya se empieza a medir a través de un contador, pues antes se tenían otros tipos de consumo que se relacionaban directamente con el río.

Al hablar de este tema, salió a flote otra situación que preocupa bastante, no solo en Buga, sino en varias ciudades del país; se trata de la presencia de metales pesados en las fuentes de suministro de las plantas de potabilización para consumo humano, ya que estos elementos llegan a los ríos por actividades de minería, tales como la extracción de oro que se realiza aguas arriba. Esta situación realmente es desconocida por la mayoría de habitantes y, de cierta manera, se planteaba que, si los ciudadanos fueran conscientes de los efectos de esta actividad para su salud, se generaría un pánico colectivo que, afortunadamente, no se da, pues el riesgo es, por sí mismo, una condición intrínseca a la existencia.

Pronto llegó el momento de la pregunta principal de este encuentro que, dada su importancia, vino al final como un postre. La intención era indagar sobre

el tipo de estrategias comunicativas que implementaba con sus comunidades, a lo cual el capitán H. Alzate respondió que le gustaban los trabajos directos, “yo voy a la comunidad”, dijo, y añadió que para ello tenía preparadas presentaciones y material para las charlas y talleres en los diferentes lugares, además de tocar varios temas que lograba ajustar a los contextos que visitaba (comunicación personal, 1 de abril de 2016).

Figura 15
Manual primeros auxilios Cuerpo de Bomberos Buga



De igual manera, identificó que la mayor dificultad es convocar a las personas, por lo que ha tenido que ajustarse a la disponibilidad de tiempo de la comunidad, es decir que sus actividades no interfieran con los tiempos de trabajo en el campo. Esta organización le garantiza una buena respuesta, pues al programarse de acuerdo con los tiempos de la zona rural, ofrece a las personas la comodidad de asistir sin afectar sus actividades productivas y del hogar. Para llegar a la ciudadanía, tanto en área rural como urbana, el capitán H. Alzate identificó como unas aliadas clave a las diferentes emisoras de Buga, empresas que le han apoyado en su labor y gestión para el fomento de la cultura de prevención. Asimismo, para promover la gestión del riesgo, argumentó que es indispensable tener buenas relaciones con los medios de comunicación locales —entre ellos la prensa y la radio—, y participar de espacios de encuentros colectivos.

Yumbo

Riqueza, riesgo y responsabilidad

Llegar a la glorieta que le da la bienvenida al municipio de Yumbo es rememorar los años gloriosos de instalación de la gran industria en este municipio del Valle del Cauca. El monumento, rodeado de flores y plantas ornamentales, es un símbolo de la memoria y, quizás, una alegoría de lo que algún día fue motivo para nombrar a este municipio la capital industrial del departamento. Las evidencias aún perviven y se resisten a desaparecer con el paso del tiempo, a pesar de la crisis económica que ha provocado el cierre de muchas empresas; algunas de las que permanecen son la vieja Good Year, Cementos del Valle, la novedosa planta de la multinacional surafricana de cerveza SabMiller, las instalaciones de Ecopetrol y otras empresas del preciado oro negro. Yumbo es uno de esos municipios que tiene buenas rentas y sigue siendo atractivo para las empresas; inclusive, parte del orgullo de su población se encuentra en este reconocimiento, pues no muchos municipios gozan de esta condición industrial y de su beneficio. Una mirada rápida a la llamada vía Cali-Yumbo es fiel muestra de este potencial.

Sin embargo, es necesario advertir y recordar las denuncias que en los años ochenta hicieron algunos sindicatos y pobladores aledaños a estas empresas, particularmente a Cementos del Valle y Ecopetrol, por los riesgos que representaban para la salud y la seguridad. Las fuertes emisiones del polvillo que emana de la producción del cemento —este se esparcía en los barrios de la comuna 1 y afectaba las vías respiratorias de los habitantes—, los riesgos por incendios industriales en las plantas de petróleo, y los peligros de contaminación del río Cauca por parte de varias de las empresas, son la otra cara de la capital industrial. Hoy en día, al parecer, estas problemáticas han mejorado, y la percepción de los habitantes sobre los riesgos ha cambiado, pues parte de su preocupación ahora se centra en los asentamientos subnormales, los deslizamientos y el cuidado del medioambiente.

De quemas, tierras y gentes

Mónica Rivera es una maestra de escuela pública en el corregimiento de Dapa, zona rural del municipio de Yumbo. Ella y sus estudiantes recuerdan, como si fuera ayer, aquella semana de marzo de 2016, cuando los incendios consumieron buena parte de los árboles y plantas de la zona rural del municipio. “Las llamaradas se veían cerquita”, dicen algunos de los niños. Esa semana, según

los registros de los medios de comunicación, Yumbo se vio fuertemente afectado por acciones de personas inescrupulosas que prendieron fuego al pasto, en plena temporada del fenómeno de El Niño; estos actos provocaron daños en la flora y la fauna, e implicaron un gran riesgo para los habitantes del sector. Además de los riesgos que, por lo general, las temporadas intensas de verano traen consigo, estas acciones humanas no dejan de ocasionar consecuencias delicadas para el medioambiente y los pobladores.

Figura 16
Panorámica zona industrial Yumbo



El corregimiento de Dapa, en medio del verano y las quemas, tiene otro problema que hace más preocupante la situación: la escasez de agua y una amplia distancia con respecto al área urbana. De acuerdo con lo que comentan sus habitantes, el municipio tiene dificultad con este líquido, porque su abastecimiento depende de la ciudad de Cali. Sobre ello, la docente mostró su inquietud: “sin agua para las necesidades básicas, imagínese el problema con estos incendios” (M. Rivera, comunicación personal, 2019). Efectivamente, es tan importante el problema de los incendios en la zona rural yumbeña, que el gobierno local y sus instituciones se enfrentan a un reto de grandes proporciones a la hora de dar respuesta inmediata y efectiva a esta contingencia. El año 2015 quizás haya sido uno de los más complicados al respecto; para el mes de agosto ya se reportaban 500 ha quemadas (“Incendio forestal”, 2015) y las causas eran señaladas en los medios de comunicación de la siguiente manera: “la gente se confía y realiza quemas controladas que terminan saliéndose de sus manos y terminan generando incendios. Son contados los incendios que no son generados por el hombre, ya sea por imprudencia o por piromanía” (“20 hectáreas consumidas”, 2016, párr. 15), así lo afirmó el comandante del Cuerpo de Bomberos del municipio.

Pero, así como estos incendios se han convertido en un problema del verano, también lo es la difícil situación en la cual se encuentra el río Yumbo que atraviesa el municipio. En palabras de un vendedor de frutas de la Galería Municipi-

pal, “hoy por hoy lastimosamente nuestro río es casi que una alcantarilla, por donde corren muy pocas aguas ya. Total, de que es difícil ya pensar de que [sic] nuestro río realmente represente algún tipo de riesgos para la municipalidad” (comunicación personal, 2019). Su opinión no es una exageración, ya que, en un recorrido por la zona urbana que le sirve de cauce, se observaron bolsas de basura, colchones viejos, utensilios de cocina y las paredes de las casas que le dan la espalda, lo que sería el reflejo de su decadencia y maltrato, y una señal de que tal vez no representa un riesgo. En el pasado, este río fue una fuente hídrica importante; a pesar de ello, llama la atención que en los adultos esa función se asocia a las inundaciones que causaba, además de los paseos de olla. Fernando Quiroz, secretario de Educación, relacionó estas inundaciones con las fuertes lluvias y la falla geológica que atraviesa al municipio:

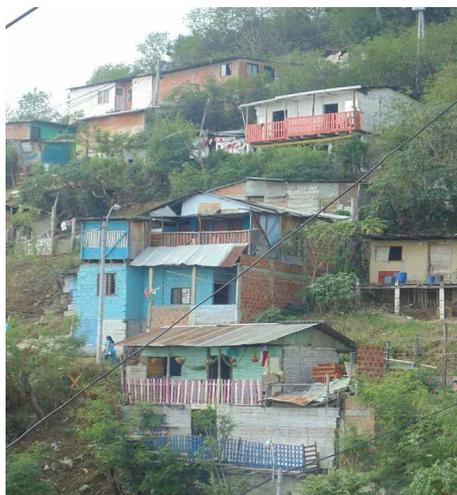
El municipio históricamente ha tenido que enfrentar algunos riesgos, no conozco a profundidad el tema, pero Yumbo está atravesado por una falla geológica, que ha ocasionado en tiempos de lluvias intensas, movimientos de tierra que han ocasionado que diferentes grupos poblacionales, familias enteras, hayan tenido que ser reubicadas de un sector a otro, especialmente los habitantes del sector conocido como Las Cruces, Buenos Aires parte alta. (F. Quiroz, comunicación personal, 2019)

Los sectores afectados por estos riesgos tienen la característica de ser habitados por gente de clase popular que, como en muchas ciudades del país, ha hecho de las laderas su sitio de vivienda y se ha apropiado y asentado allí hasta configurar conglomerados humanos. Si bien la existencia de la falla geológica es un rasgo natural del territorio, los pobladores han encontrado allí la posibilidad de tener una vivienda y han construido su hábitat, quizás sin conocer los riesgos de ello. Roberto, un hombre de origen patiano que llegó hace cuarenta años a la zona de laderas de Yumbo, resumió en una frase el sentido del lugar: “hace mucho llegamos y nos tocó hacer la casita aquí, este pedacito de tierra es la vida de muchos de nosotros” (comunicación personal, 2019). Aferrado a esa historia, y a los años que lleva viviendo en este lugar, Roberto terminó su intervención mirando las calles entrecruzadas por las casas de bahareque que aún hablan de otros tiempos: “esta loma se nos tragó la vida, por eso de aquí no nos vamos. Imagínese, yo con hijos y nietas” (comunicación personal, 2019).

Para los habitantes, la ladera es su hogar, allí reposan sus casas, las historias de sus llegadas, sus hijos, sus nietos, sus sueños, los procesos comunitarios y familiares; es una zona en la que no se percibe la idea de peligro ambiental o físico, pues ya son muchos los años en que sus habitantes han aprendido a sortear diversas incertidumbres. Cabe aclarar que en estas zonas de laderas los terrenos no son iguales, si bien en los barrios de la comuna 1, como Las Américas o San Jorge –al lado de la carreta Panamericana–, la situación se ha podido manejar, no ocurre lo mismo en sectores de la parte alta del municipio, como Las Cruces o Nuevo Horizonte. Al respecto, Roberto comentó:

En la zona alta se presenta el problema del deslizamiento y las familias son trasladadas, porque se supone que esos terrenos pasan a manos del municipio, pero nuevamente son invadidos y cuando se presentan otra vez las lluvias y los deslizamientos, entonces el municipio ahí revisa y otra vez hay que trasladar a la familia que invadió lo que ya se había desocupado. Y el otro tema es el del sector conocido como Nuevo Horizonte, es un barrio también en unas condiciones muy similares, donde también el tema de los deslizamientos ha sido frecuente y donde la gente sí narra, sí describe que en muchas ocasiones han tenido que desalojar por las fracturas que viven sus viviendas a causa de los reacomodos o de los reasentamientos que se dan en los terrenos. Entonces, la gente llega, construye, hace su casita, pero a la vuelta de algunos meses ven que sus paredes se van agrietando, a tal punto de que les toca desalojar para evitar el riesgo. (comunicación personal, 2019)

Figura 17
Zona de laderas Yumbo



En palabras del secretario de Educación, esta situación se vuelve más compleja porque a Yumbo sigue llegando mucha gente de otros lugares del país; esto se debe, por un lado, a las lógicas de violencia y, por otro, a que persiste un imaginario de progreso y de oportunidades laborales en esta ciudad del Valle del Cauca:

Yumbo es la posibilidad para muchos de conseguir un empleo bien remunerado y seguramente rápido; es decir, el imaginario pues de que Yumbo es capital industrial y que aquí se generan muchos empleos, pues ocasiona de que mucha gente, sobre todo de la costa Pacífica y de Nariño, se haya venido y se haya ido asentando de cualquier manera, en barrios como Pa-

norama, Bella Vista parte alta, Juan Pablo II, San Jorge, Villa Esperanza. (comunicación personal, 2019)

Ahora bien, en estos sectores se reproducen ciclos de asentamiento, desalojo y reasentamiento, lo cual produce un ciclo negativo a la hora de aminorar los riesgos e implementar acciones que resuelvan estas problemáticas. Sobre ello, el secretario de Educación aportó estas reflexiones:

Sale nuevamente del municipio y eso lo constata uno en la trashumancia de muchos de nuestros estudiantes en nuestras instituciones educativas, muchas de nuestras instituciones educativas tienen un alto grado de deserción escolar y cuando uno indaga por esa deserción escolar y al padre de familia cuando se va a llevar su muchacho o sus muchachos y se le pregunta por qué lo retira, generalmente la respuesta es que me voy, es que nosotros venimos de tal lado, estuvimos aquí tanto tiempo, no se nos dieron las cosas y nos regresamos. Entonces esa trashumancia, esos altos niveles de deserción en muchas de nuestras instituciones educativas, sobre todo aquí en el casco urbano del municipio, en parte obedece a eso, familias que llegaron, no encontraron lo que esperaban encontrar, con relación a empleo, con relación a servicios públicos, con respecto a bienestar social y en algún momento deciden retornar a sus lugares de origen. (comunicación personal, 2019)

La zona de ladera, ya fuertemente urbanizada, mantiene un doble uso: es un lugar donde la gente sigue identificando la posibilidad de vivienda y, a la vez, un territorio que ha servido para cometer acciones ilegales como los reasentamientos, y que es útil para los intereses de los llamados urbanizadores piratas. Estas acciones tienen una estrecha relación con los beneficios otorgados por la Alcaldía, pues según la profesora M. Rivera, “hoy por hoy la administración municipal, a través de las últimas dos décadas, ha venido generando todas las condiciones para garantizar todos los servicios públicos” (comunicación personal, 2019).

Figura 18
Barrio Las Américas, Yumbo



En ese sentido, la combinación entre la necesidad de vivienda, la presencia de urbanizadores ilegales, y la intervención estatal, produce un escenario que fomenta una inercia y continua tensión y debate por la apropiación del espacio, a sabiendas de las condiciones inadecuadas para habitarlo. Si bien es cierto que el imaginario de la ciudad industrial sigue siendo atractivo para muchas personas, también circula, en ciertos sectores de la población, un comentario acerca del poblamiento de zonas que se consideran en riesgo; se dice que, en época de elecciones, algunos políticos han fomentado el poblamiento ilegal como estrategia de campaña y caudal electoral. Aunque otros sectores no comparten esta afirmación, sí reconocen, en palabras de Roberto, lo siguiente:

En el municipio, durante épocas electorales, se presenta el fenómeno del trasteo y uno sabe que en eso han invertido mucha plata o le invierten mucha plata porque eso cuesta el tener una curul en el Concejo o la posibilidad de pronto de acceder al primer cargo de nuestra municipalidad, pero esas personas que vienen acompañando a los candidatos en esas épocas electorales, no es gente que necesariamente venga con la mentalidad o con la propuesta de quedarse en Yumbo. (comunicación personal, 2019)

Lo cierto es que la presencia de personas en esta zona de laderas es bastante alta, y que sus viviendas no se encuentran exentas de daños por deslizamientos y otros riesgos en épocas invernales; no obstante, por múltiples razones se siguen asentando en estos lugares. Al parecer, la zona de laderas de Yumbo, como en otras ciudades, concentra las posibilidades para un conjunto de personas de acceder a un lugar de vivienda, pero sigue sin tenerse en cuenta su potencialidad de riesgos y las condiciones geofísicas que constituyen una amenaza. La loma, como algunos de sus habitantes la llaman, es su hogar y, a la vez, un peligro que les acecha y que muchos han aprendido a sobrellevar durante largo tiempo; a veces, lo hacen de espaldas y a contracorriente de la administración municipal, pero en otras ocasiones sí cuentan con su apoyo. Sin duda, esto resulta paradójico y problemático, si se tiene en cuenta lo planteado en el documento del Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres:

Igualmente cabe mencionar que, en el siglo 20, desde la década de los años sesenta, Yumbo es catalogado como uno de los grandes enclaves de la actividad industrial en Colombia, situación que ha derivado en un elevado flujo migratorio, proveniente de varios departamentos del país en busca de empleo y de mejor calidad de vida, esto ha conllevado una proliferación de soluciones habitacionales informales en el municipio como resultado del alto costo relativo de la tierra y viviendas en relación con los ingresos de esta población migratoria, los cuales los excluía del mercado formal. (Murgueitio *et al.*, 2015, p. 16)

Figura 19
Hogar Comunitario zona de laderas, Yumbo



Como se ha visto, hay personas del municipio y de otros lugares del país que llegan y se ubican en las laderas para hacerse a un pedazo de tierra para vivir, pero, al mismo tiempo, llama la atención que los representantes de ciertas actividades económicas consideran estas zonas para instalarse en ellas. Es el caso de una empresa minera que en este momento se encuentra en un proceso jurídico, con el fin de definir si continúa o termina sus labores de explotación. Es importante subrayar que, para los pobladores, esta mina es una causa de riesgo por el tipo de acciones que allí se realizan, pues, en sus palabras: “se quieren comer la loma”. Dicha empresa se encuentra ubicada cerca de la vía vieja Yumbo-Cali, y en zona aledaña a los barrios del sur-occidente de la comuna 1.

Acciones y tensiones

Las quemadas o incendios en la zona rural del municipio de Yumbo, junto con la problemática de los asentamientos humanos en zonas de riesgo, son el centro de la preocupación de sus habitantes, para quienes es urgente hacer algo que logre resolver estas dificultades. Respecto a ello, cabe resaltar el ejercicio que emprendieron la Alcaldía Municipal y la Fundación Empresarial para el Desarrollo de Yumbo, en el año 2015, en algunos de estos sectores, se trata de un proyecto llamado Mejoramiento Integral de Barrios.

Figura 20
Fábrica de cemento, Yumbo



Este proyecto, que tiene el apoyo de la Alcaldía, funciona bajo estos principios: en primer lugar, diagnosticar las necesidades que los barrios de sectores populares padecen en cuanto a infraestructura básica (servicios públicos domiciliarios) y en espacios públicos (parques y equipamiento); y, en segundo lugar, promover la titulación de terrenos en los cuales las personas han construido sus viviendas. En diálogo con profesionales de la Universidad del Valle que conocieron de cerca esta iniciativa, la intención de la administración municipal es formalizar la mayor cantidad de terrenos posibles, previo diagnóstico de la situación de riesgo social, ambiental y de los espacios habitados por las comunidades. Para el caso de los terrenos que presenten alguna dificultad, las personas que en ellos habitan serán reubicadas. En el informe de gestión para el empalme con la administración entrante, en octubre de 2015, se registraron estos resultados:

Se pintaron setenta viviendas en el desarrollo de una jornada de embellecimiento de fachadas en el barrio Las Américas. Se adjudicaron treinta subsidios mediante Resolución 334 de diciembre de 2014. Y se realizaron mejoramientos de los entornos de los barrios Panorama, Cruces y Buenos Aires, localizando las áreas, zonas o espacios y ejecutando los prediseños de la etapa de anteproyecto de los parques de la laguna de Los Patos, Las Cruces, plazoleta Las Américas y San Jorge, también se inicia una segunda etapa de elaboración de diseños en los parques de Bellavista, Las Ceibas, Nuevo Horizonte y el mirador de Panorama. (Instituto Municipal de Reforma Urbana y de Vivienda de Interés Social de Yumbo, 2015, pp. 20-21)

Las acciones reseñadas indican mejoras en aspectos básicos de infraestructura de los barrios; además, son llamativos aquellos asuntos que la Alcaldía consideró como los principales problemas a tener en cuenta:

Para evitar la presencia de problemas técnicos relacionados con la construcción de vivienda nueva al no seguir las guías de calidad de vivienda establecidas por el Ministerio de Vivienda, amerita que se intensifique la capacitación de las familias, los trabajadores en construcción sismorresistente y técnica para cualificar la construcción de la VIS desarrollada individualmente.

Respecto de la presencia de problemas sociales, en relación con las urbanizaciones nuevas y el relacionamiento de los nuevos propietarios, se debe reconsiderar la reubicación de familias, procurando preferiblemente desarrollar en la medida de lo posible proyectos de reasentamiento, de forma que no se desarraiguen las familias de su entorno social. Intervenir con antelación los problemas de carencia de obras de urbanismo en los proyectos de vivienda construidos. (Instituto Municipal de Reforma Urbana y de Vivienda de Interés Social de Yumbo, 2015, p. 21)

Como se puede observar, las medidas de prevención siguen siendo recomendaciones a considerar en el futuro; entretanto, las acciones concretas para evitar el poblamiento irregular y los riesgos que este proceso trae consigo se quedan en pequeñas mejoras que, pese a ser importantes, no inciden en las causas estructurales del problema. Esta situación quizá detenga o aminore por un tiempo la situación, pero la capital industrial del Valle del Cauca seguirá siendo atractiva para nuevos pobladores y reasentamientos humanos, lo que implicará nuevas dinámicas y acciones gubernamentales.

Figura 21
Camino barrial zona ladera, Yumbo



No obstante, este programa de atención integral de los barrios parece ser una de las excepciones, en términos de una política que logre dar cuenta de estos asuntos y resolverlos. A la pregunta por la existencia de una política de atención de riesgos, el secretario de Educación fue explícito en su respuesta:

Hablar de que exista una política de atención al riesgo y una planeación con respecto al tema, seguramente que sí se ha hablado, y lo escucha uno comentar tangencialmente en los espacios donde se debate el tema del desarrollo del municipio y donde se debate el tema de la inversión de los recursos del municipio; pero son discusiones o son reflexiones de momento, muy coyunturales, que no han llevado justamente a que se construya como tal ni una política, ni una planeación frente al riesgo. Por lo menos yo no la conozco, y bueno hoy tengo la posibilidad de estar en el gobierno municipal, y de las políticas públicas que conozco ninguna está atendiendo esa necesidad. Y bueno, si uno mira el plan de desarrollo del Gobierno que terminó, pues no lo ve, no lo visualiza. Y si tú revisas el actual, el plan de desarrollo que hoy se está discutiendo y que se está sometiendo a consideración del Concejo Municipal, tampoco lo vas a encontrar, entonces el tema sigue siendo marginal, es decir, de coyuntura. (comunicación personal, 2019)

En el ámbito de los riesgos y de su prevención o atención, este contexto resulta preocupante, pues se ha pretendido atender la problemática por la vía de programas o proyectos muy puntuales –o de mediana y corta duración–, o por la vía de acciones coyunturales ligadas a hechos cumplidos que ameritan la acción gubernamental inmediata. Otro factor que llama la atención de la intervención citada es que se habla y se escucha sobre estos temas en la administración municipal, pero al parecer no hay una decisión que permita formalizar una política, en la cual se identifiquen y ordenen las acciones que debe ejecutar el municipio para manejar los riesgos. Todo esto sucede a pesar de que reconocen la importancia de contar con un cuerpo de bomberos y con la presencia de la Defensa Civil; pero cuando se indaga por las acciones o actividades de sensibilización, capacitación y comunicación, solo se hace alusión a las actividades desarrolladas en la escuelas y colegios, como parte de las obligaciones institucionales, mas no se reconocen acciones con la población en general.

El funcionario de la Alcaldía, en este sentido, manifestó que “hace falta mucha más difusión y hace falta mucho más trabajo con la comunidad, en términos de prepararlas o de prepararnos para enfrentar algún riesgo de carácter natural” (comunicación personal, 2019). Al parecer es una situación generalizada el asumir los temas y problemáticas referidas a la vulnerabilidad, amenazas y riesgos naturales desde una mirada reactiva e inmediatista; de este modo, solo cuando suceden los desastres se ponen en marcha las acciones y se habla de inversiones o de planes estratégicos.

Fue así como sucedió en el año de 1985 en la población de Armero; además de la complejidad de la tragedia, este suceso es un ejemplo de una forma de asumir y entender estos riesgos, pues en ese caso, se valoraron desde una perspectiva que los concibió como algo de segundo o tercer orden de prioridad. En efecto, ese punto de vista implica poca capacidad de reacción y prevención sobre las realidades del territorio. El caso de Armero también dejó en evidencia la idea del voluntariado como una situación que resulta paradójica –como sucedió a propósito de las quemadas en la zona rural del municipio en el año 2015–. Sobre ello, el secretario de Educación y la profesora Mónica comentaron lo siguiente:

Nuestros órganos de socorro pues hoy cuentan con una mejor infraestructura y seguramente que ellos tienen una mejor preparación para enfrentarlo, pero no así la población. Hay un tema y es el tema de los incendios forestales y nosotros vivimos un incendio forestal de grandes magnitudes el año pasado, aquí en los cerros tutelares de nuestro municipio. Allí confluyeron obviamente todos los cuerpos de socorro y una cosa que hay que resaltar, a propósito del tema de la preparación, pero también del tema del voluntariado, es que hubo un momento en que la situación fue tan crítica que los bomberos y los cuerpos de socorro no solamente pidieron a la comunidad que les colaborara, pues con el tema de la hidratación o

solicitaban que quienes podíamos llevarnos agua, pero también pedían, por ejemplo, que le lleváramos panela o que les lleváramos bananos y se llegó un momento en que solicitaron también voluntarios.

El tema del incendio forestal sensibilizó tanto la gente que no solamente la respuesta fue masiva en cuanto a apoyar con recursos a los cuerpos de socorro, sino que mucha gente se presentó voluntariamente, a decir “aquí estoy, para qué soy bueno”, y mucha gente se montó en esos carros y se fue a ayudar a apagar el incendio. Obviamente y seguramente que sin la debida preparación y arriesgando salud, y de pronto hasta la vida, pero fue una manera para enfrentar un incendio que devoró todas las hectáreas de bosque nativo de nuestro cerro. Fue impresionante, además, porque involucró muchas familias también. Es decir, ese incendio también generó muchas familias damnificadas de las veredas Santa Inés y El Chocho, particularmente. (comunicación personal, 2019)

La paradoja de esta situación se evidencia en que se reconoce la voluntad y solidaridad de la gente en momentos difíciles como los narrados —que resulta de un gran valor y apoyo para dar solución al problema—, pero, al mismo tiempo, esa acción espontánea y los pedidos de apoyo de los cuerpos de socorro revelan la poca preparación ante estos hechos. Aunque puede haber apoyos espontáneos, sería mucho mejor concebir estas acciones como parte de programas de prevención y comunicación sobre los riesgos que se pueden presentar, y de las rutas de atención y protocolos a seguir.

Tanto en las intervenciones de los entrevistados, como en los folletos que se encuentran en la Alcaldía, no se identificó la conformación de grupos, redes de apoyo o comités de gestión del riesgo que operen en estos momentos críticos. Sin embargo, sí se observaron algunas iniciativas ciudadanas; por ejemplo, existe el grupo Halcones, que en una estrategia integral o en una política debería ser contemplado de manera más activa, y con los debidos apoyos, dado que, según el testimonio de F. Quiroz:

Halcones arrancó hace muchos años, siendo como una afición de dos o tres personas por el tema de la atención de socorro, la atención de la emergencia, y hoy por hoy sorprende de que en la comuna 3, justamente en el barrio Las Cruces, la presencia de ese grupo es muy numerosa. Nosotros asistimos hace poco a una actividad allá en la comuna 3 y me sorprendió ver cómo había, creo que, sin exagerar, más de cien personas vestidas con el uniforme de esa organización, y es un grupo comunitario, es un grupo que [...] no existe sino en Yumbo. Eso nació fue aquí en Yumbo y tiene reconocimiento solo aquí, pero es un grupo que está en todas las emergencias, y por lo que ellos mismos narraron ese día, ya hoy no solamente han asistido a muchos eventos de índole nacional, sino de carácter internacional; ellos sí tienen presencia de tipo formativo en algunas instituciones y, entonces, por ejemplo,

hacen, ofrecen cursos, ofrecen capacitación en temas no solamente [...] de riesgos, sino en temas de salud, en temas de primeros auxilios, entonces han ido incursionando muy en serio en ese tema que es una cosa muy interesante. (comunicación personal, 2019)

Lo anterior resulta de gran pertinencia, pues si bien el Cuerpo de Bomberos del municipio lidera una serie de actividades que tienen como foco de atención las capacitaciones y alertas frente a los riesgos para la población, en palabras de un miembro de esta entidad, “en muchas ocasiones la responsabilidad de resolver los problemas de quemaduras, inundaciones o derrumbes les queda a los bomberos. La gente cree que esa es nuestra responsabilidad, solo de nosotros, si bien nos toca, no somos los únicos” (comunicación personal, 2019). Aunque con mucha insistencia repetía que ellos son los responsables, no dejó de manifestar que a veces se sienten solos, y que los recursos se deben gestionar de manera recurrente para evitar que algo les falte en plena emergencia. Aunque el voluntariado ayuda, es clave reconocer que no hace parte de una estrategia de atención o programa que se haya diseñado para tal efecto. En todo caso, vale la pena destacar la existencia de estos grupos que, en momentos álgidos, están dispuestos a colaborar.

Se podría concluir que el potencial para construir una política o estrategia de atención o gestión del riesgo en el municipio sí existe, no solo porque Yumbo, al ser la capital industrial, tiene los recursos para ello, sino debido a que este lugar posee una estructura institucional que lo permite; así lo demuestra el solo hecho de tener un equipo de bomberos con reconocimiento e iniciativas comunitarias o ciudadanas alrededor del tema. Los factores que inquietan, en este contexto, son dos: de un lado, la pervivencia y reproducción de un discurso que visibiliza los riesgos cuando se convierten en hechos reales; es decir que estos se entienden como acontecimientos que solo preocupan cuando ocurren, y es necesario disponer de los recursos y acciones para resolverlos en el acto. La concepción de la catástrofe como hecho es el centro de atención, lo cual pone en duda la existencia de estrategias de prevención o gestión de los riesgos, pues antes de ocurrir, al parecer, no existen.

Podría decirse que este es un discurso que las instituciones y comunidades utilizan como es pertinente y necesario, en tanto resulta casi obvio que esa debe ser la tendencia que guíe la interpretación e intervención de los riesgos; sin embargo, es distinto materializar en programas, proyectos o acciones concretas el deber de prevenir. El escenario en donde más existen estrategias y actividades preventivas son las instituciones educativas; estas, por fuerza de ley, deben tener un plan diseñado y estar regularmente en capacitaciones (el Ministerio de Educación suele enviarles información actualizada y algunos materiales didácticos). Pero, en general, la prevención es un discurso sin acciones, así se mencionen en documentos institucionales: “por lo tanto es posible adoptar políticas, estrategias y prácticas (físicas, culturales, institucionales, económi-

cas, etc.) orientadas a reducir los riesgos de desastres o minimizar sus efectos en todas las etapas: prevención, preparación, rehabilitación y recuperación” (Murgueitio *et al.*, 2015, p. 8).

El segundo factor es la inexistencia de estrategias comunicativas sobre estas amenazas. Al revisar y preguntar por ellas, lo único que se tiene a la mano son plegables o folletos informativos que elabora el Gobierno nacional, mas no se evidencian producciones propias que fomenten o promuevan el conocimiento y las rutas de atención sobre ello. Llama la atención que en el Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres, del año 2015, se haya propuesto como medida de manejo de desastres un programa municipal para el fortalecimiento de la red de comunicaciones en emergencias; dicho programa se relaciona con uno de los objetivos del componente programático que plantea “desarrollar métodos, instrumentos y estrategias de comunicación del riesgo en el municipio de Yumbo” (Murgueitio *et al.*, 2015, p. 18), no obstante, son nulas las evidencias de esos elementos.

Figura 22
Mural barrio Las Américas, Yumbo



Probablemente, como lo comentaron algunos de los entrevistados, las actividades que se desarrollan son aquellas básicas que por ley se han de hacer, pero que no se inscriben en una política local de gestión del riesgo, producto de una concepción inmedatista y reactiva que subvalora la comunicación en un sentido amplio de término. No basta con los folletos y talleres de obligatorio cumplimiento para transmitir información, es importante concebir la comunicación de un modo más amplio y así involucrar, por ejemplo: la construcción de redes sociales para la gestión del riesgo; capacitaciones que vinculen el reconocimiento del territorio; y la posibilidad de acudir a los medios masivos para que sus herramientas contribuyan a la educación ciudadana. En suma, esta realidad municipal reproduce la idea del riesgo como un acontecimiento, y aún mantiene una concepción que separa los discursos legales y académicos de la gestión concreta y territorial del riesgo.

Buenaventura. Abandono estatal y desastres latentes

Hagamos un poco de historia

“Bello puerto de mar mi Buenaventura, donde se aspira siempre la brisa pura. Bello puerto precioso circundado por el mar, tus mañanas son tan bellas y puras como el cristal” (Caracol Radio, 2022, párr. 6), escribió con gran pasión el maestro Petronio Álvarez, hace ya casi noventa años, refiriéndose a Buenaventura. El padre del Currulao –quien también compuso abozos y aguabajos, ritmos negros que identifican y caracterizan el Pacífico colombiano–, embriagado por el olor a pescado, mangle y ron, capturó la esencia del puerto a orillas del nada pacífico océano, y escribió la obra que lo inmortalizaría y que trascendería fronteras hasta situar el puerto en sonos y pensamientos, no solo de las gentes del Pacífico, sino del gran Caribe. Pero Buenaventura es más que hermosos amaneceres, exóticos sabores y alegres currulaos, de hecho, hablar de esta ciudad evoca gran cantidad de sentimientos, expectativas, sueños –unos cumplidos y otros malogrados–, y desafortunadamente, mucha pobreza y abandono del Estado central y regional; este es otro de los signos del puerto.

Figura 23

Panorámica Puerto de Buenaventura



Nota. Tomado de *Colombia: sistema portuario de Buenaventura lidera exportaciones cafeteras entre enero y abril*, por Portal Portuario, 2025. (<https://portalportuario.cl/colombia-sistema-portuario-de-buenaventura-lidera-exportaciones-cafeteras-entre-enero-y-abril/>).

Los libros de historia refieren que fue Juan Ladrillero quien primero llegó a la bahía de Buenaventura; desde allí, por el río Anchicayá, aguas arriba, se introdujo en el continente. El cronista español Pedro de Cieza de León lo expresó en *La crónica del Perú*, y añadió que “entre estos ríos estuvo un poblado de cristianos”, del cual no da detalles “porque permaneció poco” (Cieza de León, 1553, como se citó en Aprile, 2002, p. 347). Es posible que aludiera a los indios chochoes, noanamas, cirambiraes o catrués, quienes, de acuerdo con algunos libros, defendieron ferozmente sus territorios y son una de las razones por las que, a lo largo de los primeros cien años de la conquista española, no se tiene noticia de los europeos en emplazamientos estables y definitivos; otro motivo tiene que ver con las duras condiciones definidas por la espesa selva tropical lluviosa, indolente con los europeos acostumbrados a climas mediterráneos. Fue así como, hasta el siglo XVII, entre Panamá y Guayaquil, no se registró en suelo colombiano ninguna localización permanente para los españoles.

Gonzalo Fernández de Oviedo afirmó que el primero que exploró detenidamente, en 1514, el golfo de San Miguel y los ríos que desembocan en él, hasta la punta de Canachiné, fue el capitán Francisco Becerra, enviado por Pedrarias Dávila desde Santa María la Antigua. “Y la relación que primero se tuvo del cacique e tierra llamada Perú, este capitán la trajo... Y mucho más hacia el oriente” (Fernández de Oviedo, s.f., como se citó en Colmenares, 1983, p. 17), pero, en todo caso, según le contó Andagoya a Oviedo, antes del río San Juan de Micay. Más adelante en su relato añadió:

Andagoya, describió la bahía de la Cruz; y entran en ella muchos ríos grandes y pequeños. Y subió por uno de ellos tres leguas la tierra adentro llevando siempre cinco brazas de fondo; y llegó a un puerto y él quedó fundado un pueblo el que llamó la ciudad del puerto de Buenaventura. (Fernández de Oviedo, s.f., como se citó en Colmenares, 1983, p. 18)

De lo escrito por aquellos cronistas españoles que hicieron referencias directas sobre la ocupación en el Pacífico (Pedro Cieza de León, Gonzalo Fernández de Oviedo y Cristóbal Salinas) no se obtuvieron certezas acerca de la fundación de Buenaventura; al parecer, no existió acto protocolario alguno al respecto que diera fe de su localización y de la fecha exacta de su fundación. Siguiendo a Pedro Cieza de León, se concluyó que el puerto era, antes que marítimo, fluvial:

Salen a la mar muchos y grandes ríos, que nacen en las sierras: por el uno de ellos entran las naves hasta llegar al pueblo o puerto de la Buenaventura y el piloto que entrare ha de saber bien el río, y si no, pasará gran trabajo como lo he pasado yo y muchos otros, por llevar pilotos nuevos. (Cieza de León, 1553, como se citó en Aprile, 2002, p. 349)

Figura 24
Buenaventura 1553



Nota. Tomado de *Génesis de Buenaventura*, por J. Aprile, 2002, Universidad del Pacífico.

Se dice que Dagua o Anchicayá, pero probablemente este último, fue el río que vio nacer el puerto. No se duda de que los españoles necesitaban un lugar, entre Panamá, El Callao y Guayas (los puertos sobre las costas actuales de Perú y Ecuador), en donde atracar sus naves para abastecerse de suministros y recuperarse de las largas y desgastantes travesías marinas. Más al norte de la bahía de Buenaventura, las costas de acantilados del Chocó no favorecían la instalación de puerto alguno. Un puerto de cabotaje, antes que marítimo; al parecer eso era Buenaventura en el siglo XVI, ya que no figura en la relación de los puertos que la corona española tenía como parte de sus dominios en América.

Tarea difícil, confusa y precaria es establecer, con certeza espacio-temporal, la localización de Buenaventura; los retazos que existen de información, su imprecisión geográfica —e incluso en algunos casos temporal—, y las interpretaciones de segunda y hasta de tercera mano sobre esta zona, hacen que persistan más presunciones y dudas que afirmaciones. No obstante, sí es una realidad que tan solo hasta el siglo XX, con la inserción de Colombia a la economía mundial, fue cuando Buenaventura dio un salto cualitativo en el imaginario y en la realidad nacional, y emergió como el principal puerto marítimo de exportación en el Pacífico colombiano. De hecho, las restricciones en la comunicación este-oeste, dadas por la cordillera de los Andes, hicieron que el precario camino que existió en los siglos XVI, XVII, XVIII e incluso XIX, entre Cali, Popayán y Buenaventura, solo permitiera el traslado de algunos productos de

fácil transportación –entre ellos se contaba a los esclavos–; por ende, para ese entonces el puerto no ganó importancia en el contexto nacional.

En 1827, a inicios de la época republicana, el general Santander declaró a Buenaventura (por un periodo de treinta años) como un puerto libre y franco para la importación y exportación en el Pacífico, y dictó otras medidas de protección y de impulso para convertirla en un reconocido centro comercial e industrial (Decreto 389 del 26 de julio de 1827). De esta manera, Santander materializó, aparentemente, la intención del Estado de convertirla en la puerta nacional ante el mundo. Seis años después se puso el primer riel para el Ferrocarril del Pacífico, pero tuvieron que transcurrir cuarenta y cinco años para que el presidente de entonces, el general Julián Trujillo, firmara con el ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros el contrato para su construcción. El 20 de julio de 1884, Cisneros entregó el primer tramo de 22 km en el sitio de Córdoba y el día 1.º de enero de 1915, en los albores ya del siglo XX, hizo su arribo a Cali, con gran júbilo, la primera locomotora. Con ello se abriría, realmente, la historia de la comunicación con el Pacífico y el interés del Gobierno nacional de usar a Buenaventura como punta de lanza en el comercio internacional.

Emergen los riesgos...

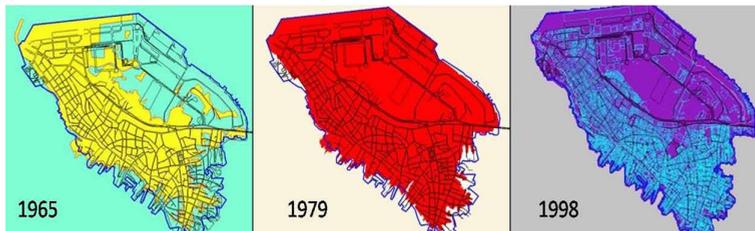
Pareciera caprichosa, anecdótica y hasta inútil, esta referencia histórica sobre la génesis de Buenaventura, para hablar de la gestión del riesgo municipal, sin embargo, fue justo en esa época cuando se empezaron a configurar los elementos que harían altamente vulnerable al puerto y su población –en los siglos XX y XXI– a la ocurrencia potencial de desastres. La ciudad de Buenaventura, hasta finales del siglo XIX, tenía un escaso peso demográfico, procesos de ocupación dispersa a lo largo de los ríos Dagua, Calima y Raposo, y una fuerte dependencia económica y política de Cali, por lo que no contaba con una importancia considerable en el ámbito regional y nacional. Ya en el siglo XX emergió, de forma abrupta, como puerto de exportación; este cambio demandó una buena cantidad de mano de obra para las actividades de movimiento y almacenamiento de mercancías en el puerto, y de carga férrea y, posteriormente, carretable. De este modo, el crecimiento demográfico y urbano –rápido, desordenado y según oleadas– se convirtió en una constante en Buenaventura, lo que trajo consigo una alta vulnerabilidad física y social en la ciudad.

Inclusive, hacia 1925 ya pasaba por el puerto más de la quinta parte del comercio exterior del país, y cerca del 15 % de las exportaciones de café (Hoffmann, 1999). Para la década de los años cincuenta, con la transformación de la agroindustria azucarera del Valle del Cauca, su inserción en el mercado mundial y su concomitante incremento de la actividad portuaria, el puerto sufrió masivas migraciones regionales. Este acontecimiento tuvo impactos relevantes en la estructura y en la dinámica urbana y poblacional; las restricciones urba-

nísticas de la isla, dadas por sus condiciones naturales, fueron desconocidas con rapidez; y la carencia de normativas urbanas y procesos de planificación hicieron que la colonización irregular (sin control ni lineamientos), generara no solo un alto deterioro ambiental de los manglares, sino unas condiciones físicas y sociales altamente vulnerables –para las comunidades asentadas en estas zonas– ante eventos naturales con potencial destructivo.

Las cifras corroboran estas afirmaciones. En la década de los cincuenta, se presentó un crecimiento acelerado de la población urbana de Buenaventura; el censo de 1951 arrojó que la población, en el casco municipal, era de 35 087 personas, mientras que para el censo de 1964 era de 70 079. La población urbana, que se duplicó en una década, reclamaba una serie de servicios a mayor velocidad de la que podría tener la capacidad municipal para satisfacerlos: suelo, servicios domiciliarios, equipamiento urbano, empleo, salud, educación y recreación, se resolvían de forma parcial, o insuficiente en la mayoría de los casos, o no se solventaban. Comenzaba con ello a sembrarse la semilla de un desastre que, afortunadamente, aún no ha sucedido, pero ya se reúnen todas las condiciones para que ocurra; la amenaza sísmica, de inundaciones, de tsunamis y hasta de procesos de remoción en masa, se juntan con altos niveles de exposición poblacional, alta fragilidad de los habitantes ante estos posibles desastres, y baja resiliencia social y familiar para una eventual recuperación.

Figura 25
Dinámica urbana de la Isla de Cascajal, 1965-1998, Buenaventura



Este panorama es válido tanto para el área urbana de Buenaventura, como para sus zonas rurales; de hecho, allí es en donde se sienten con más fuerza los efectos de carencia de servicios y las decisiones equívocas de localización, con base en fuertes factores de focalización poblacional. Sin duda, ejemplo de ello es la carretera Cabal Pombo, que tiende a tener importantes concentraciones a lo largo de su extensión, en función de actividades de subsistencia conexas a la vía; de parte de los habitantes, se desconocen las restricciones por suelos, pendientes y exposición a ríos torrenciales que hay en esta carretera. A su vez, de parte de las autoridades municipales, no se tienen en cuenta los procesos de planificación o de acompañamiento para reducir o mitigar los riesgos a los que se exponen las personas e incluso, en no pocos casos, hay un desconocimiento

de sus localizaciones en áreas expuestas a eventos potencialmente destructivos.

Esta situación fue confirmada por un alto funcionario distrital, dedicado a la gestión del riesgo:

La ciudad sufre de importantes carencias urbanas que exponen a un porcentaje significativo de su población a condiciones estructuralmente vulnerables ante eventos naturales potencialmente destructores, y las dinámicas socioeconómicas, propias del mundo globalizado de la actualidad, propician una tendencia al aumento antes que a la reducción de estas. Precisamente, el estado habitacional de Buenaventura es realmente precario; la presencia de asentamientos subnormales, con elevados déficits de suelo urbanizable, servicios básicos domiciliarios, espacio público y equipamientos comunitarios, localizados especialmente en zonas de alto riesgo o de alto valor ecológico y ambiental, es casi que una constante. En la misma dirección, los indicadores sociales muestran carencias muy grandes en cobertura de servicios educativos, de salud y recreación, y una alta exclusión y marginalidad en la toma de decisiones políticas. (A. López, comunicación personal, 19 de agosto de 2016)

Cabe preguntarse, entonces, ¿de dónde surgen las amenazas para Buenaventura?, ¿sus condiciones son sustancialmente distintas a las de la mayoría de los municipios del país?, ¿cuáles son las razones que hacen de este tema un asunto de relevancia para la ciudad? Frente a ello, A. López argumentó:

En la sola isla del Cascajal de Buenaventura, en la zona urbana, es una isla que el 80 % está en una pendiente suave del 3 %, no hay alturas de más de cinco metros y solamente el 20 % tiene alturas de más de cinco metros, lo que quiere decir que si se presenta un tsunami y se generan olas de más de cinco metros, pues casi el 80 % de la población bonaerense quedaría afectada; y eso sin contar la vulnerabilidad física que tienen las viviendas, pues son viviendas que son de palafitos, son viviendas que no tienen una estructura para aguantar un golpe de una ola y fuera de eso, las personas no están organizadas, frente a una alerta, a evacuar rápidamente; entonces, todo eso generaría y potenciaría una tragedia de incalculables consecuencias. Además, la salida de la isla de Buenaventura, donde está la mayor inversión del Estado en puertos, pues quedaría tapada, porque lo que llamamos el puente El Piñal quedaría totalmente tapado por una ola; o sea que no podría la gente tampoco evacuar hacia la zona continental, porque la única salida sería cerrada por las aguas del tsunami. En cuanto a la zona rural, se encuentran ochenta centros poblados al pie del mar y a un costado de ríos caudalosos, lo que los convierte en sectores vulnerables a inundaciones, ventiscas y marejadas, entre otras. Entre ellas están: Juanchaco; La Barra; La Bocana; Pianguita; Punta Soldado; Puerto Merizalde; Punta Bonita y Papayal, entre otras. (comunicación personal, 19 de agosto de 2016)

Figura 26
Puente del Piñal



Nota. Tomado de *Construcción puente El Piñal Buenaventura Valle del Cauca obra*, por C. García Montes, 2014, X. (<https://x.com/CarlosGarciaMo/status/534464233040515075>).

A pesar de ello, las circunstancias particulares de la localización de Buenaventura hacen que esté expuesta a eventos de tsunamis e inundaciones marinas, fluviales y pluviales, así como a movimientos en masa, ya que un sector importante de la ciudad se ha localizado en zonas de pendiente pronunciada, en donde hay fuertes procesos de alteración de suelos. Tristemente, así quedó evidenciado el 12 de abril de 2006, cuando una avenida torrencial segó la vida de casi cuarenta personas y dejó a otras cuatro desaparecidas en el sector de Bendiciones, en la vía a Buenaventura.

En ese amanecer, la montaña se tragó varias viviendas y una avenida, como fruto de diez horas de aguaceros y borrascas; ambos, turnándose caprichosa y abrumadoramente, produjeron tal potencial de daño que arroyuelos y quebradas, definidos cotidianamente por hilos serpenteantes, se convirtieron en raudas y mortales máquinas que erradicaban todo a su paso. La mañana del miércoles santo mostraría la capacidad destructiva desatada, y la magnitud de la tragedia para las humildes gentes del Pacífico: “el sitio 40 desapareció con casas y todo”, dijo un campesino, aún aturdido por el evento. José Riascos, un sobreviviente, recordó esa luctuosa noche así:

Eran como las dos de la mañana, mi hermano salió de la casa y no volvió más, nosotros salimos de la avalancha, pero a él lo cogió el río, pensábamos primero que él iba en el bus de adelante para Buenaventura, pero a los dos días nos dijeron que ya se había muerto, que apareció muerto. (“Damnificados de Bendiciones”, 2016, párr. 15)

“Es como un Armero chiquito”, fue lo que afirmó Saulo Quiñónez, alcalde de Buenaventura de la época, cuando estuvo frente al desastre, alrededor del mediodía (“Buenaventura: tragedia anunciada”, 2006). “En Bendiciones solo quedó en pie una casa”, dijo a su vez José Moreno, miembro del Comité de

Emergencia del Puerto (“Avalancha”, 2006). Lamentablemente, una hora más tarde, en el kilómetro 45 de la misma vía, otro derrumbe de piedras y lodo terminó con la vida de siete personas. Durante esa tarde hubo catorce deslizamientos más sobre la carretera que dejaron al puerto completamente incomunicado con el interior del país (“Buenaventura: tragedia anunciada”, 2006).

La alusión del alcalde sobre Armero no fue gratuita o exagerada. De hecho, algunas dinámicas y expresiones –guardadas las proporciones– son similares entre aquello que ocurrió en el Valle del Magdalena en 1985 y lo ocurrido acá, en el Andén Pacífico, veintiún años después. Empero, no era la primera vez que algo de este tipo ocurría, la revista *Semana* dejó evidencia de esto cuando escribió:

En enero de 2004, solo por nombrar el caso más reciente, este Gobierno enfrentó un derrumbe cinco veces menor al de la semana pasada, que tuvo a Buenaventura incomunicada quince días. En esa ocasión, el ministro de Transporte prometió de todo: culminar el corredor vial Bogotá-Buenaventura, recuperar la actual vía y adicionarle un tercer carril, además, adecuar la antigua carretera al mar como alternativa, para que nunca se interrumpiera el paso vehicular al puerto. Sin embargo, por haber faltado a su palabra, en el Valle lo llaman el pastorcito mentiroso. (“Buenaventura: tragedia anunciada”, 2006, párr. 4)

Igualmente, tal como ahora, surgieron cuestionamientos ante los cuales hubo oídos sordos:

¿Qué hacían más de 800 personas viviendo al borde de una vía por la que pasan en promedio 500 000 tractomulas al año? ¿Por qué se permiten asentamientos humanos en zona de alta peligrosidad, como lo es el cañón del Dagua, que en algunos puntos tiene hasta 200 metros de abismo? ¿Qué entidad es responsable del mantenimiento de las principales arterias terrestres y por qué no detectó a tiempo los riesgos naturales de esta carretera? ¿Sabía alguien del alto gobierno a cuánto ascienden las pérdidas diarias si Buenaventura queda aislada? La prioridad durante esta semana que comienza será el rescate de los cuerpos sin vida, la atención de los heridos y damnificados, además de recuperar la comunicación terrestre con Buenaventura. Pero el reto, en el largo plazo, es evitar que situaciones como esta se repitan y conseguir que la economía nacional, no dependa de caminos de herradura. (“Buenaventura: tragedia anunciada”, 2006, párr. 8-9)

Aún se está a la espera de que estos dos retos se hagan realidad: Buenaventura comunicada permanentemente, al margen de sus condiciones hidroclimatólogicas y geológicas; y una población, urbana y rural, en condiciones de seguridad territorial. Mientras tanto, por razones de orden público, la ciudad recibe cada vez más población desplazada del Andén Pacífico, lo que agrava la situación; cifras municipales mencionan que desde 2007 Buenaventura recibe, en promedio, 8921 personas al año por desplazamiento forzado. Esto significa

que los niveles de exposición siguen en aumento y, con ello, la vulnerabilidad de la población es mayor, por cuanto se trata de comunidades excluidas, empobrecidas, en franca competencia por los escasos recursos disponibles en zonas marginadas de la ciudad, pero incluso en condiciones de desventaja frente a sus homólogos.

Asimismo, su carácter de desterritorializados hace que, además de haberseles arrancado violentamente de sus lugares de origen —aquello que los definía social e históricamente, su territorio—, sean, en sus forzados lugares de destino, castigados como parias y señalados como posibles responsables de su suerte. Comentarios como “el que nada debe, nada teme” y es claro que “por algo fue que los sacaron”, se oyen en voz baja, pero con severidad, por parte de algunos de los lugareños que sienten que los recién llegados tendrán mayor atención del Estado que ellos y, por ende, canalizarán los recursos públicos alrededor de sí; de este modo, se olvidan de que algunos de ellos, lunas atrás, también llegaron en condiciones similares o por idénticas razones.

¿Y el futuro qué nos depara?

En este estado de cosas que parecen rebasar la coyuntura y convertirse en un problema estructural para el Pacífico y la misma Buenaventura, vale la pena preguntarse: ¿qué está haciendo el municipio para reducir esta situación de vulnerabilidad? Con preocupación, el funcionario entrevistado respondió:

Pues bien, en este momento la Comisión Colombiana del Océano ha hecho un modelamiento de cómo sería el impacto de una ola de tsunami hacia acá hacia el lado de la isla, donde está la mayor cantidad de gente; entonces ellos han entregado unos mapas y nos han mostrado cómo sería. Frente a ello, ya hemos hecho tres simulacros de evacuación, dos simulacros nacionales y un simulacro internacional, conectado con Perú y Ecuador, y entonces esto nos ha servido para que la gente empiece a conocer todo este tema, que este ha sido un tema que mucha gente no toma en serio. (A. López, comunicación personal, 19 de agosto de 2016)

Figura 27
Banner de invitación al taller



Nota. Tomado de la página web de la Alcaldía de Buenaventura, en 2017.

Al escuchar atentamente otro de sus aportes sobre los riesgos, se percibió que las circunstancias podrían llegar a ser incluso mucho más graves:

En el Consejo Distrital de Gestión del Riesgo, que se asienta aquí en esta sala donde estamos, que es la sala de crisis, se sienta el comandante de la policía, los gerentes, todos están aquí, la sociedad portuaria, donde hay una bodega de químicos, pues se sienta aquí, y en caso, por ejemplo, del tema de tsunami, tiene que tener un plan para ver de qué manera esos cinco metros de agua no afectan ese químico porque, de lo contrario, aparte del agua, tendríamos una tragedia química aquí, que mataría mucha gente. (A. López, comunicación personal, 19 de agosto de 2016)

Una tragedia incalculable, así la llamó Arbinton López líneas atrás; una tragedia que rayaría en lo dantesco, por demás absurdo, y que exige una respuesta coordinada y eficiente ahora, en el antes, para no tener pérdidas imposibles de asumir en el después. También se le consultó sobre lo que ocurre con el tema sísmico:

Frente a los sismos apenas estamos en eso, en el POT del año 2001 quedaron unas tareas de hacer la microzonificación sísmica; en el año 2005 yo fui director de la oficina de gestión del riesgo y gestioné con la CVC y la gobernación, la primera etapa de microzonificación, que fue instalar unos acelerógrafos en sitios que los expertos decían dónde, y al año siguiente tendría que hacerse la segunda etapa que es la lectura de eso, para poder hacer las microzonas y para poder determinar aquí se puede construir un edificio de veinte pisos, aquí de cien, etc., etc. No se ha podido hacer la segunda etapa, por cuestiones de voluntad política, de voluntad política porque es un proyecto de aproximadamente tres mil millones de pesos y eso después de que haya voluntad política, el alcalde tiene asiento en la sociedad portuaria, es socio de la sociedad portuaria y la misma sociedad portuaria le conviene eso y a los mismos comerciantes, pero a eso le ha faltado voluntad política, y quienes me sucedieron pues no le han dado la importancia técnica a eso; si yo tengo las microzonas en Buenaventura, yo puedo hasta cambiar el uso del suelo en el territorio. (A. López, comunicación personal, 19 de agosto de 2016)

Con esta última afirmación, el entrevistado mencionó uno de los asuntos aún no entendido a plenitud por parte de las administraciones municipales: la necesaria convergencia entre el ordenamiento territorial y la gestión del riesgo, como parte de una sola política pública de planificación e intervención territorial. Esto rebasa tanto la asunción mecánica, instrumental y asistencialista de la gestión del riesgo, como la aparente neutralidad de la vulnerabilidad. Por ese motivo, abordar dicho asunto implica posturas políticas para identificar e incorporar restricciones en la lógica de ocupación y transformación del espacio; y, además, realizar los respectivos juicios de responsabilidades frente a agentes y mecanismos que empobrecen comunidades y territorios, y los exponen, en consecuencia, a sucesos destructivos.

Precisamente estos son –según evidencian los hechos a lo largo y ancho del territorio nacional– algunos de los aspectos más complejos de abordar cuando de gestión del riesgo se trata; en primer lugar, la responsabilidad social y política

para reconocer y confrontar las expresiones negativas de la lógica del capital en los espacios locales, en especial, en las comunidades más vulnerables; en segundo lugar, la voluntad política para visibilizar la importancia de la prevención y mitigación antes que la atención; asimismo, la capacidad de respuesta institucional para abordar unos y otros, y convertirlos en políticas públicas orgánicas y coherentes con el territorio existente y deseado; por último, los niveles de conciencia social que establecen un nivel de riesgo aceptable. Este factor condiciona la permisividad o no con que las comunidades aceptan la condición de desastres y sus génesis –bien sea como productos divinos o naturales–, al margen de las condiciones sociales, políticas o económicas que construyen, de forma progresiva, su vulnerabilidad.

El tema crítico es la voluntad política, como en todo este país, el tema de voluntad política es fundamental; por ejemplo, tenemos ya un diagnóstico de que hay casi 300 000 personas en la isla y que si se presentara un tsunami quedaría apenas espacio para 132 000, si se organizan y se van hacia allá, y si no, creo que de los 300 000 no quedarían sino 10 000 o 15 000 vivos. ¿Dónde está la voluntad política, a nivel, local, departamental, nacional y, si es posible, internacional, para que toda la gente que está acá en este sector sea reubicada? Ese es un tema que concitaría a llamar a presidente y a todo el mundo y decir: aquí tenemos este tema. La Procuraduría General de la Nación, en el año 2010, sacó un libro que se llama *Amenaza de desastres* y allí hace un comparativo entre Tumaco y Buenaventura y muestra los palafitos, y muestra la situación, y deja ahí sentada la responsabilidad de los alcaldes, gobernador y presidente frente a todo lo que pudiera pasar en esta zona, por la amenaza de un tsunami. (A. López, comunicación personal, 19 de agosto de 2016)

De hecho, resulta más fácil trabajar sobre aspectos objetivos, inherentes a las estructuras físicas, que sobre los institucionales, políticos, normativos o culturales, que establecen condiciones subjetivas, aunque definen, a largo plazo, cambios estructurales en las condiciones de vulnerabilidad, pese a ser menos tangibles y visibles políticamente en el corto plazo. Resulta patente, al respecto, otro segmento de la entrevista del referido funcionario distrital:

Por el tema de las estructuras, sí se alcanzaron a hacer unas evaluaciones de cómo están ubicados algunos colegios. Los colegios que albergan la mayor cantidad de gente, nosotros hicimos estudios a tres o cuatro colegios, y tenemos los resultados; hay que hacerles reforzamiento estructural a todos porque todos fueron hechos por allá en el año 78-80, cuando la bonanza cafetera del presidente Turbay Ayala [...]. Los núcleos escolares con las normas del 2010, la NSR10, no chequean, o sea que las columnas tienen que ser mucho más dimensionadas, etc., etc. Por lo tanto, ya llevamos cuatro y son treinta y seis colegios con sus subsedes; pero ya llevamos cuatro, ya tenemos un principio de planificación de cómo vamos a ir haciendo el

diagnóstico de cada uno de los colegios. (A. López, comunicación personal, 19 de agosto de 2016)

Esta gestión contrasta con las apreciaciones sobre los reubicados de la zona de bajamar que fueron emplazados en el continente, en el barrio San Antonio, a aproximadamente 25-30 minutos en automóvil del malecón, en el centro de la ciudad; ellos afirmaron que sus expectativas no fueron satisfechas y que inclusive fueron engañados y asaltados en su buena fe. “Ay, si a nosotros nos hubieran dicho la verdad, nunca habiéramos cogido pa’ca” (comunicación personal, 2019) afirmó, más que con vehemencia, con rabia, una madre de familia que, al reconocer nuestra condición de foráneos, se acercó a preguntar de parte de quién veníamos. No fue necesario presentar el tema, pues ellos, profundamente resentidos, formularon a voz en cuello, y sin ambages, los motivos por los que desconocen como positivas las actuaciones implementadas en sus casos; incluso, manifestaron que estarían dispuestos a retornar a sus antiguos lugares, “pase lo que pase”. Una de las razones de fondo tiene que ver con aspectos no evaluados suficientemente, los cuales inciden, de un modo considerable, en la gestión del riesgo y, por tanto, deben tenerse presentes.

Se conversó también sobre la comunicación del riesgo, la estrategia bilateral para construir canales y mecanismos de información y producción de conocimiento (local y científico) que les permita a las comunidades reconocer e interpretar, en mejor medida, restricciones, amenazas, vulnerabilidades y riesgos existentes en su entorno inmediato. Además, estas herramientas deberían capacitarlos para tomar acertadas decisiones sobre su seguridad y la de su territorio, a la vez que les permiten ser reconocidos por los otros —en especial, por el Estado— como pares en el proceso de toma de decisiones sobre ellos y los suyos.

En este sentido, documentos institucionales del distrito de Buenaventura han mencionado un programa de capacitación masiva, realizado a través de medios radiales, escritos y televisivos, así como algunos subprogramas de capacitación para estudiantes de las escuelas acerca de la gestión de riesgo de desastres. Este proyecto estaría dirigido a los grupos de socorro y autoridades —en ese caso, se enfoca en el manejo de productos tóxicos—, y a los líderes comunales, para quienes el énfasis es en la gestión del riesgo. No se logró encontrar mayor información sobre tiempos y estrategias usadas en estas capacitaciones, ni sobre los resultados obtenidos en ellas. Al consultársele al profesional sobre las estrategias comunicativas para la gestión del riesgo, explicó lo siguiente:

Si usted le preguntara a alguien de Nariño, frente al tema de cómo actuar, antes, durante y después, los que están alrededor del volcán les podrían decir, yo sé para dónde ir, porque eso allá es trillado y que casi que el volcán lo tienen allí; en Tumaco murieron tantas personas y ellos la tienen más clara, pero en la medida que eso casi no suceda en el territorio, la gente cada vez que se les dice ese tema, casi que se le ríen a uno. En el caso de Buenaventura lo que más se presentan aquí son inundaciones por las llu-

vias; entonces, frente a ese tema la gente tiene más experticia en subir sus accesorios, en subir el andén de la casa, hacer la casa más alta, etc., etc., para evitar inundaciones, pero frente al tema de sismos o frente al tema de ventiscas o [...] de terremotos ya estructurales grandes, pues ahí no hay la misma experticia [...]. Entonces la gente se ha vuelto resiliente frente al tema de las inundaciones [...], pero frente al tema de tsunami, a un golpe de una ola sí no hay capacidad de reacción, porque el golpe es muy fuerte y las casas son muy frágiles. Lo que sí tenemos aquí, es que nosotros, por ser una ciudad turística, permanentemente estamos haciendo planes de contingencia, planes de respuesta ante cualquier situación que se pueda presentar durante la temporada turística [...]. En Buenaventura se aplican aproximadamente dieciséis planes de contingencia al año, y eso pues nos da algún tipo de ventaja con algunas otras ciudades que no lo apliquen. (A. López, comunicación personal, 19 de agosto de 2016)

Lo que sí queda claro es que la comunicación del riesgo, y las estrategias comunicativas para analizar escenarios de riesgo y de seguridad de los bonaverenses, no son las más efectivas. Antes de convertirse en algo imputable exclusivamente a la administración, estas circunstancias tienen sus raíces, paradójicamente, en la poca relevancia que este tema tiene en la institucionalidad del país. En el cuarto artículo de la Ley 1523 de 2012, donde se abordan algunas definiciones, se define así el conocimiento del riesgo:

El proceso de la gestión del riesgo compuesto por la identificación de escenarios de riesgo, el análisis y evaluación del riesgo, el monitoreo y seguimiento del riesgo y sus componentes y la comunicación para promover una mayor conciencia del mismo que alimenta los procesos de reducción del riesgo y de manejo de desastre. (art. 4)

Esta es la referencia más clara que se encuentra en la ley respecto a la comunicación del riesgo. Posteriormente, el Plan Nacional de Gestión de Riesgo de Desastres determinó, como uno de sus objetivos estratégicos, “fortalecer la gobernanza, la educación y comunicación social en la gestión del riesgo con enfoque diferencial, de género y diversidad cultural” (Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres, 2019, p. 25); no obstante, no se encuentra allí mayor desarrollo frente a lo que sería la comunicación en los distintos momentos del antes, durante y después; las estrategias más adecuadas para comunicar el riesgo, según los contextos culturales particulares; el papel concreto de la comunicación en la gestión, o la diferencia entre informar y comunicar; por mencionar algunos aspectos de relevancia en esta área. Sin ello, es comprensible la limitada capacidad de las administraciones al implementar una comunicación del riesgo que rebase la premisa de informar sobre situaciones de riesgo. En consecuencia, la comunicación del riesgo y las estrategias comunicativas para ello se configuran, sin lugar a dudas, como un gran desafío para Buenaventura y el país en general.

Esta ciudad, con una población proyectada al 2016 de 433 649 habitantes, aún hoy se denomina Distrito Portuario, Turístico, Industrial y Biodiverso, según el ordenamiento jurídico y territorial colombiano. Esta categoría constituye un reto inmenso para el territorio de mayor extensión en el departamento de Valle del Cauca, que comprende, además del litoral pacífico, altas cumbres de la cordillera Occidental, en el sector de los Farallones de Cali. Es un reto debido a que, por un lado, su condición de distrito portuario prioriza y privilegia la inversión privada que demanda, crea y moviliza flujos de capital a escala global, antes que dinamizar y fortalecer circuitos locales y regionales; por otra parte, al ser un distrito industrial –característica que se asocia a lo portuario–, su carácter y principal fortaleza económica consiste en buscar la maximización de los recursos naturales existentes para construir ventajas competitivas. Estos factores, la mayoría de las veces, van en detrimento de los contextos ambientales, sociales y culturales locales que se requieren para desarrollar las dimensiones turística y biodiversa, ancladas necesariamente a las comunidades locales.

Así, esta denominación jurídica obliga a resolver la contradicción que implica implementar, en el mismo espacio y tiempo, una política que garantice la inversión privada de gran escala, que haga posible la creación de regiones virtuales (Boisier, 1994) y, a la vez, que proteja y conserve los valores ambientales, culturales y territoriales; estos últimos tienen una gran relevancia en el Andén Pacífico colombiano, y son los que definen su alto valor ecológico, paisajístico y cultural, reconocido incluso internacionalmente.

La forma particular en que estos elementos se materialicen incide, de manera preponderante, en la construcción de vulnerabilidades ambientales, económicas, sociales, políticas y culturales, germen de la construcción social de riesgos. Como se mencionó en páginas anteriores, el desastre potencial que podría darse en Buenaventura no depende de la ocurrencia o no de un tsunami, sismo o remoción en masa –eventos de por sí naturales–; en cambio, es producto directo de aquello que se está haciendo para reducir las vulnerabilidades de la población expuesta a dichos sucesos. Ahora bien, la reducción de dichos riesgos no está supeditada a la posible atención que se despliegue en el durante, es decir, en medio del desastre, sino a la reducción de las condiciones estructurales de vulnerabilidad en el antes; esto incluye revisar áreas como el acceso a empleo, vivienda, educación, salud y la gobernanza política, las cuales deben ser satisfechas de forma eficiente para disminuir los factores de fragilidad e incrementar la resiliencia social de las comunidades, así como sus capacidades individuales y colectivas para afrontar situaciones adversas. Solo así se podría decir –con la tranquilidad que escribió Petronio Álvarez al mirar el mar romper en la playa– que “las olas centelleantes vienen y te besan y como un vago rumor vuelven y se alejan”, en vez de convertirse en fantasmas que de tajo podrían acabar la vida de miles.

Epílogo

Estilos distintos, apreciaciones disímiles y vivencias diferenciadas definen las realidades de quienes escribieron estas crónicas. Al igual que las condiciones de los municipios que abordaron, sus vidas han estado marcadas por acontecimientos particulares que sellaron sus rumbos por caminos diferentes; sin embargo, *scientia, geo* o hado los cruzó en el camino, y Armero 85 le dio significado y razón de ser a ese encuentro. Es así como se entretienen los intereses de una geógrafa que sueña con la *poiesis* y, entre geranios, margaritas y orquídeas, debate su cotidianidad con niños y jóvenes que quieren aprender sobre flores, ecosistemas, mitos y leyendas colombianas; un licenciado en ciencias sociales comprometido con la formación comunitaria y con la educación popular; y un más veterano geógrafo, maestro de formación y de corazón, que reparte su tiempo entre discusiones académicas, clases y atención de estudiantes. La gestión del riesgo, como posibilidad para validar reflexiones investigativas, desarrollar intereses personales y, sobre todo, hallar un camino para mejorar las condiciones de vida de aquellas comunidades expuestas a eventos potencialmente destructivos, los unió, y el grupo de investigación Armero 85 les ofreció el camino institucional para materializar esas oportunidades.

Las crónicas escritas por estos tres sujetos sobre las estrategias comunicativas para la gestión del riesgo en los municipios de Jamundí, Yumbo, Buga, Buenaventura, Sevilla y Ansermanuevo, y en el mismo departamento del Valle del Cauca, mostraron coincidencias y divergencias. Las primeras están asociadas a vacíos conceptuales, jurídicos e institucionales, sobre lo que implica la comunicación del riesgo, tales como las capacidades institucionales volcadas hacia la atención antes que a la prevención; piezas comunicativas clásicas y tradicionales, realizadas por instancias centrales, que poco hablan del contexto local, y cuyos lenguajes tecnicistas dificultan la comprensión de mensajes; recursos financieros y humanos muy limitados para hacer las tareas que demanda la gestión del riesgo; y manejos políticos en las oficinas que no necesariamente establecen los mejores perfiles para sus cargos directivos. En suma, se identificó que comunicación y gestión del riesgo son reactivos y no proactivos ante las situaciones potenciales de riesgo, y que estas áreas tampoco tienen un lugar político destacado en la definición e implementación de lo público.

Desafortunadamente, las condiciones de amenaza y vulnerabilidad de las comunidades siguen incrementándose, municipio por municipio, y vereda por vereda. Mientras las circunstancias institucionales muestran un estado de co-

sas conflictivo y limitado, con nudos estructurales, en apariencia, difíciles de resolver de forma inmediata y que requieren voluntades políticas e institucionales fuertes para hacer un cambio, aquellas vinculadas con las condiciones naturales que configuran amenazas, y las sociales, económicas, políticas y culturales, que establecen las vulnerabilidades de las comunidades, avanzan a pasos agigantados, generando un círculo vicioso que es necesario romper en algún momento. Otras coincidencias tienen que ver con la complejidad físico-natural del territorio colombiano, pues esta define condiciones similares de posibles amenazas para todo el Valle del Cauca; asimismo, se destacan las circunstancias históricas, políticas y sociales que establecen las causas genéticas de esas vulnerabilidades.

Por otra parte, a pesar de la aparente homogeneidad en las amenazas potenciales, las divergencias encontradas se relacionan con las particularidades de los municipios que definen tipos y magnitudes de las amenazas presentes. Por ejemplo, Sevilla tiene situaciones críticas por procesos de remoción en masa, de gran complejidad geológica y geotécnica; Buenaventura vive con la amenaza potencial de tsunami; Buga, Jamundí y Ansermanuevo se enfrentan a las inundaciones periódicas, pero con expresiones diferentes, pues en Jamundí y Buga tienen una evolución lenta, mientras que en Ansermanuevo puede ser lenta y rápida.

Frente a la motivación inicial de esta investigación, materializada en la formulación de “Armero 30 años: del desastre a la gestión territorial del riesgo en el Valle del Cauca”, se concluye que el evento ocurrido en Armero –un hito que marcó la historia del país– está desafortunadamente desdibujado para las actuales generaciones y, lo que es más grave aún, para las autoridades municipales. Aunque este suceso desencadenó la formulación de una política pública para la gestión del riesgo, nacida en ese entonces desde la perspectiva de la prevención y atención de desastres (definida en la Ley 46 de 1988 y el Decreto Ley 919 de 1989), lo que allí se expuso no se ha interiorizado ni se ha convertido en pilar para las prácticas políticas e institucionales. Estas últimas, más que hacer operativa la normativa nacional, deben construir las estructuras, el pensamiento y la praxis organizativa que propicie las condiciones sociales para la reducción estructural de la vulnerabilidad de las poblaciones, y no la atención reactiva de los desastres.

Particularmente, respecto a las estrategias comunicativas para la gestión del riesgo, fue posible constatar que en todos los municipios existe una serie de piezas comunicativas que abordan los factores tradicionales de la prevención: definición, identificación y caracterización de amenazas; presentación de los momentos de la gestión del riesgo (antes, durante y después); definición de vulnerabilidad y esbozos de su caracterización, principalmente; y en algunos otros casos, la gradual incorporación de las nuevas tecnologías de la comunicación (correos digitales y redes sociales). Empero, no se hallaron, de forma

relevante, espacios o canales de comunicación interactivos que posibiliten una comunicación en doble vía, en los que se pueda incluso discutir sobre saberes, necesidades y prioridades relacionadas con esa información. Inclusive, como ya se expresó, las piezas suelen ser enviadas desde Bogotá, por lo que las situaciones, los lenguajes y las alternativas de solución descontextualizadas, y de bajo impacto comunitario, son la regla.

Finalmente, es esencial que valoraciones, sensibilidades, compromisos institucionales, demandas y respuestas sociales configuren la base para los procesos de gestión social del riesgo; todo ello en pro de que estos generen mayores condiciones de seguridad territorial y conduzcan a construir tanto una consciencia como una ética del riesgo. De este modo, sería posible llegar a una definición conceptual y operativa de un nivel de riesgo aceptable, que además de convertirse en referente para la formulación de política pública, sea estandarte para las comunidades –para su defensa y seguridad territorial– ante aquellos agentes estructuralmente generadores de vulnerabilidad.

Segunda parte

Estrategias comunicativas para la gestión
del riesgo. Una propuesta pedagógica



Introducción⁴

Este documento complementa la primera sección “Del desastre a la gestión territorial del riesgo en el Valle del Cauca. Una evaluación crítica de las estrategias comunicativas”, debido a que hacen parte de la misma investigación. Allí se realizó un análisis crítico de las estrategias comunicativas utilizadas en el Valle del Cauca en seis municipios, mientras que, en este, alimentado por sus resultados, se proponen estrategias pedagógicas y comunicativas para la gestión del riesgo. De tal forma que, si se quiere tener una visión más integral del asunto, se recomienda leer los dos; empero, cada uno de ellos es autónomo y puede ser abordado de forma aislada.

Los talleres realizados fueron convocados por las autoridades municipales, a través de los consejos de gestión del riesgo de los municipios de Yumbo, Ansermanuevo, Buenaventura, Sevilla, Jamundí y Buga. Desafortunadamente, estos tuvieron dificultades en su realización, en primer lugar, por la ocurrencia del periodo invernal que frustró, en tres ocasiones, la realización de talleres programados con semanas de antelación (en ese momento, las oficinas municipales de gestión del riesgo se dedicaron a atender las situaciones de emergencia presentadas). En segundo lugar, la falta de interés sobre la temática, incluso de parte de las autoridades municipales, hizo que en dos ocasiones no llegara público suficiente para la realización de los talleres; y, por último, algunos problemas de orden público impidieron que se llevara a cabo uno de ellos. De los seis talleres propuestos, se hicieron cuatro en los municipios de Sevilla, Jamundí y Cali.

En los dos primeros, se ejecutó uno por municipio, y en Cali se hicieron dos. A los otros municipios se asistió con todo el equipo de trabajo (uno se visitó en dos ocasiones y los otros en una sola), mas no fue posible, como se expresó, realizar los talleres. Sin embargo, el objetivo de validar el taller como estrategia pedagógica y el fanzine como estrategia comunicativa se logró completamente. Los cuatro talleres desarrollados permitieron, por su diversidad y asistencia, corroborar suficientemente los aportes de uno y otro en la comunicación y gestión del riesgo.

4. Una primera versión se publicó en el artículo “El fanzine y la comunicación del riesgo: una propuesta para el Valle del Cauca, Colombia” de la *Revista de Estudios Latinoamericanos sobre Reducción del Riesgo de Desastres* (<https://doi.org/10.55467/reder.v2i1.11>) y, luego, se amplió.

El presente documento está estructurado en cuatro apartes centrales cuyos títulos son: “La comunicación del riesgo”; “El taller como estrategia pedagógica para la comunicación del riesgo”; “El fanzine como herramienta para la comunicación social del riesgo”; y “Los talleres para la comunicación del riesgo en el Valle del Cauca. Una interpretación y valoración”. En la primera parte se propone una reflexión teórico-conceptual sobre los elementos que definen la comunicación del riesgo y el significado e impacto social y cultural que adquiere su descodificación. Este concepto se entiende como un proceso complejo de reconocimiento, visibilización y validación social de conceptos, intenciones y percepciones que definen el pensamiento y la acción sobre el riesgo y sus componentes.

En cuanto al taller como estrategia pedagógica para la comunicación del riesgo, es posible expresar que esta herramienta permite contextualizar y resignificar el conocimiento cotidiano para la identificación de situaciones de amenazas, vulnerabilidades y riesgos, así como reconocer y potenciar las capacidades, individuales y colectivas, para su gestión; todo ello debe darse en un ambiente pedagógico que propicie un aprendizaje significativo y con profundo sentido social y contextual. En el siguiente apartado, que corresponde a la tercera parte, se evidencia cómo las cualidades y características del fanzine se ajustan, a la perfección, al objetivo de una herramienta con sentido social; es fácil de construir y reproducir, y cuenta con un lenguaje lo suficientemente sugestivo como para canalizar la atención de aquellos que lo tengan en su poder. Este formato, sin duda, posibilita lenguajes renovados sobre la gestión municipal del riesgo.

Finalmente, en el último apartado se presenta la experiencia de los talleres realizados y se hace una evaluación de sus resultados, con base en tres de ellos. Allí se aprecia que la relación entre el taller y el fanzine tiene fortalezas considerables para la comunicación y gestión del riesgo. Las limitaciones o dificultades que pudieran llegar a presentarse son menores y en nada niegan su aplicación.

Para el grupo de investigación Armero 85, esta propuesta se convierte en un reto y demanda permanente, ya que es bastante complejo lograr hacer gestión del riesgo sin una propuesta pedagógica y una herramienta comunicativa que la favorezca.

La comunicación del riesgo

La comunicación del riesgo es un elemento poco desarrollado tanto en la normativa colombiana como en la academia. La alusión más directa a este concepto se encuentra en la Ley 1523 de 2012, allí se definió el conocimiento del riesgo como

El proceso de la gestión del riesgo compuesto por la identificación de escenarios de riesgo, el análisis y evaluación del riesgo, el monitoreo y seguimiento del riesgo y sus componentes y la comunicación para promover una mayor conciencia del mismo que alimenta los procesos de reducción del riesgo y de manejo de desastre. (art. 4)

A partir de allí, cabe preguntarse *¿qué es una comunicación para promover una mayor conciencia del riesgo, que alimente los procesos de reducción de este y del manejo de desastres? Y en ese contexto, ¿qué sería una comunicación del riesgo?, ¿qué objetivos y alcances tendría?, ¿cómo se implementaría?, ¿a quiénes involucraría?* Aparentemente, estas preguntas tienen obvias respuestas, pero envuelven una enorme complejidad, debido a que la comunicación del riesgo es mucho más que informar a las comunidades –por parte de las autoridades competentes– sobre los riesgos inminentes a los que están expuestas, y lo que eventualmente deben hacer para reducirlos o ponerse a salvo.

En ello radica la primera característica que es importante tener presente: comunicar es diferente a informar; informar se trata de un proceso unidireccional, unilateral, que asume al receptor de un mensaje como sujeto pasivo (cuasiobjeto), quien, bajo un mecanismo de causa-efecto, dispara una reacción en función del mensaje recibido. En cambio, comunicar implica una construcción conjunta de mensajes, en doble vía, en donde las interacciones permanentes entre emisor-receptor generan constantes intercambios de sus roles y una reconfiguración continua de los mensajes.

Asimismo, las singularidades del mundo contemporáneo han generado una presencia casi indeleble del riesgo como su sello particular. Situaciones como el deterioro ambiental; la aplicación militar y civil de energía nuclear; el uso desbordado de químicos y sustancias artificiales en alimentos procesados; las armas químicas y neurológicas; la manipulación genética de cultivos; la ocupación generalizada de áreas inundables, zonas de laderas y sísmicas; la exclusión, segregación y marginalidad urbana, entre otros, lo propician constantemente. Inclusive, varios de estos, tal vez la mayoría, participan en la configuración

de riesgos silenciosos, no percibidos ni asumidos, pero reales, globales y sistémicos; no importa dónde se esté o qué se haga, si se está sobre la superficie del planeta, de manera automática se está expuesto y en cierta condición de vulnerabilidad, sin saberlo siquiera, a algunas de esas amenazas.

En este punto surge un segundo elemento de gran relevancia, la comunicación del riesgo debe favorecer mayores niveles de consciencia social y política sobre los riesgos, además de una mayor simetría en la distribución global del riesgo. Pero ¿es esto último posible?, ¿las ideas y supuestos tienen la capacidad de transformar la realidad? Si se reconoce la génesis y el carácter social y político de los riesgos –en tanto interacción naturaleza-sociedad–, al promover más consciencia sobre los factores genuinos de vulnerabilidad, en el sector público y privado, y en la sociedad sobre el comportamiento especial de ello, se esperaría que aquellas comunidades más expuestas le demanden a los agentes del poder económico y político, con más exigencia, un mayor nivel de información sobre sus acciones; a su vez, esperarán una coherencia entre los costos generados por estas y los beneficios reportados localmente. De este modo, se podría dar una redistribución de los agentes generadores de vulnerabilidad y, por consiguiente, del riesgo. Es así como la relación entre comunicación, conocimiento, consciencia, ética y gestión del riesgo se hace patente.

Como se ha indicado, al ser la comunicación del riesgo un complejo proceso de reconocimiento, visibilización y configuración de conceptos, intenciones, percepciones, reglas e incluso situaciones en las que se construye pensamiento y acción sobre el riesgo (sus componentes e impacto social y político), es claro que

La comunicación hace visible (o invisible) el riesgo, sirve para poner en común las diferentes definiciones y hacer públicas las políticas y las decisiones tomadas. Más aún, las comunidades de riesgo han de poner el acento en comunicar sus intenciones, en explicarse para justificar sus acciones, y en intentar acercar la visión del resto de actores a la suya sobre la definición del riesgo, su aceptación y las medidas de control a adoptar. La comunicación como eje vertebrador puede ser clave a la hora de entender los procesos de circulación de los discursos de las diferentes comunidades de riesgo. (Gonzalo y Farré, 2011, p. 68)

Al referirse a la teoría del riesgo, Böholm y Corvellec (2010) argumentaron que este concepto es una creación semántica que ocurre en el contexto de la comunicación, y que la comunicación eficaz del riesgo depende de la comprensión de la dinámica de los objetos en riesgo y de sus relaciones. Con ello, se puede entrever que la comunicación no está escindida de la visibilización del riesgo, ni de su percepción social, de las redes que se tejen alrededor de dicho concepto, de la gestión de la confianza como hecho institucional y social, y tampoco de la regulación que se produzca como producto de todas las anteriores.

Por ende, la comunicación del riesgo, más que una herramienta al servicio de la información del establecimiento, debe permitir la creación de espacios, mecanismos e instrumentos permanentes de interacción y retroalimentación; todo ello debería ocurrir entre los distintos niveles de la realidad que establece la sociedad del riesgo, así como su gestión social y, por ello, no puede considerarse independiente, externa, o únicamente producto final del proceso instrumental de la gestión del riesgo. Este proceso comunicativo debe contemplar las esferas políticas, técnica y social como fuentes poderosas en los procesos de definición, significación y gestión del riesgo.

Ahora bien, desde lo político, la decisión sobre qué se comunica, quién lo comunica y cuándo se comunica, trata de conservar una unidad en la información que se divulga y, a través de ello, mantener el control sobre lo informado y la situación en sí misma. En la dimensión técnica, la teoría del riesgo construye los paradigmas que definen respuestas y preguntas válidas para la comunidad científica; asimismo, como conocimiento-poder codifica el marco jurídico y operativo de los niveles locales. En ese contexto, no hay que olvidar que el riesgo de la sociedad global está lleno de secretos, incertidumbres y falacias que expresan intereses económicos y políticos particulares y que, contradictoriamente, al buscar minimizar la percepción del riesgo ocultando información, no se hace más que incrementarlo. Por último, desde lo social, la comunicación del riesgo debe incidir en una mayor percepción del riesgo y promover una construcción de consciencia y ética del riesgo.

Igualmente, es clave considerar los objetivos y acciones de la comunicación del riesgo, en función de los momentos y tiempos de la gestión de esas amenazas. La Figura 28 sintetiza este escenario, pues allí se aprecia que la comunicación es permanente, pero diferenciada, según los objetivos y alcances de las actuaciones. En el antes se debe mantener la atención de todos los sectores alrededor de las acciones a ejecutar para prevenir y mitigar, como condición inherente a la gestión. En el durante –es decir, cuando se está en la situación de crisis–, se busca que la comunicación logre el objetivo fundamental de calmar a la población, reducir sus impactos emocionales y sociales, apoyar las actividades de los cuerpos de socorro y favorecer el mantenimiento de la cohesión social en medio de la incertidumbre; por lo tanto, habría que informar clara y permanentemente a la población, definir responsabilidades según los protocolos, escuchar sus necesidades, y estar dispuesto a apoyar las labores de los cuerpos especializados. Por último, en el después, la comunicación tiene que potenciar los procesos de resiliencia social y ajuste económico que se requieran, rehabilitar y reconstruir la materialidad, así como rehacer y resignificar lo intangible; dichos procesos son los objetivos centrales de ese momento.

Figura 28

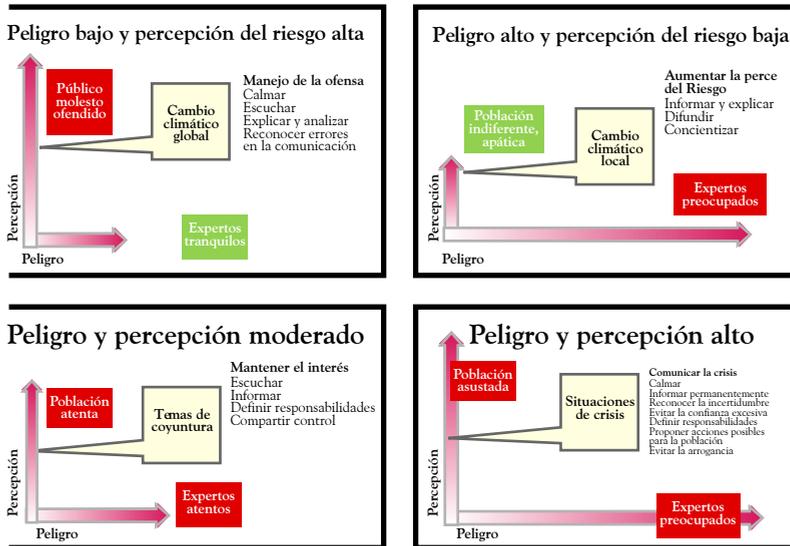
Objetivos de la comunicación del riesgo según momentos de la gestión



En este marco de acciones, es esencial recordar aquello que se ha denominado como los sesgos en la percepción del riesgo (Martínez, s.f.; Perloff, 1987; Sandman, 2003), pues estos exigen objetivos y estrategias comunicativas diferentes. El sesgo optimista, aquel que minimiza el riesgo, requiere que la comunicación hacia el público informe, explique y concientice; en otras palabras, que alerte sobre la probabilidad de ocurrencia y daño que un evento destructivo podría generar, y con ello, aumentar su percepción. El sesgo pesimista, encargado de maximizar el riesgo, demanda que la comunicación entre el sector técnico y la comunidad esté basada en acciones como calmar, escuchar, explicar, analizar y reconocer errores del proceso; dicho de otro modo, se trata de manejar la ofensa. Ambos sesgos se pueden presentar en cualquiera de los momentos de la gestión y están vinculados con la percepción que se tenga de él.

Teniendo en cuenta estos planteamientos, es oportuno nombrar la propuesta de Sandman (2003), quien correlacionó el nivel de molestia del público con el conocimiento-percepción de la amenaza que tienen los expertos. Se puede decir que la comunicación del riesgo pretende, en estos casos, equilibrar estas variables para generar respuestas propicias en el público que faciliten la gestión del riesgo (Figura 29). Cuando los expertos reconocen como bajo el nivel de peligro, pero la percepción del público es alta, este último se sentirá ofendido, asustado e irascible; cabe recordar que la función de la comunicación es el manejo de la ofensa, lo cual implica atenuar su percepción, con base en información clara y precisa. Es el caso particular del cambio climático global, pues la percepción desbordada del público frente a los impactos del proceso contrasta significativamente con la de un grupo no reducido de expertos, quienes ponen en tela de juicio la magnitud del evento y su génesis.

Figura 29
Percepción y comunicación del riesgo



Nota. Elaboración propia a partir de “Four kinds of risk communication”, por P. Sandman, 2003, *The Synergist: Journal of the American Industrial Hygiene Association*, 26-27.

Como se observa en la Figura 29, la respuesta de la población es indiferente y apática cuando su percepción del peligro es baja; así, si esta se presenta cuando los expertos reconocen una verdadera amenaza, el objetivo de la comunicación sería aumentar los niveles de conciencia frente a la exposición y vulnerabilidad que se tiene y, en consecuencia, la percepción del riesgo, sin causar alarma en la comunidad —en este caso la comunicación debe centrarse en informar y explicar—. El cambio climático local es evidencia de esta circunstancia, debido a que el público minimiza, transfiere o incluso niega sus niveles de responsabilidad respecto al deterioro local producido por aquellos agentes que modifican negativamente el clima, mientras que los expertos llaman la atención sobre el papel que desempeñan las actividades locales frente a ello, y sus impactos a nivel local y regional.

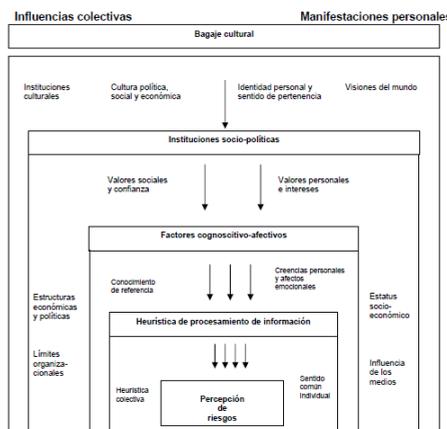
En otro escenario, cuando el nivel de percepción de la comunidad sobre el peligro es moderado, y este coincide con la valoración de los expertos, la comunicación del riesgo debe mantener la atención y el interés de la comunidad acerca de los agentes y factores amenazantes, y de sus niveles de exposición y vulnerabilidad. La estrategia que se aplica en ese caso es escuchar, informar y compartir el control con todos los agentes sociales, para construir autorregulaciones que no generen sesgos optimistas o pesimistas. Los temas de coyuntura

que se erigen como preocupaciones propias de la salud pública (por ejemplo, las pandemias) entrarían en ese nivel.

En el caso específico de las situaciones de crisis, en donde los niveles reales son altos –según el concepto de los expertos y la percepción del peligro de parte del público–, sin duda, se debe comunicar la crisis. Los principales mensajes tendrá estos fines: calmar e informar permanentemente; reconocer la incertidumbre inmersa en la situación (que no implica siempre no tener o perder el control); evitar la confianza excesiva; definir las responsabilidades que todos los miembros de la sociedad tienen para contener los impactos y evitar el escalamiento de la situación; proponer acciones racionales y posibles de ejecutar por parte de la población; y evitar posturas arrogantes que distancien al público de los expertos o de quienes toman las decisiones. Este es el caso típico de desarrollo y atención de situaciones de desastres de diversa índole.

Dada la estrecha correlación entre la percepción y comunicación del riesgo, es pertinente apoyarse también en los trabajos de Renn y Rohrman (2000), quienes desarrollaron un marco conceptual de los factores que inciden en la percepción del riesgo (Figura 30). Estos autores establecieron una estructura de cuatro niveles contextuales: heurística general, factores cognitivo-afectivos, entorno político-social y antecedentes culturales; cada uno representa subestructuras de influencias individuales y colectivas. Sin duda, estos cuatro niveles de factores son clave para tener una mejor comprensión de la percepción del riesgo.

Figura 30
Cuatro niveles contextuales en la percepción de riesgos



Fuente: Renn y Rohrman 2000.

Nota. Adaptado de “Cross-Cultural Risk Perception: State and Challenges” (p. 221), por O. Renn y B. Rohrman, 2000, en O. Reen y B. Rohrman (Eds.), *Cross-Cultural Risk Perception. Technology, Risk, and Society*. Springer.

El primer nivel está definido por la heurística individual y colectiva, utilizada por individuos y grupos para elaborar juicios sobre los riesgos. Desde la perspectiva de Lakatos (1989), la heurística establece un conjunto de pautas metodológicas que definen el proceder de los individuos y los problemas que deben evitarse al generar soluciones y elaborar hipótesis. De ese modo, sentimientos o sensaciones como temor, daño potencial, daño perceptible, o controlabilidad de situaciones –incluidos en el concepto genérico de riesgo–, se internalizan a través de la praxis cultural y social, e inciden en la valoración perceptual de los riesgos, calificándolos como insignificantes, serios o inaceptables. Renn (1990a, 1990b) y Rohrmann (1999) aportaron datos empíricos sobre ello, en estudios realizados en Estados Unidos, Canadá, Alemania, Francia, Austria, Japón y Australia.

El segundo nivel se refiere a los factores cognitivos y afectivos que influyen en el proceso de percepción (directa e indirecta), a través de la asignación de pesos particulares que el sujeto le otorga a la heurística. De hecho, lo que la gente cree que es cierto acerca de un riesgo, pasa por la evaluación (consciente o intuitiva), de ese conocimiento, y por el tamizaje de los referentes perceptuales y afectivos previos. Rohrmann (1999) y Sjöberg (1997) demostraron que los sentimientos emocionales sobre los generadores de riesgo influyen en las evaluaciones de riesgo e inciden en la importancia asignada al daño potencial que se podría sufrir. Asimismo, algunos trabajos sobre la percepción de los riesgos tecnológicos evidenciaron que los factores emocionales y cognitivos están relacionados mutuamente, no obstante, persiste la duda sobre su relación causal (Kals *et al.*, 1999); en especial, si las creencias cognitivas activan las respuestas emocionales respectivas o si los iniciales impulsos emocionales construyen argumentos que apoyen la postura emocional del individuo.

Lo cierto es que, tanto los elementos cognitivos, como los afectivos, influyen en la percepción del riesgo y requieren ser reconocidos y abordados al comunicarse con el público en general o con grupos específicos. La comunicación del riesgo no puede ser efectiva sin una comprensión integral sobre cómo los individuos perciben, sienten, ponderan y evalúan los riesgos, y cuáles son los factores que determinan la variación, sujeto a sujeto, comunidad por comunidad, de la percepción del riesgo.

Por su parte, el tercer nivel está referido al marco social y político en el que el individuo o ciertos grupos están insertos; en ese panorama, es posible identificar las siguientes características de las instituciones públicas y privadas, las cuales inciden en la percepción del riesgo individual y social: el nivel de confianza que las instituciones generan; los valores y compromisos sociales que propician y asumen; la complejidad de sus estructuras; las limitaciones organizativas propias y el estatus socioeconómico que le posibilitan o crean a cada individuo. Confianza, estatus y valores son los elementos clave que se generan en este nivel. Cabe agregar que una variable relevante en la evaluación del

riesgo es la percepción de equidad y justicia en el proceso de asignación de beneficios y riesgos, los cuales se determinan para diferentes individuos y grupos sociales (Kals *et al.*, 1999; Linnerooth-Bayer y Fitzgerald, 1996). Las variables sociopolíticas, sin duda alguna, desempeñan un papel importante en la configuración de las respuestas individuales y sociales ante el riesgo “público”, y en la construcción de los debates sobre el riesgo.

La cobertura mediática de la prensa también parece contribuir sustancialmente a la percepción de riesgo de una persona; muchas veces, a partir de dicha herramienta se establece el nivel del daño sufrido por las personas y la propiedad. Sin embargo, Coleman (1993) y Peters (1986) no estaban de acuerdo del todo con este hecho, pues manifestaron que las personas seleccionan elementos de los informes de los medios de comunicación, y utilizan su propio marco de referencia para crear entendimiento y significado. Definitivamente, sería ideal hacer mayores indagaciones al respecto, para establecer de forma concluyente una u otra situación, en especial, para las sociedades propias de estas latitudes.

El último nivel, propuesto por Renn y Rohrman (2000), se refiere a los factores culturales que gobiernan o codeterminan los niveles inferiores. A partir de sus análisis, Luhmann (1990), Giddens (1990) y Beck (2008) concluyeron que, en un entorno social en el que la experiencia personal se construye, en gran medida, a partir de información de segunda mano, la confianza es un requisito previo esencial para la comunicación y la coordinación social; esta confianza puede ser destruida con facilidad por desastres no previsibles, o abusada, cuando se relacionan los eventos al azar como explicaciones o excusas para los errores, negligencias o excesos cometidos en la gestión del riesgo. Es por ello que la confianza está constantemente en juego en las respuestas institucionales al riesgo.

Cabe tener presente que “la ambigüedad en la asignación de causalidad o culpa a diversos actores (incluyendo la naturaleza o Dios), hace que el riesgo sea un problema ideal para las maniobras políticas” (Renn y Rohrman 2000, p. 223). Los actores políticamente involucrados en el tema pueden movilizar el apoyo público culpando y responsabilizando a otros actores, distrayendo el juicio de responsabilidades o canalizando a su favor las circunstancias propias del evento, con lo cual ganarían réditos políticos. “Ellos saben que la naturaleza probabilística del riesgo impide que cualquiera de los actores demuestre evidencia inequívoca de que sus evaluaciones son correctas y de que las evaluaciones competitivas están equivocadas” (Renn y Rohrman, 2000, p. 223). De hecho, recientes evidencias documentales demuestran que existe una tendencia, casi universal, hacia la erosión de la confianza; esto sucede incluso en las sociedades tradicionales de alta confianza, cuando se trata de tecnologías de alto riesgo como la energía nuclear o la ingeniería genética.

En consecuencia, el conocimiento basado en percepciones individuales del riesgo no puede traducirse, de forma lineal y mecánica, en políticas públicas

para la gestión del riesgo; si las percepciones se basan parcialmente en sesgos, deformaciones o ignorancias, no parece prudente usarlas así, sin filtro alguno, como decisores para la reducción del riesgo. Además, si las percepciones de riesgo varían entre individuos y grupos, ¿cuáles son las percepciones que deben usarse para tomar decisiones sobre el riesgo y cuáles no? (Renn y Rohrman, 2000). Aunque estas percepciones reflejan en buena medida las preocupaciones reales de la gente, no por ello son del todo objetivas, e incluyen los efectos indeseables que los análisis “técnicos” de riesgo, a menudo, pierden o niegan.

Por ello, este último nivel, el de la teoría del riesgo, recogido en las distintas visiones del mundo y las disciplinas, así como en las condiciones sociales, políticas, culturales e institucionales de las sociedades, aporta luces para estos cuestionamientos; es desde ahí que las valoraciones individuales –que pasan por discusiones y validaciones académicas y científicas, y por significaciones culturales, políticas y normativas– se tornan colectivas y posibilitan, a modo de hipótesis, formular políticas para la gestión del riesgo. La comunicación del riesgo, por su parte, tiene un papel esencial en la estructuración de los paradigmas científicos de dicha teoría y en la construcción de condiciones sociales que les den valor, significado y significancia a estos, y que posibiliten una mayor equidad en la distribución social del riesgo y de las capacidades para la gestión.

En síntesis, siguiendo la propuesta de Renn y Rohrman (2000), es importante tener en cuenta los niveles de construcción y actuación del riesgo, a partir de una escala global a la local y viceversa. Desde lo global, factores económicos, políticos y culturales (incluida la sociedad del conocimiento) definen no solo una emergencia sistémica y universal del riesgo, sino las concepciones de este concepto que, a través de las teorías del riesgo y de la comunicación, inciden de forma descendente en la definición de políticas e instituciones que buscan reducirlo, y en las estrategias de adaptación. A su vez, los márgenes de maniobra y de percepción se hacen más difusos a medida que se toma distancia de lo local, debido a la condición indefinida, imprecisa y deslocalizada de la amenaza.

Un riesgo claramente percibido impele, como mecanismo de protección, una serie de respuestas calculadas que reduzcan el nivel de daño que el individuo no está dispuesto a asumir, en su eventual ocurrencia. A medida que la percepción se hace más consciente, el nivel de tolerancia se reduce, el cálculo de pérdida se agudiza y su aceptabilidad como un hecho inminente también disminuye. Por tanto, este es un elemento que debe valorarse, en su justa medida, en los procesos de gestión del riesgo.

Es evidente que las ciencias sociales y de la comunicación todavía tienen mucho que indagar y validar sobre los temas de la percepción del riesgo y su comunicación. Sin embargo, es clarísimo que, si los enfoques provenientes de áreas como la psicología, sociología, geografía, politología, antropología y comunicación se consideraran juntos, en lugar de abordarse desde perspectivas aisladas, propor-

cionarían una amplia gama de conocimientos teóricos y de resultados empíricos que podrían ayudar a los investigadores del riesgo a comprender mejor las percepciones, valoraciones y respuestas individuales y colectivas a las situaciones de riesgo. Con base en ellas, diseñarían las mejores alternativas para reducir sus vulnerabilidades; ayudarían a los tomadores de decisiones a implementar medidas con mayor probabilidad de aceptación —y de más alta eficacia social y política—; y a los comunicadores del riesgo les permitirían entender, en mejor medida, las demandas y preocupaciones del público, así como las claves para construir los mensajes más acertados, en función de cada circunstancia.

En suma, la comunicación desempeña un papel esencial en la gestión del riesgo, en tanto construye conceptos, realidades y posibilidades de actuación en los distintos niveles en los que opera la realidad (desde lo global a lo local y viceversa). Además, debe permitir la puesta en común de la mirada de las instituciones, los expertos y el público en general, alrededor de las diversas situaciones que se den; de esta manera, es posible definir canales de múltiples entradas que permitan una construcción dialógica en donde se minimicen los sesgos por el control de la información. Este proceso exige, de parte de los expertos en el tema de la comunicación, inmensos niveles de responsabilidad social frente a qué, cómo y cuándo se comunica, más allá de los intereses de *rating* que los puedan movilizar.

En esa medida, la comunicación del riesgo debe asumirse como un pilar en la construcción de una gobernanza del riesgo. Es justo ahí, en esa gobernanza, en donde los principios de transparencia y rendición de cuentas han de trascender la política pública e incorporarse como exigencias a empresas multinacionales y a agentes generadores de riesgo; a su vez, los canales de comunicación tendrían que ser su medio de difusión y control social. Por tanto, la comunicación del riesgo para la gobernanza de este debe permitir, a través de su actuación, reducir los niveles de incertidumbre, propiciar un aumento de la participación en la toma de decisiones, potenciar procesos eficientes y racionales de autorregulación, y la posibilidad de ser agente de procesos democráticos.

Como se ve, no se trata simplemente de informar sobre alarmas tempranas, procesos de reubicación o restricciones de ocupación y uso del suelo. Sin embargo, el objetivo de la comunicación de riesgos no debe ser inducir a la comunidad a aceptar lo que el comunicador cree que es mejor para ella. Un programa de comunicación ideal ha de propiciar la formación de sujetos activos, capaces de valorar la información disponible, para así formar juicios bien equilibrados, de acuerdo con la evidencia de los hechos, el peso de los argumentos y sus propias necesidades, intereses y expectativas. El objetivo final de la comunicación de los riesgos es reconciliar la experiencia, los intereses y las preferencias públicas, con las realidades políticas e institucionales de la sociedad, para contribuir a la construcción de comunidades más informadas y conscientes, y promover situaciones territoriales más equitativas y seguras.

El taller como estrategia pedagógica para la comunicación del riesgo

La discusión del capítulo anterior conlleva la siguiente pregunta: ¿cuál es la estrategia más acertada para trabajar con las comunidades la comunicación del riesgo? La práctica muestra que los gestores del riesgo utilizan conferencias, afiches divulgativos, carteleras de opinión, cartillas pedagógicas, guías técnicas, talleres, paneles de expertos, entre otras herramientas. Cada una de ellas tiene objetivos, alcances y estrategias pedagógicas y comunicativas distintas, incluso, estas también deben ajustarse en función del público destinatario.

No obstante, la comunicación del riesgo exige una estrategia pedagógica que potencie el trabajo en equipo, el desarrollo de la creatividad, la construcción y apropiación de constructos, la recreación y significación de experiencias previas de los sujetos, y la valoración de lo cotidiano como posibilidad de aprendizaje. La combinación de estos elementos hará que la comunicación no se entienda, equívocamente, como información, sino como un proceso activo, abierto y en permanente construcción. Precisamente, el taller posibilita ese escenario, y permite, en el caso particular de la gestión del riesgo, contextualizar y resignificar el conocimiento cotidiano para la identificación de situaciones de amenaza, vulnerabilidad y riesgo, así como las potencialidades y capacidades (individuales y colectivas) para su gestión; además, posibilita descubrir y dimensionar los diferentes niveles de responsabilidad y corresponsabilidad que los diversos actores tienen en los escenarios descritos, en medio de un entorno pedagógico cocreativo, colaborativo y lúdico que propicia un aprendizaje significativo.

Los orígenes del taller se remontan a la Edad Media. En ese entonces, los maestros compartían, en un espacio de aprendizaje, sus conocimientos con los aprendices que buscaban alcanzar la experticia; dicho espacio estaba ligado de forma exclusiva con “oficios viles” y mecánicos, e incluso fue menospreciado durante mucho tiempo. El siglo XIX lo dignificó a través de su aplicación en las artes, y los grandes maestros lo usaron como espacio de creación artística; posteriormente, en el siglo XX, se resignificó como un espacio intelectual y pedagógico que hace posible la construcción colectiva de elaboraciones teóricas, de aplicaciones metodológicas, y, también, de validación de procesos de enseñanza-aprendizaje.

El taller permite poner sobre una balanza la creatividad y el método, el pensamiento y la acción, lo individual y lo colectivo, la experiencia y la vitalidad, mientras se enriquece la construcción de saberes que, desde distintos puntos de vista, entran en interacción y ayudan a elaborar un contexto de los conocimientos previos o cotidianos, así como lenguajes renovados. Igualmente, a través de un taller se descubren novedades en lo cotidiano, se adquieren nuevos juicios, se elaboran y contrastan raciocinios, se descubren y desarrollan destrezas, y se construyen respuestas a los problemas viejos o a los recientemente descubiertos, por medio de la interacción con otros.

La dinámica del mundo contemporáneo y la emergencia, cada vez más rápida, compleja y generalizada de amenazas y riesgos, obliga a que los saberes construidos localmente se constituyan como un producto social, insumo para el conocimiento y comprensión del territorio, y para la gestión del riesgo. En ese sentido, se necesita que la teoría y la práctica puedan interrelacionarse en los momentos de construcción participativa de los planes comunitarios de gestión del riesgo. Retomando los trabajos de Thomas y Muñoz (2012), Ander-Egg (1999) y Maya (2007), es posible formular una serie de principios pedagógicos del taller que lo validan como estrategia pedagógica para la comunicación del riesgo:

- *Democratiza las relaciones pedagógicas.* A pesar de haber un “maestro”, el aprendizaje no se centra en él ni en los “aprendices”, sino en las relaciones establecidas entre todos sus integrantes; de ese modo, adquieren importancia tanto los resultados como los procesos involucrados. La permanente interacción entre los participantes posibilita la emergencia de procedimientos deconstructivos y reconstructivos de conceptos y de procesos. Esto propicia entre todos sus integrantes, más allá de sus roles particulares, relaciones horizontales, y establece unas condiciones favorables para el intercambio de experiencias y saberes. Reconociendo las especificidades de cada uno de ellos, el taller hace posible la construcción de simetrías comunicativas, cognitivas, experienciales y personales.
- *Unifica la teoría y la práctica.* La construcción de saberes va de la teoría a la práctica y viceversa, entendidas como vías complementarias de un mismo proceso; el primer camino define referentes teóricos y metodológicos que fundamentan los procedimientos y les dan validez a los resultados, mientras que la vía práctico-teórica convalida esta última en su capacidad de dar respuesta a situaciones reales y particulares, y de formular nuevos postulados, a partir del análisis de los resultados hallados en la práctica. El taller puede tomar como punto de partida cualquiera de las dos vías, y los resultados, aunque en apariencia distintos, serán sustantivamente iguales, dado que el taller incorpora de forma integral teoría y práctica, y la diferencia radica en la apuesta didáctica en particular. En suma, teoría y práctica se comportan como complementarios; facultan la construcción

de situaciones reales que incorporan fundamentos teóricos; y propician reflexiones con principios de realidad claros, plausibles, y con significado social y contextual.

- *Propicia la creatividad.* La metodología del taller posibilita la implementación de diversas estrategias y recursos pedagógicos y didácticos que, centrados en el constructivismo, recogen las experiencias y saberes previos de sus participantes. Asimismo, como quiera que las situaciones construidas son múltiples y diversas, se potencian las propuestas y soluciones creativas, y no solo instrumentales. La elaboración continua de preguntas lleva a la búsqueda permanente de respuestas, unas y otras están tanto en los sujetos participantes, como en las interacciones del colectivo; este grupo de personas, en un espacio eufórico, pone sobre la mesa la creatividad y la originalidad, elementos esenciales en la creación de nuevas asociaciones de pensamiento y de acción, en el proceso de confrontación de situaciones y en la solución original de problemas.
- *Desarrolla la autonomía y el liderazgo.* El desarrollo de los talleres propicia el liderazgo y la autonomía, sin desmedro de la participación y la construcción colectiva. La orientación de un experto es el punto de partida en la formulación de los objetivos y recursos propios que permitirán identificar problemas del entorno inmediato, así como alternativas de solución; empero, este actúa como facilitador de los procesos comunicativos, sensoriales, cognitivos o motrices, y no como punto de partida y llegada del proceso. El trabajo individual, autónomo y creativo, se complementa y resignifica con y en el colectivo. Así, el liderazgo emerge no como imposición en la organización jerárquica de tareas, sino como fruto de la interacción colectiva, y en medio del reconocimiento social de capacidades y potencialidades individuales.
- *Recupera la cotidianidad.* El taller incorpora preconceptos, conceptos y experiencias vividas, en igualdad de importancia, pero con diferente significado, condiciones y alcances. Unos y otros dan razón de la cotidianidad como condición de la realidad. En este contexto, cultura, sociedad, naturaleza y conocimiento se entrecruzan para interpretar circunstancias, y configurar respuestas tentativas a las condiciones dinámicas del entorno inmediato y del mundo referente. Lo vivido por el sujeto en su experiencia cotidiana se convierte, en el desarrollo del taller, en conocimiento con sentido y significancia; las vivencias cotidianas, cognitivas, motrices, sociales y culturales, inciden de forma superlativa en la construcción de visiones e interpretaciones de la realidad, y son la materia prima para la elaboración de situaciones de trabajo conjunto en el taller.
- *Se aprende en contexto.* La contextualización y significación del conocimiento favorece su apropiación e interiorización, lo cual deviene en habilidades y competencias para observar, conceptuar y proponer. Sin embargo,

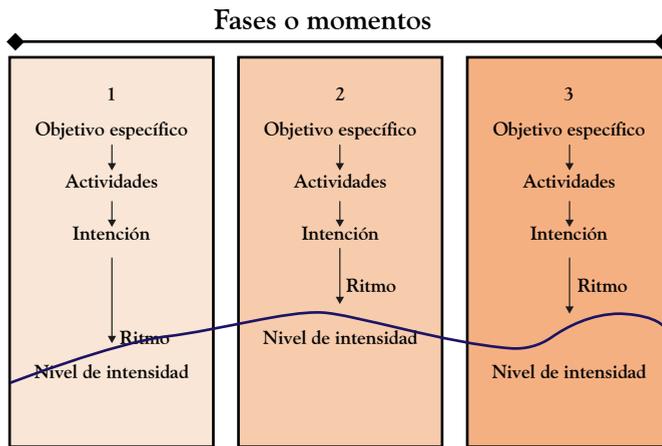
su objetivo final no es dar resultados acabados, monolíticos o verdades absolutas, sino dejar abiertas las posibilidades de hacer, a partir de nuevas situaciones e instrumentos dados. El aprender a aprender adquiere mayor relevancia en el taller pedagógico, que el aprender haciendo del taller artesanal; se pretende, básicamente, que situaciones pedagógicas y construcciones teóricas deriven en el hacer pensando y en el pensar haciendo, dos nociones que materializan las necesidades de las comunidades contemporáneas, en especial cuando se trata de gestión del riesgo.

- *Da significado social al conocimiento.* Más importante que el conocimiento individual, aislado, o el *mío*, es el producido colectivamente, el *nuestro*, aquel que, al margen de roles o eventuales jerarquías, surge de la puesta en común. Nociones y conceptos se ponen al servicio del colectivo y adquieren significado y significancia al contrastarse con las realidades, necesidades y expectativas de los grupos, y en su capacidad misma de resolver sus problemas. El conocimiento que se construye, antes que poder –entendido como un instrumento de legitimación institucional y control social–, es un saber actuante y coherente de las comunidades, en sus contextos particulares; es un conocimiento emancipatorio, en la medida en que posibilita romper el tradicional esquema paternalista que define la relación entre el Estado central y las comunidades marginales, las más expuestas a situaciones de riesgos.
- *Potencia el pensamiento heurístico.* Las actividades desarrolladas en el marco del taller deben estar enfocadas en situaciones concretas de las comunidades participantes; además, su fin será buscar y construir alternativas de solución a sus problemas. La presentación y significación de experiencias, el desarrollo de habilidades y competencias, y la construcción de conceptos y saberes, se ponen de forma coherente y sistemática al servicio del grupo, al permitirles diseñar posibilidades de intervención y resolución de sus problemas, limitaciones y conflictos. Se trasciende, paulatinamente, de la experiencia individual a la colectiva, para construir medios, principios, reglas y estrategias que propicien la solución más eficaz y pertinente al problema que se confronta de manera colectiva.
- *Desarrolla la integralidad del sujeto y del conocimiento.* La naturaleza del taller implica, en su desarrollo, actividades cognitivas, motrices y psicosociales. Todos estos son campos de crecimiento del sujeto y todos, en mayor o menor medida, según cada individuo, intervienen no solo en su crecimiento intelectual, emocional y social, sino en la forma como este construye el conocimiento. Es por ello que el taller permite que sus participantes vivan el aprendizaje como seres íntegros –no solamente abordando lo cognitivo–, pues además de conceptos, se manifiestan y desarrollan habilidades, se dan a conocer experiencias de vida, y se confrontan y comparten emociones; estas posibilidades hacen que se vincule lo intelectual, emocional, motriz y

psicosocial, y así, surge una formación integral del individuo, sin menoscabo alguno de los componentes que definen la esencia de su ser.

Metodológicamente, los talleres pedagógicos requieren tener una estructura que defina con claridad la interrelación entre objetivos, fases, actividades, intenciones, tiempos y ritmos. Se propone, a continuación, una estructura que incorpora fases o momentos en los cuales se materializa o se hace operativo, a través de objetivos específicos, el sentido general u objetivo del taller (Figura 31). Cada una de estas fases cuenta también con una serie de actividades que incluyen labores motrices, cognitivas o psicosociales, con intencionalidades determinadas, que demandan cierta intensidad para garantizar el énfasis en la atención y las expectativas de los asistentes al taller. Intensidades y duraciones, unidas entre sí, establecen el ritmo general del taller, entendido como la simetría y armonía del movimiento (es decir, de las actividades) que establecen la dinámica del taller en su conjunto.

Figura 31
Estructura de los talleres pedagógicos



La Figura 31 ilustra esta situación, allí se aprecia que las llamadas fases están concatenadas entre sí, y las actividades están supeditadas a un objetivo específico o particular; es decir, el desarrollo de actividades en el taller no debe entenderse como un activismo: hacer por hacer o por mantener a los asistentes ocupados o activos *per se*, pues estas son un medio para alcanzar los objetivos propuestos. En efecto, la intención es concretar un acto determinado que se lleva a cabo en pos de lograr el objetivo específico, a través de las actividades implementadas. Por ejemplo, si un objetivo específico del taller fuera confrontar a los asistentes en una situación de riesgo, las actividades desarrolladas podrían ser: (i) sensibilización, (ii) salva tu vida y (iii) el desinformador, cada una de ellas establece con cierta lógica y coherencia unos pasos para recrear y

vivenciar colectivamente una situación potencial de riesgos. Allí cada actividad se formula con una intención específica, que en el caso propuesto podrían ser, respectivamente: (i) sensibilizar a los asistentes, (ii) tomar decisiones en situaciones de crisis y en estado de vulnerabilidad y (iii) criticar los medios de información y reflexionar sobre su papel en situaciones de crisis.

Un elemento que es importante tener presente en el diseño del taller, para definir unas condiciones que mantengan la atención focalizada y un equilibrio entre la tensión permanente y la relajación total, y entre las labores físicas, cognitivas y psicosociales desarrolladas, es su ritmo. Este concepto se define, como ya se expresó, por la secuencia de la intensidad que mantienen las distintas actividades. Para ello, se propone una matriz que contiene una valoración de las intensidades de las labores a desarrollar. Lo ideal es que la intensidad esté siempre alta, pero esta condición es bastante difícil de mantener de forma permanente durante el taller; por lo tanto, se debería procurar que, en ningún caso, cualquiera de ellas caiga al nivel bajo de intensidad.

Tabla 1
Valores de intensidades para las actividades del taller

Valoración	Labor física	Labor cognitiva	Labor psicosocial
1. Alta	Requiere de bastante movimiento corporal	Será necesario reconceptualizar en contexto	Se debe mostrar aptitud de liderazgo, mostrando y poniendo al servicio del colectivo, habilidades y destrezas propias
2. Media	Requiere de algún movimiento corporal	Se reflexiona sobre algunos conceptos abordados en otras actividades	Se participa activamente en algunas actividades, o esperar a que le indiquen que hacer
3. Baja	No requiere de movimiento corporal alguno	Hay poca o nula reflexión sobre el tema de convocatoria	Su participación en las diferentes actividades se limita a observar y, en pocos casos, a hacer lo que le designe

Igualmente, es preciso considerar que la cantidad de temas desarrollados en el taller no constituye un indicador válido para evaluar su pertinencia y eficacia; en cambio, se trata de la capacidad de asimilación, interiorización y apropiación de las situaciones construidas. Incluso, más allá de los resultados instrumentales obtenidos (productos concretos del taller), se busca que este pueda ser recreado y multiplicado por los asistentes, quienes, en su condición de líderes o gestores del riesgo, puedan aplicar bien sea el taller, algunas de sus actividades, los productos obtenidos o los aprendizajes logrados, en sus respectivas comunidades o en los contextos particulares en los que se desenvuelven.

Ese proceso involucra, por supuesto, la dificultad de identificar y aplicar los indicadores de medición que puedan validar los alcances logrados en el taller —una actividad de corta duración, pero que espera ser de alto impacto individual y colectivo—. Indicadores de los niveles de apropiación y del logro de los objetivos pueden ser el cambio de conductas, hábitos o patrones de comportamiento; la resolución de conflictos; o la construcción de escenarios de trabajo colectivo en las comunidades. Sin embargo, no hay que olvidar que los talleres para la comunicación y gestión del riesgo buscan no solo respuestas de los sujetos, sino su intervención en los contextos sociales, políticos y culturales en los que se mueven, lo cual implica tiempos largos, más allá de las coyunturas.

Finalmente, cualquier taller exige, para quien lo vaya a orientar, conocer los rasgos característicos de la comunidad a la que se dirige: cuáles son sus expectativas, sus realidades geográficas, económicas, sociales, políticas y culturales y, en ese orden de ideas, los propósitos que se quieren lograr con el encuentro. Ese contexto ofrecerá los elementos de referencia mínimos que se necesitan para abordarlo de forma coherente.

En síntesis, se propone el taller como una estrategia pedagógica para la comunicación del riesgo, por cuanto la bibliografía especializada, como la experiencia misma, demuestran sus fortalezas en la construcción de escenarios de trabajo intelectual, psicosocial y motriz. Esta herramienta potencia los procesos de enseñanza y el aprendizaje significativo y participativo de las comunidades —así como el aprendizaje integral de sus participantes—, a la vez que facilita su contextualización en los escenarios locales y su eventual multiplicación, como posibilidad futura para aprender.

De la misma forma, el siguiente numeral se centra en cómo el fanzine, como herramienta comunicativa, se inserta en el taller de forma coherente con su naturaleza, y logra complementarlo. Con el fanzine se obtiene, entonces, una herramienta comunicativa de fuerte connotación y significado social, desplegada al interior de una estrategia pedagógica de gran impacto didáctico, educativo y comunitario, el taller.

El fanzine como herramienta para la comunicación social del riesgo

Uno de los rasgos relevantes de las sociedades contemporáneas es su potencial comunicativo. Como nunca antes, los desarrollos tecnológicos han puesto énfasis en diversidad de dispositivos y tecnologías que producen, circulan y fomentan infinidad de información en tiempo real. Las redes sociales, la web, la televisión veinticuatro horas y la tradicional radio, suponen una sociedad interconectada e informada de los acontecimientos y hechos que suceden en el mundo; la sensación de estar conectado, a través de dispositivos tecnológicos, tiene como centro la producción de información de muy variada índole que le permite, al usuario o ciudadano, “estar informado”.

Pero esta sensación que produce la cantidad de información que se publica y circula, en no pocas ocasiones está vinculada a los grandes hechos que conmocionan al mundo, por ejemplo: grandes eventos deportivos; reuniones de personajes prestigiosos o con mucha responsabilidad; magnicidios o catástrofes en diferentes países; o las noticias que se registran como relevantes a nivel nacional. Los grandes medios de comunicación y las redes sociales tienen como enfoque difundir este tipo de hechos que se consideran relevantes. Esta labor en sí misma no es problemática, pero indica un tipo particular de información que circula y a la cual se le da relevancia.

En el caso de la comunicación de los riesgos, como componente esencial de la gestión social del riesgo, es interesante reconocer que, en las redes sociales, programas televisivos y en la misma web, aquello que se comunica tiene dos características regulares. Por un lado, se presenta información de eventos que se denominan desastres naturales, y que, en muchas ocasiones, no van acompañados de un contexto de su origen, sus implicaciones y causas. Por ese motivo, solo aparece el mensaje de la catástrofe y de los daños sociales, económicos y ambientales que trajo consigo, incluso, como producto “exclusivo” de la naturaleza, lo que niega el altísimo componente social del desastre. Por otro lado, respecto a los formatos noticiosos, el privilegio se vincula al saber experto que pretende explicar los motivos de la ocurrencia de los hechos; de ese modo, por el lenguaje técnico y académico, característico de dicho formato, se produce un mensaje que no será comprendido por la mayoría de los ciudadanos. En el caso de las oficinas de gestión del riesgo de los municipios, la información encontrada sobre estrategias para comunicar el riesgo no es mucha, y la existente se relaciona con aquella que produce el Gobierno nacional sobre el

tema, con fuertes rasgos de un lenguaje técnico y experto, lejano a la realidad y al conocimiento de las comunidades locales.

Tanto la información descontextualizada que circula masivamente en redes sociales, como la producida por los expertos, tienen dificultades al no lograr la conexión o pacto comunicativo entre los saberes expertos y contextualizados que dan cuenta de los hechos, y las opiniones, percepciones y saberes que el ciudadano del común elabora sobre los riesgos. Esta distancia cognitiva y comunicativa subyace en la poca comprensión de los posibles riesgos, en las decisiones que se toman para poblar un territorio determinado, en la identificación de acciones que mitiguen riesgos y en las posibles alternativas de prevención que cada lugar, comunidad y gobierno local puedan identificar. Es de mucha relevancia, en ese sentido, insistir en el diseño, promoción y difusión de estrategias comunicativas que cierren la brecha entre las administraciones locales, con sus oficinas de expertos, y los ciudadanos que habitan el territorio.

Desde esta perspectiva, es fundamental resaltar el valor que lo comunicativo tiene para la gestión social del riesgo, sin olvidar las otras estrategias de intervención existentes. Por ello es vital, urgente y responsable pensar en educar el riesgo. Es decir, no se trata de producir mucha información técnica sobre los riesgos –una tarea, en todo caso, importante–, sino de lograr que esa información se comunique en clave de educación ciudadana; al comprender que la prevención es un acto que tiene como fin comprometer al conjunto de la sociedad y de las instituciones encargadas de su gestión, se hace indispensable consensuar un lenguaje común que permita comprender los hechos, así como diseñar alternativas entendibles y viables para el conjunto de ciudadanos. Educar el riesgo significa hacer uso de la información técnica profesional y de aquella producida por la experiencia de habitar el territorio, bajo el principio de construir un conocimiento que, a nivel educativo, fortalezca los lazos interinstitucionales y ciudadanos en pro de la prevención.

Pensar y hacer comunicación del riesgo parte de animar y promover un diálogo social y de concertación, en un espacio diseñado para la toma de decisiones frente a los programas y proyectos que existan sobre el tema; estas acciones demandan tener presente y potenciar tres criterios centrales:

- *Lo local-territorial* que exige y demanda una lectura crítica sobre los hechos y fenómenos socioambientales que se suceden en los territorios, trascendiendo lecturas globales o macros que invisibilizan la realidad social cotidiana y propia de cada sector del municipio. Si bien existen clasificaciones generales sobre los riesgos, lo principal es contextualizar o situar su presencia en lugares específicos de ocurrencia y así valorar las acciones posibles.
- *Valorización* de los recursos disponibles en el lugar o territorio particular, expresados en sus dimensiones humana, cultural, social, ambiental y económica, con el ánimo de reconocer que existe un conjunto de potencia-

lidades sociales y comunitarias, las cuales merecen atención y deben ser tenidas en cuenta para lograr los cambios requeridos. Hacer un mapeo de los recursos existentes ayuda a concretar las acciones y a identificar aquellos que ameritan conseguirse.

- *Reconocimiento* del conjunto de potencialidades y capitales sociales que existen y perviven en los sectores, barrios y comunas, expresados en asociaciones, grupos, organizaciones y liderazgos comunitarios que son apoyo y agentes de relaciones entre los diferentes actores institucionales y comunitarios. Las organizaciones en su conjunto constituyen un actor vital de los procesos de prevención, e implican, de parte de los actores externos, el uso de un lenguaje incluyente y proactivo para los sujetos que habitan y viven en los territorios.

La estrategia comunicativa para educomunicar los riesgos tendría, como marco de referencia, los criterios y elementos anteriores, sin olvidar la imperiosa necesidad de que la información que se produzca incida en la vida cotidiana de los ciudadanos y en las dinámicas de trabajo de las instituciones encargadas de la gestión de riesgos. También es importante resaltar que la estrategia comunicativa propuesta no es una camisa de fuerza, por el contrario, debe concebirse y entenderse como una posibilidad flexible y contextualizada de acuerdo con cada territorio, según sus realidades socioambientales, comunitarias e institucionales.

Ahora bien, en el presente documento se presenta el fanzine como una estrategia comunicativa que posibilita ejercicios de educomunicación y ciudadanía sobre los riesgos. La palabra fanzine proviene de la abreviatura en inglés de *fan* y *magazine*, es decir, revista de fanáticos. Lo interesante y sugerente del fanzine es su carácter flexible con relación a los cánones y géneros literarios y periodísticos, en cuanto permite combinar y acoplar técnicas que ofrecen distintos géneros. Esto convierte al fanzine en una estrategia comunicativa híbrida y creativa, dado que les posibilita a los autores explorar formas de comunicar (entre ellas, lo escrito y lo visual), con medios como fotografías, dibujos, infografías, recortes de prensa, y el colorido que a bien se le quiera dar.

Para el caso de la comunicación del riesgo, esta estrategia adquiere un valor y utilidad social, pedagógica y ciudadana, al convertirse en una mediación entre las percepciones, opiniones o imaginarios que las personas u organizaciones sociales tienen de su territorio y de los riesgos que en ellos existen, y las concepciones académicas e institucionales que sobre el mismo tema se producen. De este modo, la perspectiva de educomunicar el riesgo parte del principio de potenciar el diálogo entre la diversidad de actores o sujetos vinculados con la gestión social del riesgo; en ese contexto, el taller como estrategia pedagógica para la comunicación del riesgo es el escenario que favorece ese diálogo.

En este orden de ideas, el fanzine surge como producto de un diálogo (debate, discusión, negociación) de los actores que, colectivamente, acuerdan qué, cómo, cuándo y dónde comunicar. Entendido lo anterior, y reconociendo la flexibilidad enorme de esta herramienta, se subrayan, a continuación, una serie de rasgos o características que orientan la producción del fanzine, no solo en lo técnico, sino en el sentido mismo de su labor y papel comunicativo.

- *Una publicación independiente.* La intención social de esta estrategia es posibilitar que ciudadanos del común u organizaciones sociales de diferente tipo, puedan producir y circular información que exprese sus puntos de vista sobre temas de interés; estas perspectivas no obedecen en todos los casos a versiones o interpretaciones de una institución en particular.
- *Un medio de expresión libre.* El legítimo derecho de la libertad de expresión es fundante en el fanzine, en tanto permite que personas o grupos puedan opinar libremente sobre diferentes temas que suceden en la sociedad – unos más o menos problemáticos que otros–. De ahí la diversidad de temáticas y tipologías a las cuales acude. A su vez, es una manera de expresar las propias ideas sin ánimo de lucro.
- *Una revista para aficionados.* Una de las ventajas clave de la producción y uso del fanzine es el reconocimiento de los saberes cotidianos y del sentido del común como potencialidad para comunicar o informar sobre los hechos sociales. Este ejercicio no supone el privilegio del conocimiento experto –que es relevante porque ofrece una información que se puede usar–, en este caso, lo esencial es que los sujetos que lo producen son aficionados, organizaciones sociales o de base, o ciudadanos interesados en informar u opinar sobre temas de interés.
- *Un libro sin límites editoriales.* La creatividad y exploración con las formas o estilos de la producción de información y su manera de comunicarse, hacen del fanzine una herramienta comunicativa que no se encierra en límites o criterios editoriales prefijados y definitivos. Lo fundamental es comunicar a la mayor cantidad de público posible, de manera clara y ágil, aquello que sus productores reconocen como relevante; igualmente, se enfatiza en que es una publicación que trata temáticas no abordadas en los medios masivos de comunicación tradicionales o hegemónicos.
- *Una comunicación ágil y viajera.* El fanzine debe pensarse en su producción como un formato ágil que garantice, además de su legibilidad, su circulación o viaje sin contratiempos. Es un imperativo que los usuarios o lectores puedan portarlo sin mayor dificultad para su lectura en cualquier momento. Así también se hace posible que lo puedan compartir con otras personas, y se garantiza que el mensaje se expanda.
- *Expresión lúdica y didáctica.* En su dimensión educativa, esta herramienta –producida en un taller conformado por actores ciudadanos, instituciona-

les o académicos—, debe propiciar el diálogo en un ambiente de respeto y goce del trabajo colectivo, con el fin de potenciar la producción de la información y su comunicación, de tal manera que sea entendible y replicable por el ciudadano o usuario que reciba la herramienta.

Si bien existe una diversidad de posibilidades y opciones de herramientas comunicativas, acercarse a la lógica y sentidos del fanzine ofrece un espacio amplio de vivencias y experimentaciones, las cuales son útiles para la comunicación de los puntos de vista de gente del común o de los grupos sociales. Además, es una herramienta sugerente para la comunicación del riesgo, en cuanto se nutre de los saberes territoriales específicos y permite la mediación de actores diversos.

Los talleres para la comunicación del riesgo en el Valle del Cauca. Una interpretación y valoración

Con el objetivo de ilustrar el ejercicio desarrollado a partir de los talleres sobre estrategias comunicativas para la gestión municipal del riesgo, se presentan, en este capítulo, los casos de Cali, Jamundí y Sevilla. Primero se muestra la estructura general del taller, luego se detalla el análisis y valoración de los resultados obtenidos para, finalmente, con base en estos últimos, aportar una serie de recomendaciones.

Estructura del taller

El taller se estructuró en cuatro momentos, con objetivos concretos, cada uno con una o varias actividades e intenciones particulares. El primer momento correspondió a una rápida presentación y reconocimiento del grupo. Luego, se construyó un escenario de riesgo y se dio inicio a un trabajo teórico conceptual; y en un cuarto y último momento, se abordó la comunicación del riesgo. Es de anotar que cada etapa fue pensada estratégicamente para ser parte constitutiva del taller, así como la integración de cada una de las actividades que los contienen, para lograr los objetivos propuestos.

Al llegar al sitio donde se realizaría cada taller, lo primero que se hacía era identificar las señalizaciones existentes respecto a las rutas de evacuación (como se observa en la Figura 32), qué hacer en caso de incendio, presencia de extintores, el no uso del elevador en caso de sismo, etc. (esta información debe existir en todos los lugares donde se concentren muchas personas). Se encontró, en todos los casos, que no había señalización en los espacios de reunión; por ese motivo, el equipo de trabajo optó por hacer unos carteles de señalización y luego pegarlos en las paredes.

Figura 32
Señalización de emergencia: salida



Primer momento, presentación y reconocimiento del grupo

En el inicio del encuentro, los objetivos fueron introducir a los asistentes en el tema de la comunicación, y acercar a cada individuo al grupo para reconocerse y observar el espacio en el que tiene lugar el taller. Se realizaron dos actividades con una fuerte intensidad que buscaba llamar la atención de los asistentes y generar expectativa frente al desarrollo del taller.

Actividad 1. Mucho ruido

Para dar inicio al taller, se les pidió a los participantes que se presentaran parándose de su silla y diciendo su nombre en voz alta; todos debían hacerlo al unísono, incluidos los talleristas. La reacción inmediata fue de relajación, lo que ayudó a dejar de lado alguna prevención frente a la convocatoria o los talleristas. Uno de los talleristas preguntó si sabían los nombres de algunos de los demás participantes, a lo cual respondieron que no, aunque a veces los intercambiaban o asignaban otros. El ejercicio se repitió varias veces con igual resultado. Quedaba en el ambiente que había un problema de comunicación, pero se optó por no entrar a discutir en ese momento, para que fueran ellos mismos quienes lo manifestaran en otras actividades del taller.

En la Figura 33 se observa a los asistentes al taller en Sevilla, disponiéndose a dar inicio a esta actividad. Ante la expectativa que la actividad causaba, cada uno dijo su nombre y, posteriormente, se les solicitó retirar las sillas hacia uno de los costados, aclarándoles que habían sido invitados a un taller cuya metodología era interactiva.

Figura 33

De pie, el grupo de Sevilla diciendo su nombre al mismo tiempo



Actividad 2. Armandos grupos

En la mitad del salón se les pidió formar grupos entre ellos, de acuerdo con el número que uno de los talleristas dijera, y quienes no lograran integrarse a un grupo serían castigados con una penitencia como cantar, bailar o quedarse sin

refrigerio. Esta actividad, que fue muy bien aceptada, les permitía reconocerse entre ellos, ubicarse en el espacio, y relajarse para la actividad siguiente.

Segundo momento, construcción de un escenario de riesgo

En esta segunda parte del taller, se pretendía confrontar a los asistentes con una situación de riesgo, y evaluar sus sensaciones y reacciones. Para lograr este objetivo, se propusieron cuatro actividades relacionadas entre sí. En un primer momento, la idea era recrear las condiciones de riesgo a las cuales han estado potencialmente expuestos quienes han vivido esta clase de desastres; incluso, se tuvo en cuenta la oscuridad, pues se asume que el evento podría ocurrir de noche o que quizás quedarían confinados en espacios reducidos. Para recrear mejor el escenario de riesgo, y alcanzar el objetivo propuesto, era necesario que los asistentes sintieran ciertas condiciones de vulnerabilidad que con otra actividad o en otras circunstancias serían difíciles de sentir.

Actividad 1. Sensibilización

Como se observa en las primeras imágenes de la Figura 34, la actividad inició en la mitad del salón; allí de nuevo se organizaron en un círculo, y se les hizo entrega de una tela negra que debían utilizar para cubrirse los ojos. Se les explicó que la sensación puede ser fuerte y que era necesario darse un tiempo para que se acostumbraran a estar en tinieblas. Algunos manifestaron mareo, otros miedo o inseguridad. Mientras se adaptaban a la oscuridad, se les consultó si recordaban haber visto alguna señalización que indicara precaución en el momento en que ingresaron a la sala; solo el 5 % de los invitados a cada sesión vio uno de los tres carteles pegados en la pared con antelación.

Actividad 2. Salva tu vida ante un sismo

Después de un par de minutos, uno de los talleristas narró una situación que involucraba un evento natural; se eligió primero un sismo y luego un incendio. Al finalizar la historia, los participantes debían tomar acciones particulares para “salvar su vida”. En el caso del sismo, la historia improvisada decía así:

Estamos en una casa, descansando, ya que es de noche; empezamos a sentir como si estuviéramos mareados, suenan las cosas cayendo al suelo y aumenta el movimiento. ¡Es un temblor!, cinco grados en la escala de Richter, no sabemos qué hacer. ¡Salven su vida!

La mayoría de los asistentes caminaban agarrados de un compañero, para movilizarse hacia la zona en donde recordaban que estaba la salida. Solo unos pocos buscaron refugio debajo de una mesa o silla, o intentaban dirigirse al *triángulo de la vida*. Después de un minuto, otro tallerista contó en forma regresiva desde el número tres, y les pidió que se quedaran como estatuas; se retiraron la venda de los ojos y observaron lo que hicieron los demás (estas fases de la actividad se observan en la Figura 34).

*Actividad 3. El desinformador en un sismo***Figura 34**

Asistentes al taller de Cali experimentando el segundo momento,
la creación de un escenario de riesgo



En la última foto de la Figura 34 se observa cómo aparece una periodista reportando para el periódico *El Amarillista* lo que acaba de suceder. La morbosidad y las preguntas obvias generan algarabía entre los asistentes.

“Con esas varillas y ese muro encima, ¿qué es lo que piensa usted en estos momentos?”; “cuando el muro le cayó en la cabeza, ¿qué fue lo primero que pensó?”. Estas fueron algunas de esas preguntas, pero en medio de los chistes, la periodista identificaba cuáles personas sabían qué hacer para salvar su vida. Es ejemplo de ello el caso de la señora Martha (Sevilla), quien decía: “lo primero que debemos hacer en caso de un sismo es tirarse al suelo y quedarse en posición fetal, cubrirse la cabeza y, si tengo un pito, hacer bulla para que me rescaten” (comunicación personal, 2019). Dicha situación se observa en la Figura 34. Igualmente, esta actividad permitió poner de relieve –sin entrar a discutirlo aún– el papel de los periodistas y de los medios de comunicación en estas situaciones.

Actividad 4. Salva tu vida en un incendio

Después, los participantes regresaron al centro, nuevamente se cubrieron los ojos y empezaron a escuchar la segunda narración; esta vez se trataba de un incendio. Para el caso de Sevilla, esta actividad coincidió con el sonido de una sirena que estaba alertando sobre una fuga de gas; el evento fue aprovechado por el tallerista para recrear la corta historia. La reacción fue similar, las personas caminaron hacia la salida, y solo una persona de cada lugar se agachó con la clara intención de evitar la inhalación de humo, conocimiento que habían obtenido con antelación.

Actividad 5. El desinformador en un incendio

Al introducir la nueva situación de riesgo, apareció la reportera del periódico *El Amarillista*. Las preguntas sobre lo que sienten los afectados en un momento de dolor no se hicieron esperar: “¿cuáles fueron las pérdidas materiales?, ¿qué le han hecho en la herida de quemadura grado tres que tiene en la pierna?”. Algunas de las respuestas fueron muy originales, pues las personas se involucraron en la historia y lograron recrear la situación. Por ejemplo, el señor Pedro indicó que su herida tenía que ser tratada en el hospital; la señora Flora manifestó que es muy pronto para estimar las pérdidas materiales y que, en realidad, está preocupada por saber el estado de su familia. Asimismo, en el taller hecho en Sevilla, una asistente llamada Patricia dijo: “siempre he escuchado que, en caso de incendio, uno debe agacharse y gatear para poder respirar el aire que está abajo” (comunicación personal, 2019).

Tercer momento, trabajo teórico conceptual

El objetivo de este momento fue construir colectivamente los referentes teóricos fundamentales para la gestión y comunicación del riesgo: amenaza, vulnerabilidad, riesgo, desastre, gestión del riesgo, comunicación del riesgo y ética del riesgo. Para lograr este propósito, se realizaron cuatro actividades. A diferencia de experiencias anteriores o de una metodología clásica, el punto de partida no fue una exposición de los conceptos de parte del tallerista, sino que se recogieron apreciaciones, sensaciones y conocimientos compartidos en la fase anterior; de esta manera, junto con las experiencias previas vividas por los asistentes, y en un proceso de retroalimentación colectiva, se abordaron los conceptos mencionados.

Actividad 1. Construyendo los conceptos

Para continuar con el taller, de nuevo se ubicaron las sillas en el centro de la sala, e inició la exposición recogiendo las experiencias vividas en los momentos previos. Se proyectaron unas diapositivas sobre los conceptos de amenaza, vulnerabilidad y riesgo, recreadas con varias fotografías alusivas y escogidas minuciosamente, con el ánimo de llamar la atención de los asistentes y, al

mismo tiempo, alentarlos a participar de forma activa en la construcción de estos conceptos (Figura 35). En las figuras 36 y 38 se evidencia el interés de los participantes por entender los conceptos trabajados; además, en los recursos de audio recopilados se pudo determinar el gran aporte de los asistentes desde sus experiencias particulares, cuyas percepciones fueron estimuladas por la actividad en la que se cubrían los ojos.

Figura 35

Imágenes llamativas utilizadas en diapositivas para construir los conceptos de amenaza, vulnerabilidad y riesgo, entre otros



Actividad 2. Presentación del grupo de investigación Armero 85 y del presente proyecto

A continuación, se conversó sobre el grupo de investigación Armero 85; se abordó el porqué de su nombre, hubo una presentación de los integrantes y de sus intereses académicos, y se explicó la intención del proyecto (Figura 36). Se decidió hacer esta presentación en este momento del taller y no antes, después de haberlos hecho interesarse por saber quiénes éramos, qué queríamos y cuáles eran las intenciones del taller.

Figura 36

Construcción de los conceptos básicos desarrollados con el grupo de Jamundí



Actividad 3. Retomando el ritmo del taller

La siguiente parte del taller consistió en armar grupos de trabajo; para ello, se utilizaron dos actividades que fueron alternadas en los diferentes lugares. Una de ellas consistía en enumerar a los participantes del uno al tres, y buscar que se agruparan entre sí quienes tuviesen el número uno, el dos y el tres. Otra variable de esta actividad fue ponerlos a caminar a diferentes velocidades (definidas por los números uno, dos y tres), y al encontrarse con alguien de frente, saludarlo con la mano; de esa manera, se generaba un estado de expectativa

Cuarto momento, comunicación del riesgo

El objetivo específico de este momento es construir una estrategia comunicativa de base social para la comunicación del riesgo. Se propusieron dos actividades. La primera es una exposición muy rápida del origen y manifestaciones del fanzine; luego se resaltan las principales características y se propone el uso de otras, para el caso específico de la comunicación del riesgo en comunidades. Para finalizar, se propone la realización de un fanzine a partir de los elementos suministrados en el taller.

Actividad 1. Presentación de la estrategia comunicativa

Con la ayuda de unas diapositivas (la Figura 39 recoge algunas de ellas), se lanzó la propuesta comunicativa con la cual se pretendía que temas como la prevención de riesgos se pudieran difundir de forma creativa, mezclando lenguajes escritos, gráficos y artísticos; asimismo, la idea era incorporar píldoras de mensajes claros, fáciles de reproducir y de un bajo presupuesto, debido a los materiales utilizados en su diseño.

Figura 39

Diapositivas del fanzine, utilizadas para su presentación en la primera actividad



A partir de la herramienta mencionada, se expuso sobre el origen y las principales características del fanzine.

Actividad 2. Construcción colectiva de un fanzine

Finalmente, y recurriendo a la exposición realizada, se propuso que los mismos grupos hicieran una propuesta de fanzine en donde se reuniera el manejo de los conceptos trabajados, la forma de transmitirlos y la creatividad en el diseño, a partir de los materiales suministrados en el taller. Dichos fanzines son expuestos por un miembro del grupo. La respuesta de la actividad superó, en

todos los casos, las expectativas del grupo Armero 85, como se puede evidenciar en las figuras 40 y 41.

Figura 40
Fanzine presentado por un grupo de Cali



Figura 41
Grupo de Cali trabajando en la propuesta del fanzine



Evaluación de los talleres

La experiencia de trabajar con los talleres fue altamente productiva. A continuación, se realiza un balance del desarrollo y producción de estos tres casos, a partir de la valoración del ritmo y de las intenciones que fueron propuestas para cada actividad.

Para hacer este análisis se propone la Tabla 2, en donde se observa un cuadro resumen sobre el grado de intensidad de cada actividad propuesta. Allí se muestra el tiempo de duración de cada actividad, los cuatro momentos desarrollados con sus correspondientes objetivos, las actividades propuestas para lograrlos –con sus fines específicos–, y la valoración que se le ha dado a cada una sobre el nivel de intensidad, a partir de la Tabla 1. El grado deseado es el más alto en todos los casos, aunque en su aplicación resulta algo difícil de mantener.

Tabla 2
Síntesis de intensidades de las actividades del taller

Tiempo	Momento	Objetivos	Actividades	Intenciones	Intensidad
20 minutos	I. Presentación y reconocimiento de grupo	<ul style="list-style-type: none"> Introducir a los asistentes en el tema de la comunicación Acercar a cada individuo al grupo para reconocerse y reconocer el espacio 	1. Mucho ruido	Llamar la atención sobre algunos problemas de la comunicación	3, 2, 3; 3
			2. Armandos grupos	Organizar grupos rápidamente	3, 2, 3; 3
60 minutos	II. Construcción de un escenario de riesgo	<ul style="list-style-type: none"> Confrontar a los asistentes a una situación de riesgo Evaluar sus sensaciones y reacciones 	1. Sensibilización	Sensibilizar	3, 2, 3; 3
			2. Salva tu vida ante un sismo	Forma de decisiones	3, 3, 3; 3
			3. El desinformador ante un sismo	Crítica a los medios de información	3, 3, 2; 3
			4. Salva tu vida en un incendio	Forma de decisiones	3, 3, 3; 3
			5. El desinformador en un incendio	Crítica a los medios de información	3, 3, 2; 3
40 minutos	III. Trabajo teórico conceptual	Construir colectivamente los referentes teóricos fundamentales para la gestión y comunicación del riesgo	1. Construyendo los conceptos	Aclarar los conceptos	2, 3, 3; 3
			2. Presentación del grupo de investigación Armero 85 y del presente proceso	Que se identifiquen con los intereses de Armero 85 y con la propuesta de este taller	2, 3, 3; 3
			3. Retomando el ritmo del taller	Organizar grupos de trabajo rápidamente	3, 2, 2; 3
			4. Evaluando los conceptos	Comparar los conceptos dados y sus experiencias	3, 3, 3; 3
60 minutos	IV. Comunicación del riesgo	Construir una estrategia comunicativa de base social para la comunicación del riesgo	1. Presentación de la estrategia comunicativa	Conocer un fanzine	2, 3, 3; 3
			2. Construcción colectiva de un fanzine	Elaborar un fanzine	3, 3, 3; 3
Tiempo total: 3 horas	Cuatro momentos		13 actividades		

Se estableció para cada actividad una valoración real, dependiendo del nivel alcanzado de intensidad de cada una de las labores, física, cognitiva y psicosocial. El resultado no es exactamente la media aritmética, por cuanto cada actividad hace, o puede hacerlo, énfasis en una labor específica; sin embargo, la finalidad del taller es tener a los asistentes interesados y expectantes durante todo su desarrollo, es por lo que se busca, como ideal, una intensidad alta para todas las actividades.

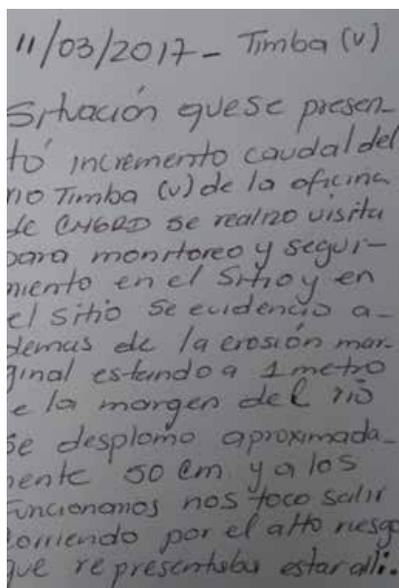
Taller en Jamundí

En este caso se trabajó con un grupo de treinta personas, incluidos miembros de la Defensa Civil, sitio donde se llevó a cabo la reunión. Allí nos encontramos con diez adolescentes y dos niños, un grupo muy heterogéneo que generó algunas complicaciones en el desarrollo del taller. Para algunos de ellos no era claro el sentido de la convocatoria, y otros solo estaban en el salón cuando los invitaron a la actividad. Asimismo, otra dificultad que se tuvo fue el hecho de haber iniciado con actividades de baja intensidad, como la presentación del grupo Armero 85 y del proyecto.

Posteriormente, se propuso la actividad “Todos tenemos una historia que contar”, en la que se buscaba que los participantes escribieran sobre su experiencia frente a un fenómeno o hecho en el que hubieran sentido riesgo, como una inundación, sismo, incendio, entre otros. Ante la propuesta, una de las personas negó haber tenido una experiencia de ese tipo, lo que ocasionó un descenso en la intensidad de esta actividad, ya que su actitud logró afectar a algunos de los jóvenes presentes. No obstante, al indagar un poco más, se fueron encontrando situaciones vividas por ellos en las que sí aparecía esa sensación, y con base en ellas se trabajó; fue así como se logró retomar la intensidad y el ritmo del taller. En la Figura 42 se presenta una de las cortas historias escrita por un funcionario de la alcaldía de Jamundí.

Figura 42

Una historia que contar, elaborado por asistente del taller de Jamundí



En el último momento, dentro de los materiales brindados había pliegos de papel periódico, un elemento que distrajo a los participantes del propósito inicial de realizar un fanzine; algunos grupos se tardaron en relacionar lo expuesto sobre la herramienta del fanzine, con los recursos que requerían para ello y el resultado que se quería obtener. Inclusive, uno de los grupos terminó presentando una cartelera como se puede apreciar en la Figura 43.

Figura 43

Cartelera presentada por un grupo de asistentes al taller



En contraste, otros grupos sí interiorizaron el carácter del fanzine y, tal como se evidencia en la Figura 44, realizaron propuestas interesantes por medio de ese formato.

Figura 44
Proceso de construcción de fanzines y productos ya elaborados por los asistentes al taller



Ahora bien, en la Figura 45 se muestra el ritmo en el desarrollo del taller, en el cual se presentaron altibajos importantes debido a las circunstancias mencionadas. Sin embargo, se puede afirmar, con toda seguridad, que los objetivos propuestos se alcanzaron; los asistentes salieron muy contentos y, en general, pudieron relacionar los principios teóricos con su propia experiencia. Adicionalmente, como se observó en las figuras 40, 44, 48, 50, 51 y 52, estuvieron en capacidad de realizar un fanzine, para lo cual retomaron todos los elementos presentados y aprehendidos en el desarrollo del taller.

Figura 45
Representación del ritmo obtenido en el taller de Jamundí



Las actividades más productivas –nombradas en ese orden– fueron la teórica-práctica y la construcción del fanzine. En la primera de ellas, de forma colectiva los participantes reconceptualizaron términos como amenaza, vulnerabilidad y riesgo, además de desastre, nivel de exposición, y problemas en el manejo de la información (retomando el caso de Armero, Guayabal), entre otros. La segunda actividad fue la construcción del fanzine, en donde se elevó la intensidad al máximo, pues corrían de un lado para otro tratando de decantar toda la experiencia vivida.

Asimismo, es posible concluir que la situación de alta heterogeneidad presentada en el público del auditorio —destacada en un inicio como una limitación—, en realidad, se convirtió en un reto y una gran oportunidad para validar tanto los objetivos del taller y sus alcances, como su metodología y la selección de las estrategias propuestas; el taller como la estrategia pedagógica, y el fanzine como la comunicativa. Los resultados de este taller permitieron validar el acierto de estas dos y, a su vez, hacer algunos ajustes en su diseño e implementación. Los cambios en el orden de algunas actividades y la inclusión de otras fueron algunas de las modificaciones que posibilitaron, para los talleres posteriores, iniciar con más intensidad y mantener el nivel de expectativa de los asistentes. Empero, como se mostró, los resultados obtenidos como expresión del taller, en este caso, fueron igualmente válidos que en los talleres posteriores.

Taller en Cali

Se trabajó con un grupo de veinte personas pertenecientes a diversas entidades del orden municipal y nacional, relacionadas con temas ambientales, el Departamento Administrativo de Gestión del Medio Ambiente (DAGMA), las secretarías municipales, los parques nacionales, entre otros. Dada la alta homogeneidad de los participantes respecto a los temas ambientales, desde el comienzo hubo gran expectativa por lo que se iba a proponer en el taller. A partir de la experiencia en Jamundí, se hicieron algunas modificaciones en las actividades desarrolladas, ajustando el encuentro a la estructura presentada en el apartado “Estructura del taller”.

Por ejemplo, se decidió aumentar el nivel de intensidad desde el comienzo, como se aprecia en la Figura 46. No se comenzaría con la presentación convencional, por el contrario, el primer ejercicio requería estar de pie (labor física alta). Esta decisión dio excelentes resultados, de ahí que el ritmo del taller muestre un trazado constante de alta intensidad. Inclusive, se determinó tomar el refrigerio mientras se desarrollaba la última actividad (la construcción de un fanzine), para no perder la dinámica que se había conseguido hasta ese momento.

Figura 46
Gráfica del ritmo del taller alcanzado en Cali



Un elemento fundamental, en contraste con la experiencia en Jamundí, fue la gran focalización de intereses y expectativas de los asistentes alrededor de los temas ambientales, aunque no específicamente en riesgos, lo que hizo que el ritmo del taller fuera más intenso. Ellos demandaban, con gran avidez, más conocimiento sobre esa temática.

Por lo tanto, se identificaron dos momentos muy intensos. En primer lugar, la experiencia de sensibilización con los ojos tapados (Figura 47); según lo que expresaron, lo vivido los llevó a sentir un alto nivel de fragilidad (vulnerabilidad) frente a un evento potencialmente destructivo. En segundo lugar, la realización del fanzine, un medio que, para ellos, reúne la posibilidad de expresar ideas rápida y sencillamente, sin perder de vista una importante proyección social; esta herramienta fue clave para los participantes, teniendo en cuenta sus respectivos roles profesionales e institucionales. Los dos pequeños declives en el nivel de intensidad se dieron por el tipo de actividad, al llegar a un momento más de tipo expositivo, en donde los asistentes estaban sentados viendo las diapositivas con las que se presentó el tema de los fanzines.

Figura 47

Los participantes enfrentándose a la oscuridad



Respecto a los productos del taller, la Figura 48 muestra el proceso de construcción y la riqueza comunicativa lograda en uno de ellos. La naturaleza del fanzine (sus características, formato y lenguajes) fue apropiadamente incorporada en la propuesta que construyeron de modo colectivo. La interacción permanente entre los participantes y la focalización de intereses permitió construir un proceso que fortaleció las características cognitivas, afectivas y psicosociales de todos ellos. Al final, varios de los asistentes se acercaron y solicitaron la posibilidad de replicar este taller en sus distintas instituciones y con públicos diversos.

Figura 48

Proceso y resultado del trabajo de construcción de fanzines



Taller de Sevilla

La asistencia a este taller fue masiva, llegaron un poco más de cuarenta personas, entre ellas: líderes comunitarios; directores y funcionarios de las secretarías municipales; representantes regionales de la CVC; personas de diferentes entidades administrativas y de instituciones vinculadas al tema de prevención y atención de desastres, como los bomberos, integrantes de la Policía Nacional de Colombia, Defensa Civil, Cruz Roja, entre otros. No se presentó ninguna dificultad, por el contrario, se podría decir que, al ser una implementación exitosa, este taller se mantiene como el modelo o referente para futuros encuentros.

Los principios pedagógicos del taller se cumplieron a cabalidad. Los asistentes estuvieron siempre expectantes, aportando a las discusiones planteadas en su desarrollo. Cabe resaltar la vigorosidad con que las señoras de edad participaban en las diferentes actividades, a la par con los más jóvenes. Igualmente, se observó un aporte significativo de experiencias vividas en la comunidad –tanto en áreas urbanas como rurales del municipio de Sevilla–, condición que enriqueció la reconceptualización de las ideas trabajadas en el taller.

En cuanto al ritmo del taller, como se muestra en la Figura 49 –tal como sucedió en el caso de Cali–, se evidencia una pequeña inflexión en la intensidad del encuentro; esta disminución se dio cuando los asistentes se sentaron a escuchar sobre el origen y características de un fanzine. Sin embargo, no es este un dato tan significativo, teniendo en cuenta las manifestaciones de curiosidad

y, al mismo tiempo, de alegría, frente a lo que se les estaba presentando como una opción para comunicar un riesgo.

Figura 49

Gráfica que representa el ritmo logrado en el desarrollo del taller en Sevilla



Como se observa en las figuras 50, 51 y 52, la construcción de los fanzines reunió todas las características propuestas; la intención de comunicar el tema de la gestión del riesgo fue muy clara y se convirtió en el eje central de su formulación. Además, los asistentes notaron el alcance y la pertinencia social de la propuesta comunicativa; prevaleció la creatividad, el ingenio, las píldoras de información, la claridad en el manejo de los conceptos, y la utilización de los recursos dispuestos en la mesa de trabajo con la intención de ser reproducidos. En este encuentro también sucedió que, al finalizar, varios asistentes se acercaron y solicitaron la réplica de este taller en sus distintas veredas y barrios.

Figura 50

Grupo trabajando en el fanzine sobre el tema de las inundaciones

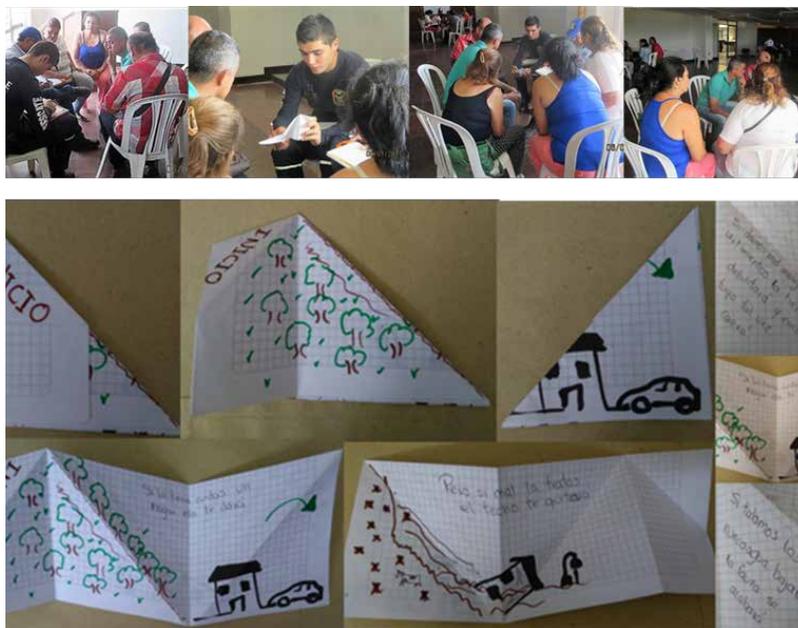


Figura 51

Grupo trabajando en el fanzine sobre el tema de los huracanes



Figura 52
Una de las más creativas propuestas de fanzine



Nota. En el mosaico de fotos, en la parte superior aparece el grupo autor de este trabajo.

Conclusiones y recomendaciones

La experiencia vivida en los talleres valida, de manera integral, la propuesta formulada. En síntesis, los principios pedagógicos planteados en el capítulo “El taller como estrategia pedagógica para la comunicación del riesgo”, con los cuales se definió el taller como un democratizador de las relaciones pedagógicas; unificador de la teoría y la práctica; propiciador de la creatividad; desarrollador de la autonomía y el liderazgo, de la integralidad del sujeto y del conocimiento; recuperador de la cotidianidad; posibilitador del aprendizaje en contexto; significador social del conocimiento; y potenciador del pensamiento heurístico, se evidenciaron en mayor o menor medida en los talleres realizados.

Realmente no hubo ninguno de ellos que no fuera demostrado en el ejercicio práctico: los asistentes desarrollaron creatividad y liderazgo, retomaron y resignificaron sus conocimientos previos, y le dieron sentido y alcance social al taller, a través de la puesta en común y de la construcción colectiva. Todo sucedió en un ambiente de camaradería y confianza en el que analizaron, confrontaron y resolvieron problemas reales y en contexto, e hicieron actividades que propiciaron su desarrollo cognitivo, motriz y psicosocial. Sin duda, el taller como propuesta pedagógica fue validado, con contundencia, por medio de la práctica.

Tabla 3
Principios–municipios

Principio	Municipios de Jamundí, Yumbo, Buga, Buenaventura, Sevilla y Ansermanuevo
Democratizador de relaciones pedagógicas	En general, en todos los municipios, adultos, niños, jóvenes y mayores de edad, independientemente de su rol y formación, participaron en igualdad de condiciones, sin sentir que había alguien con mayor formación o poder.
Unificador de teoría y práctica	En todos los casos se logró que se articularan los elementos teóricos a las experiencias previas y preconcepciones de los asistentes. Igualmente, se crearon fanzines que permitieron demostrar la facilidad y potencia del instrumento comunicativo propuesto.
Propiciador de creatividad	La construcción de los fanzines se dio a través de la propia exploración de los materiales disponibles (cotidianos) y de la búsqueda de nuevas formas de expresar y comunicar. En el municipio de Jamundí fue un poco más difícil desprenderse de los esquemas comunicativos convencionales.

Desarrollador de autonomía y liderazgo	Los asistentes formaron sus propios grupos de trabajo y reconocieron, entre ellos mismos, a quienes podían ejercer mayor liderazgo colaborativo y no competitivo.
Recuperador de cotidianidad	El ejercicio de simulación y recreación de eventos extremos (por ejemplo, sismo e incendio) partió de sus propias experiencias, las evidenció, y las resignificó al darles un valor agregado cuando se discutieron colectivamente.
Aprendizaje en contexto	El proceso de formación sobre el riesgo y sus agentes se dio no solo a nivel de los municipios, sino que partió de sus propias realidades locales. En los municipios de Jamundí, Sevilla y Ansermanuevo, los asistentes abordaron en los fanzines las situaciones locales que más les preocupaban.
Significa socialmente el conocimiento	La relación establecida entre todos los asistentes permitió que los contenidos desarrollados en los talleres, al margen de roles o eventuales liderazgos o jerarquías, se construyeran en común, de manera contextual y significativa para todos. Las instituciones presentes se acercaron al conocimiento local y las comunidades al científico.
Potenciador de pensamiento heurístico	La misma construcción del fanzine se constituye en una propuesta de intervención que, dada la construcción colectiva y el carácter social del conocimiento implícito, tiene alta probabilidad de acompañamiento social en la implementación de estrategias de solución. No obstante, se requiere de un acompañamiento y de una evaluación institucional y social permanente, para validar del todo este principio.
Desarrollador de integralidad del sujeto y del conocimiento	Las actividades cognitivas, motrices y psicosociales, incorporadas en los talleres, permitieron el desarrollo de diversas competencias del sujeto y del conocimiento. Se entendió que es necesario combinarlas todas para producir, de forma integral, el conocimiento.

Un aspecto que vale la pena poner de relieve es que un taller pedagógico no se puede confundir con cualquier tipo de reunión en donde se les indica a los asistentes hacer actividades manuales, o en donde se suministra información sin llegar a aplicar los principios planteados y las labores propuestas. Del mismo modo, no cualquier persona puede automáticamente convertirse en tallerista, pues esta labor requiere conocimiento de la naturaleza, método y alcances de esta estrategia, así como de los aspectos temáticos que se aborden en ella.

Otro elemento esencial sobre el taller es que la homogeneidad etaria y cognitiva del auditorio facilita el desarrollo de las actividades a implementar y las estrategias didácticas; no obstante, si hay heterogeneidad, este no es necesariamente un impedimento para su buen desarrollo. La experiencia demostró que más importante que tener un auditorio homogéneo en su nivel de desarrollo cognitivo y en cuanto a la edad, es compartir intereses y expectativas; sin

embargo, sí se requiere que al diseñar un taller se conozcan las características particulares del público al que va dirigido. En todo caso, es necesario que los talleristas tengan la habilidad de ajustar, en caliente, las actividades y alcances del taller si se llega a requerir; es decir, tener siempre bosquejado un plan B.

Resulta de gran utilidad recoger la propuesta del cuadro de niveles (Tabla 1), llamado “Valores de intensidades para las actividades del taller”, para el diseño de este encuentro y la Tabla 2 “Síntesis de intensidades de las actividades del taller”, para realizar su evaluación. Estas herramientas permitirán planificar de una mejor manera las actividades a desarrollar, los resultados que se espera obtener y los aspectos a corregir para posteriores talleres. Adicionalmente, establecer con antelación un ritmo deseado para el taller es muy útil para calcular los niveles de esfuerzo, los momentos de descanso y los de clímax, de modo que se pueda ejercer mayor control sobre los momentos de atención y dispersión del auditorio.

Sobre la comunicación del riesgo se podría concluir que, definitivamente, es un reto para el futuro; aún no se entienden, de parte de las autoridades municipales y de las comunidades, la importancia, los alcances y las posibilidades de dicha comunicación. Por tanto, se debe trascender la percepción mecánica de ese concepto, todavía entendido como la labor de informar a las comunidades de los riesgos a los que está expuesta, una responsabilidad del sector público, quien, en su condición de emisor, produce un mensaje (en cualquier tipo de formato) para las comunidades, mientras estas, en su calidad de receptoras, actúan de conformidad con ello.

En relación con la estrategia comunicativa que fue el fanzine, también se lograron validar sus aportes comunicativos para la gestión del riesgo; su flexibilidad, independencia, autonomía y base social, son garantes para consolidarse como una posibilidad real en la comunicación del riesgo municipal. De la misma manera, el fanzine, a causa de su naturaleza (sin reglas establecidas, de bajo costo y absolutamente creativo), ofrece alta capacidad de adaptación a las situaciones de las comunidades y, por ende, puede replicarse sin problemas, con lo que se lograría una alta incidencia social.

Finalmente, la comunicación del riesgo y las estrategias comunicativas para ello son un reto no solo para los gestores del riesgo, sino para la academia y las comunidades, porque sin espacios y herramientas que potencien una comunicación interactiva, social y contextual, será muy difícil que procesos graduales de reducción de la vulnerabilidad y seguridad territorial se den de forma masiva y generalizada. Confiamos en que este reto concite la voluntad y los esfuerzos de todos.

Referencias

Prefacio

Max-Neef, M. (1999). *Las trampas del lenguaje*. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

Mojica, J., Colmenares, F., Villaroel, C., Macía, C., y Moreno, M. (1954). Características del flujo de lodo ocurrido el 13 de noviembre de 1985 en el valle de Armero (Tolima, Colombia). Historia y comentarios de los flujos 1985 y 1845. *Geología Colombiana*, (14), 100-174.

Tres historias dolorosas unidas por la tragedia de Armero. (2014, 12 de noviembre). *El País*. <http://www.elpais.com.co/elpais/colombia/noticias/tres-familias-tocadas-y-reunidas-por-tragedia-armero>

Gestión del riesgo en el Valle del Cauca. ¿Prevención o atención

Alcaldía Municipal de Jamundí. (2002). *Plan de Ordenamiento Territorial Jamundí 2002: POT Jamundí 2002*. <https://repositoriocdim.esap.edu.co/handle/20.500.14471/10850>

Arango, J. (2010, 25 de diciembre). Las inundaciones del Valle del Cauca. *El Espectador*. <http://www.elespectador.com/yo-estuve/inundaciones-del-valle-del-cauca-articulo-242204>

Colprensa. (2013). Temblor de 4.6 grados sacudió el Valle del Cauca. *El Universal*. <http://www.eluniversal.com.co/colombia/temblor-de-46-grados-sacudio-el-valle-del-cauca-132661>

Congreso de la República de Colombia. (2012). Ley 1523 de 2012. Por la cual se adopta la política nacional de gestión del riesgo de desastres y se establece el Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres y se dictan otras disposiciones. 24 de abril de 2012. Diario Oficial n.º 48.411.

Cruz, C., Parra, F, y Roa, N. (1995). *Armero: diez años de ausencia*. Universidad de Ibagué.

- Departamento de Geografía. (2012). *Gestión territorial del riesgo ante inundaciones en el valle geográfico del río Cauca* [Propuesta de investigación]. Universidad del Valle.
- El Jarillón del río Cauca se convertirá en un corredor ambiental y cultural. (2020, 22 de octubre). *Caracol Radio*. https://caracol.com.co/emisora/2020/10/22/cali/1603378687_260236.html
- Flórez, A. (2003). *Colombia: evolución de sus relieves y modelados*. Universidad Nacional de Colombia; RET.
- Fuerte sismo sacudió a Cali y el Valle del Cauca durante dos minutos. (2016, 16 de abril). *Noticias Caracol*. <http://noticias.caracoltv.com/colombia/sismo-sacudio-cali-y-varios-municipios-del-pacifico-colombiano>
- Instituto Colombiano de Geología y Minería, Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá, y Subdirección de Amenazas Geológicas y Entorno Ambiental. (2010). Mapa Nacional de Amenaza Sísmica Periodo de Retorno 475 años. Escala 1:1 500 000. Versión año 2010. <https://miig.sgc.gov.co/Paginas/Resultados.aspx?k=210012105100024431000000000>
- Los recuerdos de un olvido: estragos de la avalancha en Florida, Valle. (2012, 11 de julio). *Tras la Cola de la Rata*. <http://www.traslacoladelarata.com/2012/07/11/los-recuerdos-de-un-olvido-estragos-de-la-avalancha-florida-valle-del-cauca-1994/>
- Oficina Departamental de Gestión del Riesgo de Desastres del Valle del Cauca. (2015). *Bases para la formulación del Plan Departamental de la Gestión del Riesgo de Desastres*. Gobernación del Valle del Cauca.
- Pánico por segundo terremoto. (1992, 19 de octubre). *El Tiempo*. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-225571>
- Ramírez, F., y Bustamante, M. (1996). Los sismos de octubre de 1992 en el Atrato Medio, Colombia. En A. Maskrey (Ed.), *Terremotos en el trópico húmedo* (pp. 141-209). LA RED.
- Ruiz, C. (2010). *La geotecnia en el contexto de la vida - Especulación y recuerdos* [Lección de apertura]. XIII Congreso Colombiano de Geotecnia, Manizales, Colombia. <https://www.revistaaleph.com.co/la-geotecnia-en-el-contexto-de-la-vida-especulacion-y-recuerdos/>
- Se mojó la cosecha del Valle del Cauca. (1997, 4 de febrero). *El Tiempo*. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-528955>
- Sismo a las 4:06 de la madrugada. (2004, 16 de noviembre). *El Tiempo*. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1591237>
- Vidart, D. (1997). *Filosofía ambiental. El ambiente como sistema*. Nueva América.

Jamundí. Territorio con diversidad de sabores, personas y riesgos

- Cardona, O. D. (2001). *Estimación holística del riesgo sísmico utilizando sistemas dinámicos complejos* [Tesis doctoral, Universitat Politècnica de Catalunya]. Repositorio Biblioteca Digital de la Unidad para la Gestión del Riesgo de Desastres.
- Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres. (2013). *Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres*. Secretaría de Gobierno Jamundí. <https://repositorio.gestiondelriesgo.gov.co:8443/bitstream/handle/20.500.11762/419/PMGR%20Jamundi.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Duque-Escobar, G. (2015, 13 de noviembre). *El desastre de Armero a los 30 años de la erupción del Ruiz*. Godues. <https://godues.wordpress.com/2015/11/13/a-la-memoria-de-armero-30-anos-despues-de-la-tragedia/>
- Earthquake Track. (s.f.). *Recent Earthquakes near Jamundí, Valle del Cauca, Colombia*. Recuperado el 5 de marzo de 2017 de <https://earthquaketrack.com/co-29-jamundi/recent>
- Instituto Nacional de Seguridad y Salud en el Trabajo. (1999). *NTP 390: La conducta humana ante situaciones de emergencia: análisis de proceso en la conducta individual*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales España; Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo. <https://www.insst.es/documentacion/colecciones-tecnicas/ntp-notas-tecnicas-de-prevencion/11-serie-ntp-numeros-366-a-400-ano-1996/ntp-390-la-conducta-humana-ante-situaciones-de-emergencia-analisis-de-proceso-en-la-conducta-individual>
- Uribe de Zuluaga, E. (2009). Final del mundo en Armero. *Maguaré*, (23), 513-532.
- Valle al Instante Noticias. (2016). *Incendio forestal en Jamundí, Valle, consume miles de hectáreas de bosque* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=ypW-ScAbyrU>

Sevilla. Café, deslizamientos y gestión de riesgos

- Consejo Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres de Sevilla. (2013). *Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres*. Alcaldía de Sevilla. Oficina Asesora de Planeación <https://repositorio.gestiondelriesgo.gov.co:8443/bitstream/handle/20.500.11762/461/PMGR%20Sevilla.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

- En Sevilla, Valle, las fallas geológicas se tragan vías y casas. (2013, 14 de enero). *El País*. <http://www.elpais.com.co/valle/en-sevilla-las-fallas-geologicas-se-tragan-vias-y-casas.html>
- González, G. (2017, 9 de abril). Las otras Mocoas que amenazan el Valle. *El País*. <http://www.elpais.com.co/califallas-otras-mocoas-que-amenazan-al-valle.html>
- Invierno deja aislados a habitantes del municipio de Sevilla. (2010, 21 de noviembre). *El País*. <https://www.elpais.com.co/valle/invierno-deja-aislados-a-habitantes-del-municipio-de-sevilla.html>
- Prevención en el Valle del Cauca, un desastre. (2017, 12 de abril). *El Tiempo*. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-823482>
- Quitian, M. (2016, 20 de agosto). \$ 1174 millones para la vía La Cristalina en Sevilla anunció Gobernadora del Valle. Gobernación del Valle del Cauca. <http://www.valledelcauca.gov.co/publicaciones.php?id=34541>
- Se realizó socialización del estudio de amenaza en el barrio Monserrate. (2012, 7 de marzo). *Periódico El Ciudadano*. <http://www.elciudadanoenlared.com/2012/03/se-realizo-socializacion-del-estudio-de.html>
- Vivas, N. (2017, 19 de abril). Sevilla fue declarado en alto riesgo por el IDEAM. *El País*. <http://www.elpais.com.co/valle/sevilla-fue-declarado-en-alto-riesgo-por-el-ideam.html>

Buga. El capitán de la Ciudad Señora

- Concejo Municipal de Guadalajara de Buga. (2016). *Acuerdo 004 de 2016, por medio del cual se adopta el Plan de Desarrollo Municipal 2016-2019 Buga Renovada*. Alcaldía de Buga. <https://www.guadalarajadebuga-valle.gov.co/planes/plan-de-desarrollo-municipal-2016-2019-buga-renovada>
- Desinventar. (2016). *Sistema de inventario de efectos de desastres*. Recuperado el 26 de noviembre de 2016 de https://www.desinventar.net/DesInventar/country_profile.jsp?countrycode=col&lang=
- El terremoto que estremeció a la Buga antigua. (2014, 5 de diciembre). *Semanario El Periódico de Nuestra Región*. <http://elperiodicowebbuga.blogspot.com.co/2014/05/el-terremoto-que-estremecio-la-buga.html>
- La cadena de errores que marcaron el destino del vuelo 965. (2015, 19 de diciembre). *El País*. <https://www.elpais.com.co/valle/la-cadena-de-errores-que-marcaron-el-destino-del-vuelo-965.html>
- Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. (2014). *Pueblos Patrimonio de Colombia*. http://www.citur.gov.co/upload/publications/documentos/2.Coleccionables_Pueblos_Patrimonio_de_Colomba_Buga.pdf

Yumbo. Riqueza, riesgo y responsabilidad

20 hectáreas consumidas dejó incendio en Medio Dapa, zona rural de Yumbo. (2016, 21 de enero). *El País*. <https://www.elpais.com.co/valle/20-hectareas-consumidas-dejo-incendio-en-medio-dapa-zona-rural-de-yumbo.html>

Incendio forestal consumió 500 hectáreas en zona rural de Yumbo, Valle del Cauca. (2015, 31 de agosto). *Noticias Caracol*. <https://www.noticiascaracol.com/colombia/incendio-forestal-consumio-500-hectareas-en-zona-rural-de-yumbo-valle-del-cauca>

Instituto Municipal de Reforma Urbana y de Vivienda de Interés Social de Yumbo. (2015). *Informe de gestión Instituto Municipal de Vivienda de Yumbo*. <https://www.yumbo.gov.co/loader.php?lServicio=Tools2&lTipo=descargas&lFuncion=descargar&idFile=20280>

Murgueitio, F., Montoya, C., y Copete, J. (2015). *Plan Municipal de Gestión del Riesgo de Desastres. Municipio de Yumbo, Valle del Cauca*. Alcaldía de Yumbo. https://repositorio.gestiondelriesgo.gov.co:8443/bitstream/handle/20.500.11762/28653/PMGRD_YumboValle_2015.pdf?sequence=2&isAllowed=y

Buenaventura. Abandono estatal y desastres latentes

Aprile, J. (2002). *Génesis de Buenaventura*. Universidad del Pacífico.

Avalancha borró 45 viviendas. (2006, 13 de abril). *El Tiempo*. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1987749>

Boisier, S. (1994). Posmodernismo territorial y globalización: regiones pivotales y regiones virtuales. *Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales*, (102), 597-608.

Buenaventura: tragedia anunciada. (2006, 17 de abril). *Semana*. <http://www.semana.com/on-line/articulo/buenaventura-tragedia-anunciada/78397-3>

Caracol Radio. (2022, 13 de agosto). *Petronio Álvarez, canción Mi Buenaventura: letra y significado*. https://caracol.com.co/emisora/2022/08/02/cali/1659456572_331183.html

Colmenares, G. (1983). *Historia económica y social de Colombia. 1537-1719* (vol. 1). Tercer Mundo Editores.

Congreso de la República de Colombia. (2012). Ley 1523 de 2012. Por la cual se adopta la política nacional de gestión del riesgo de desastres y se establece el Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres y

se dictan otras disposiciones. 24 de abril de 2012. Diario Oficial n.º 48.411.

Damnificados de Bendiciones, abandonados por el Estado durante conmemoración de la tragedia. (2016, 11 de abril). *El País*. <https://www.elpais.com.co/valle/damnificados-de-bendiciones-abandonados-por-el-estado-durante-conmemoracion-de-la-tragedia.html>

García Montes, C. [@CarlosGarciaMo]. (2014, 17 de noviembre). *Construcción puente El Piñal Buenaventura Valle del Cauca obra* [Imagen adjunta] [Publicación]. X. <https://x.com/CarlosGarciaMo/status/534464233040515075>

Hoffmann, O. (1999). Sociedades y espacios en el litoral pacífico sur colombiano. En M. Álvarez, O. Hoffmann y E. Restrepo (Eds.), *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, identidad y cultura* (pp. 283-310). ICANH; IRD; Univalle.

Portal Portuario. (2025, 5 de junio). *Colombia: sistema portuario de Buenaventura lidera exportaciones cafeteras entre enero y abril*. <https://portalportuario.cl/colombia-sistema-portuario-de-buenaventura-lidera-exportaciones-cafeteras-entre-enero-y-abril/>

Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres. (2019). *Plan Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres. Una estrategia de desarrollo 2015-2025. Sexto informe de seguimiento y evaluación, febrero 24 de 2019*. https://portal.gestiondelriesgo.gov.co/Documents/PNGRD/PNGRD_Informe6_v1.pdf

La comunicación del riesgo

Beck, U. (2008). *La sociedad del riesgo mundial: en busca de la seguridad perdida*. Paidós.

Böholm, A., y Corvellec H. (2010). A relational theory of risk. *Journal of Risk Research*, 14(1-2), 175-190.

Coleman, C. (1993). The influence of mass media and interpersonal communication on societal and personal risk judgments. *Communication Research*, 20(4), 611-628.

Congreso de la República de Colombia. (2012). Ley 1523 de 2012. Por la cual se adopta la política nacional de gestión del riesgo de desastres y se establece el Sistema Nacional de Gestión del Riesgo de Desastres y se dictan otras disposiciones. 24 de abril de 2012. Diario Oficial n.º 48.411.

Giddens, A. (1990). *The consequences of modernity*. Polity Press.

- Gonzalo, J., y Farré, J. (2011). *Teoría de la comunicación de riesgo*. UOC.
- Kals, E., Schumacher, D., y Montada, L. (1999). Emotional affinity toward nature as motivational basis to protect nature. *Environment and Behavior*, 31(2), 178-202. <https://doi.org/10.1177/00139169921972056>
- Lakatos, I. (1989). *La metodología de los programas de investigación científica*. Alianza.
- Linnerooth-Bayer, J., y Fitzgerald, K. (1996). Conflicting views on fair siting processes: Evidence from Austria and the U.S. *Risk: Health, Safety & Environment*, 7(2), 119-134.
- Luhmann, N. (1990). Technology, environment, and social risk: A systems perspective. *Industrial Crisis Quarterly*, 4(3), 223-231.
- Martínez, J. (s.f.). El sesgo optimista y la distancia afectiva en la percepción de riesgo. *Revista de Investigación de Psicología y Logopedia para Alumnos*.
- Perloff, L. (1987). Social comparison and illusion of invulnerability to negative life events. En C. R. Snyder y C. Ford (Eds.), *Coping with negative life events: Clinical and psychological perspectives* (pp. 217-242). Plenum Press.
- Peters, H. (1986, 18-22 de agosto). *Public opinion as a channel of communication between science and other parts of society* [Manuscrito]. XI World Congress of Sociology, New Delhi, India.
- Renn, O. (1990a). Risk perception and risk management: A review. *Risk Abstracts*, 7(1), 1-9.
- Renn, O. (1990b). Risk perception and risk management: A review. *Risk Abstracts*, 8(1), 1-9.
- Renn, O., y Rohrman, B. (2000). Cross-cultural risk perception: State and challenges. En O. Reen y B. Rohrman (Eds.), *Cross-cultural risk perception. Technology, risk, and society* (pp. 211-233). Springer.
- Rohrman, B. (1999). *Risk perception research: Review and documentation* (vol. 69). Research Center Jülich.
- Sandman, P. (2003). Four kinds of risk communication. *The Synergist: Journal of the American Industrial Hygiene Association*, 26-27.
- Sjöberg, L. (1997). Explaining risk perception: An empirical evaluation of cultural theory. *Risk Decision and Policy*, 2(2), 113-130. <https://doi.org/10.1080/135753097348447>

El taller como estrategia pedagógica para la comunicación del riesgo

Ander-Egg, E. (1999). *El taller una alternativa de renovación pedagógica*. Magisterio del Río de la Plata.

Maya, A. (2007). *El taller educativo: ¿qué es? Fundamentos. Cómo organizarlo y dirigirlo. Cómo evaluarlo*. Magisterio.

Thomas, J., y Muñoz, I. (2012). *El taller: una estrategia pedagógica para la gestión escolar del riesgo* [Ponencia]. Congreso de Educación Geográfica, Tunja, Colombia.

Sobre los autores

Javier Enrique Thomas Bohórquez

Doctor en Geografía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Magíster en Desarrollo Sustentable con Énfasis en Prevención y Atención de Desastres por la Universidad del Valle y en Geografía de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (convenio UPTC-IGAC). Licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia. Actualmente es profesor titular del Departamento de Geografía de la Universidad del Valle y director del Grupo de Investigación sobre Amenazas, Riesgos y Problemas Ambientales Armero 85.

Julio César Rubio Gallardo

Magíster en Educación Popular y Desarrollo Comunitario, especialista en Investigación Social y licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad de Valle. Director de la Licenciatura en Ciencias Sociales. Docente investigador de la MADSE en la USB Cali y de la Universidad del Valle.

Isabel Muñoz

Geógrafa, gestora cultural, comunicadora y facilitadora de procesos comunitarios con una profunda vocación territorial y afectiva. Su trabajo se centra en el acompañamiento a comunidades migrantes –especialmente colombianas– en el norte del Estado español, desarrollando iniciativas que conectan cultura, identidad y participación social desde una mirada crítica, creativa e intercultural.

Con base en información primaria (entrevistas, recorridos de campo y talleres con actores sociales vinculados a la gestión del riesgo) y secundaria recolectada (los planes programáticos y piezas comunicativas particulares), se realiza un acercamiento a los procesos y estrategias comunicativas de la gestión del riesgo del departamento del Valle del Cauca y de los municipios de Jamundí, Yumbo, Buga, Buenaventura, Sevilla y Ansermanuevo, como elementos de la gestión pública del sector. Los procesos de evaluación de la información –la cual involucró momentos de heteroevaluación (fuentes documentales), autoevaluación (entrevistas) y evaluación participativa (talleres)– fueron insumos para construir la propuesta comunicativa que le da forma al libro: la crónica. Así, la primera parte del libro, que lleva por título “Del desastre a la gestión territorial del riesgo en el Valle del Cauca. Una evaluación crítica de las estrategias comunicativas”, contiene el conjunto de crónicas que dan cuenta de la comunicación y la gestión del riesgo.

La segunda parte del libro, titulada “Estrategias comunicativas para la gestión del riesgo. Una propuesta pedagógica” da cuenta del diseño e implementación metodológica del proyecto de investigación, no solo como guía o manual, pues también presenta las reflexiones surgidas del trabajo de campo –sobre todo los talleres con los actores y comunidades en los municipios– que permitieron compartir y reflexionar sobre la importancia de la comunicación del riesgo



VIGILADA MINEDUCACIÓN



editorialbonaventuriana



EditorialBonaventuriana



editorial-bonaventuriana



editorialbonaventuriana

www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co